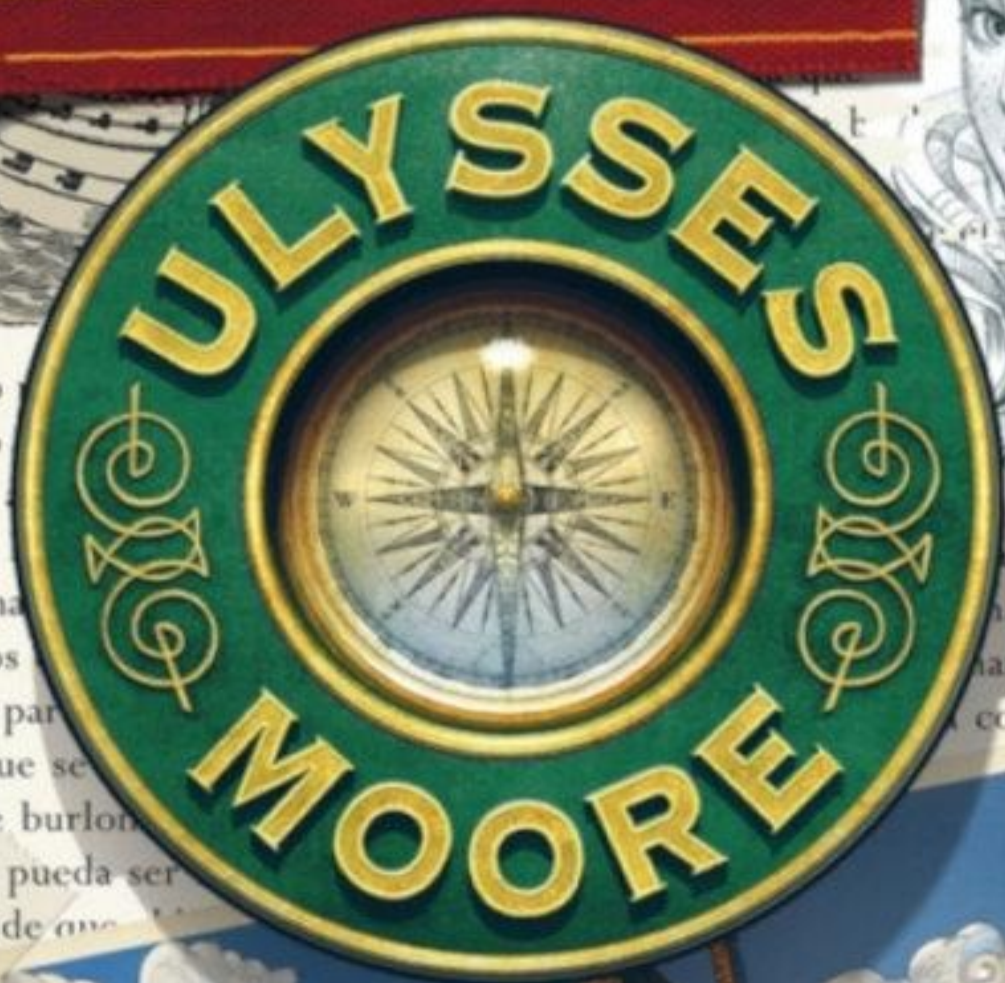


go en aguas de las costas islandesas. La noticia, que ha sido...

LA NAVE DEL TIEMPO



Un barco
desafiado
intentar
aguas de
cia, que ha
en los dos
tras gran par
specha que se
grupo de burlon
cree que pueda ser
cia antes de que
ni
ac
Un
nes
las
alza
Murr
pan
encalla
rece un
desgarr
un nom
encuentr
sos suces
allí, un ext

ta y muy
ada,
s, dos filas de remos
marinero al timón.

mane y Connor se to
con un extraño barco

ciudad. Pa

ne las velas

su flanco

A bordo

misterio-

cido ha-

erto de

k. Una

afiado

entar

is de

e ha

los

ran

cha

de un grupo de

hay también quien cree que

pueda ser la última advertencia antes de

que el hielo se derrita definitivamente.



IMPRESO en DEDALUS PRESS.

Lectulandia

Murray, Mina, Shane y Connor han encontrado un barco abandonado en la costa, con la vela hecha jirones y un extraño nombre escrito en el casco: *Metis*. Por los destrozos, deducen que su última travesía fue bastante turbulenta y no hallan rastro del comandante ni de la tripulación. Lo que sí encuentran es el diario de a bordo, aunque parece más una novela de aventuras que un registro de navegación...

Aburridos de su pueblo, donde nunca pasa nada, los cuatro amigos deciden subir a cubierta, levar anclas y navegar solos en mar abierto, ignorando que un jovencísimo enemigo les acecha más allá de las olas.

Así comienza el viaje que les llevará tras las huellas de Ulysses Moore...

Lectulandia

Pierdomenico Baccalario

La nave del tiempo

Ulysses Moore 13

ePub r1.0

Titivillus 09.09.2019

Título original: *La nave del tempo*
Pierdomenico Baccalario, 2013
Traducción: Ana Ciurans
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Apreciado editor:

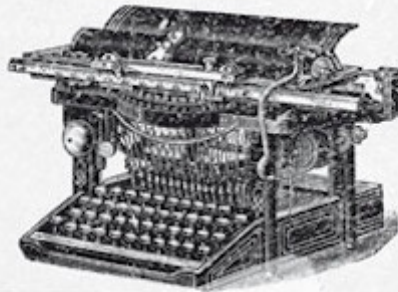
Me ha vuelto a pasar. Y también esta vez de manera del todo inesperada. Después de intentar traducir y ordenar los diarios de Ulysses Moore y su baúl repleto de extraños objetos, creía que ya no quedaba nada por contar de él y del pueblo donde vive. Acepté los cumplidos y las críticas que me hicisteis, sabiendo perfectamente que en algunos pasajes no había estado a la altura del escritor que me había enviado todo aquel material. Pero, a fuerza de narrar sus aventuras, me dieron ganas de intentar escribir algo propio. Así que me concedí hacer un largo viaje a Escocia, hasta un pueblecito llamado Applecross, donde quería ambientar una historia de magia, y llené de apuntes un montón de cuadernos (¡eso sí que aprendí a hacerlo bien!). Luego prolongué el viaje e hice una escapada a Belfast, la ciudad natal de C. S. Lewis, el de las Crónicas de Narnia. Fue precisamente allí, en un pub cercano a la universidad, donde me olvidé la americana, con el cuaderno en el bolsillo. «¡El despistado de siempre!», me dije. Volví para recuperarla, pero alguien ya se la había llevado, confundiéndola tal vez con la suya. No me desesperé: pensé que, al ver mi nombre y dirección apuntados en la primera página, quizá no me devolvería la americana, pero ¡por lo menos me restituiría el cuaderno! Pero nada. Pasaron tres meses. Justo después recibí por correo un paquete más bien grande que contenía una caja de madera. Bueno, mejor dicho, era un escritorio portátil, de esos que estaban de moda entre los viajeros del siglo XIX, especialmente entre los que viajaban por mar. Iba acompañado de una carta que me invitaba —¡de nuevo!— a leer con atención, sopesar, traducir y reordenar el manuscrito anónimo escondido en el doble fondo de la caja.

Y eso fue lo que hice.

Como veréis, me he tomado la libertad de apostillar el texto aquí y allá cada vez que se mencionan otras historias. Estoy seguro de que se me habrán escapado muchas otras y también de que el misterioso remitente del paquete, así como el autor anónimo del manuscrito, no es otro mi viejo y escurridizo amigo... Ulysses Moore.

Se despide cordialmente,

PIERDOMENICO BACCALARIO

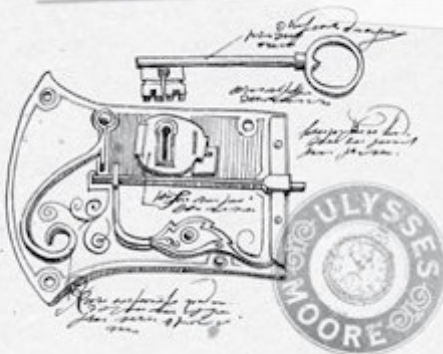


CAPÍTULO 1

EL CUARTO DEL ESCRITORIO

... cuando la librería se fue ...
... a comprar para el negocio ...
... con el fin de no perder ...
... en la compra de la ...
... para la casa de ...

EN EL QUE SE DESCUBRE QUE HASTA EN LAS CASAS
DONDE SE ECHA DE MENOS A ALGUIEN
QUIZÁ HAY ALGUIEN DE MÁS.



DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

Era un cuarto en el que se entraba muy de vez en cuando.

Había algo misterioso en el tono pálido de las cortinas descoloridas, en el gris gastado de la moqueta y en el perfume delicado, antiguo, de los pétalos puestos a secar en el cuenco grande colocado bajo la ventana.

Cada vez que encontraba la puerta entornada, Murray se paraba a mirar dentro. Como si hubiese algo en lo que no había reparado.

Un cuadro.

Una porcelana que alguien hubiese cambiado de sitio.

Una nueva mancha en la tapicería.

La madre de Murray, en cambio, no entraba nunca en ese cuarto. Si tenía que hacerlo, casi siempre para limpiar, se daba mucha prisa y cerraba enseguida la puerta a sus espaldas.

Pero al cabo de poco rato la puerta volvía a abrirse sola.

Aunque la hubiesen cerrado muy bien. Aunque no hubiese corriente de aire. Aunque nadie hubiese subido hasta allí arriba.

El cuarto estaba en el desván. La habitación de Murray, la de su madre y el baño se encontraban en el primer piso. Y en la planta baja, todo lo demás. En el cuarto no había nada especial, aparte del viejo escritorio. El padre de Murray se lo había comprado al trapero del barrio, el granuja de Fanny, para que Murray tuviese un sitio donde escribir y hacer los deberes. Lo llevaron hasta allí arriba resoplando como caballos de lo que pesaba. Murray no lo había usado nunca.

En el cuarto, además del escritorio había unas sillas de patas largas y finas, con el respaldo de paja trenzada. Y en un rincón, un sofá con los brazos arañosos por el gato que tenían en la casa donde vivían antes. También un mueble esquinero de madera oscura que Murray había abierto una sola vez, llevándose una gran desilusión. Dentro no había más que viejas baratijas de plata envueltas en papel fino.

El cuarto tenía una gran ventana cuyos cristales, que se limpiaban muy de cuando en cuando, eran del mismo color que el pergamino. Pero a través de ellos aún se podía divisar el majestuoso cielo del norte y, asomando, un fragmento de mar, justo donde acababa el puerto.

Así pues, en el cuarto no había nada misterioso ni terrible. No obstante, a Murray lo fascinaba. El cuarto tenía el poder de hacerlo sentir un intruso. O de convencerlo de que, un momento antes de que se asomase a la puerta, había alguien sentado al escritorio.

Pero no era solo como si hubiese un fantasma.

Era como si, por su culpa, cada vez, el fantasma estuviese obligado a marcharse.

Aquel día Murray también tuvo la misma sensación. Y sin embargo, todo estaba en su sitio.

La vieja moqueta gastada.

El sofá con los brazos arañados.

Las cortinas raídas colgando de la ventana.

Y el escritorio con sus largas patas curvadas, la superficie de piel verde oscuro y los cajones llenos de lápices que nadie había tocado nunca. Su padre y él estaban convencidos de que el escritorio tenía un cajón secreto,^[1] pero, para ser sinceros, nunca lo habían encontrado.

«¿Lo ves? —trató de convencerse—. No hay absolutamente nada misterioso. En este cuarto no hay ningún secreto.»

Quizá...

La silla estaba un poco apartada del escritorio. Como si un instante antes alguien hubiera estado sentado allí escribiendo una carta secreta.

Y luego hubiese desaparecido.

Murray sonrió.

Y miró escaleras abajo.

Había oído un ruido: alguien introducía el correo por la ranura de la puerta de entrada.

«La carta secreta», pensó.

Cerró de golpe la puerta del cuarto del escritorio y echó a correr escaleras abajo.

—Murray —llamó su madre desde la cocina—, ¿coges el correo?

Delante de la puerta, en el suelo, había un sobre amarillo muy grande. Murray quitó rápidamente la cadena dorada de la cerradura de seguridad, abrió de par en par la puerta de entrada y, convencido de que ya no había nadie, soltó:

—¡Ya te tengo!

—¡Hola, Murray! —le dijo el cartero que todavía estaba en el jardín delantero de la casa.

—Buenos días, Pete —respondió Murray fingiendo indiferencia.

—¡Señor Pete! —lo corrigió su madre desde dentro.

—Señor Pete —se corrigió Murray.

El cartero encajó un paquete en su pequeño trolley rebosante de correspondencia.

—¿Hoy no hay cole?

—Este lunes es fiesta —respondió Murray, que se había olvidado de lo que se conmemoraba exactamente. Una nación, una guerra o quizá una reina.

—Para los carteros, no. —El señor Pete le guiñó el ojo—. Creo que ese sobre es para ti.

Murray le hizo el saludo militar y cerró la puerta de entrada tras de sí.

—¡Con la cadena! —intervino una vez más la voz de su madre.

Murray puso la cadena dorada y examinó el sobre que había en el suelo.

No cabía la menor duda: «Murray» aparecía escrito en la dirección.

El sobre era abultado. De un par de dedos de espesor. Estaba acolchado con burbujas de aire; como los que se usan para proteger productos especiales.

Murray lo cogió, se sentó en el taburete del piano, lo colocó en el atril y se puso a mirarlo con atención.

Intentó adivinar lo que contenía.

¿Quién lo había enviado?

¿Desde dónde? ¿Cuándo?

Murray apoyó un dedo sobre una de las teclas blancas; después, sobre una negra.

Luego se acordó.

Naturalmente. No podía ser más que...

Ejecutó rápidamente unos arpegios.

—¿Qué? ¿Ha llegado algo interesante? —le preguntó su madre.

Murray no le respondió.

Cogió la arrugada cazadora de nailon del sofá, comprobó que el libro y la cámara fotográfica estuvieran en su mochila, metió el sobre dentro y se detuvo al pie de las escaleras.

Le había parecido oír unos crujidos en el segundo piso, como si alguien caminase de puntillas.

Pero estaba claro que no era posible porque su madre y él estaban solos en casa.

Ella apareció al final del pasillo.

—¿Vas a salir? —le preguntó.

—Sí —respondió Murray mientras se ponía los zapatos.

—¿Adónde vas?

—A buscar a Shane. Y luego iremos a casa de Connor.

—¿A aquel sitio horroroso del río?

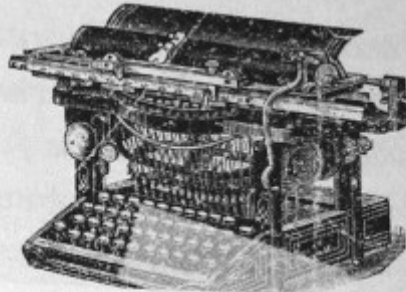
—No es horroroso.

Murray miró los escalones que Subían hacia arriba. Oyó la vieja casa de madera crujir lentamente.

—Volveré a la hora de cenar —añadió.

Y salió.

El monótono ruido de la calle silenció los susurros de la casa.



CAPÍTULO 2

LA CASA DEL RÍO

...I no me duelen...
...de sus huesos...
...pero me duelen...
...los ojos...



Kilmore Cove

O. MEJOR DICHO: NO TODOS LOS GIGANTES SABEN NADAR Y NO TODOS LOS HUERTOS NECESITAN TIERRA.

DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Foller Manufacturers.

La ciudad donde vivía Murray no era bonita. Tenía edificios altos y anónimos, oficinas con las fachadas de espejo, hileras de casas iguales. Fábricas y naves industriales. Pero a Murray le daba igual. La cruzaba en bici sin siquiera verla, absorto en sus pensamientos.

Iba camino del gran puerto industrial, en el que entraban y salían los buques portacontenedores.

Dejó atrás las naves industriales y las vegas, el hedor a gasolina y a neumático quemado, y enfiló por una callejuela gris que partía en dos una floreada ribera.

Justo ahí, en medio de ese desorden aparente, estaba su banco preferido. Parecía colocado adrede, orientado de la mejor manera posible: protegido por las ramas de un ciruelo, desde allí se veía solo la parte bonita del puerto. Desde allí se disfrutaba del espectáculo de los grandes buques que surcaban el mar para alcanzar su puerto de destino. Gigantes de hierro, austeros y amenazadores, con banderas desconocidas y cascos corroídos por la salinidad marina. Tenían nombres exóticos que a Murray le evocaban antiguas divinidades, mujeres misteriosas y lugares remotos. Se desplazaban sobre las olas apaciblemente, obedeciendo a su código de honor: primero pasas tú, después paso yo. Murray se imaginaba, sin lograr entenderlas, todas las señales que se intercambiaban.

Shane no había llegado todavía, y Murray se sentó a esperarlo en el lado derecho del banco, el suyo, donde había grabado su nombre con la navajita. Cruzó las piernas para no tocar el suelo con los pies. Y se imaginó que el banco se convertía en una nave espacial; y los gigantes del mar, en embajadores de otros mundos.

Las gaviotas volaban rozando la estela blanca de los motores.

Abrió su cuaderno y escribió el nombre del buque que estaba pasando por delante. Luego intentó inventarse una historia sobre él, adivinar lo que transportaban sus gigantescos contenedores de colores: ropa, muebles prefabricados, clavos de olor, móviles, ordenadores, cajas cada vez más pequeñas, o vasos, cascos de buzo, pelotas de fútbol...

A veces los buques volvían, y cuando Murray reconocía sus nombres buscaba en su cuaderno lo que había escrito la primera vez. Era como volver a ver a un viejo amigo. Pero a veces, cuando las sirenas lo sobresaltaban o las chimeneas expulsaban nubes de tinta, dejaba de escribir.

Se sentaba a menudo en ese lugar porque su mejor amigo, Shane, trabajaba en el puerto: ayudaba a descargar las cajas más pequeñas de los buques con la carretilla elevadora. Murray veía pasar las carretillas zumbando

como balas sobre las rayas amarillas de los carriles. Otros hombres, mayores que Shane, accionaban las palancas de las gigantescas grúas de metal que descargaban los contenedores más grandes. A medida que los iban vaciándolos buques emergían de nuevo entre las olas. Los contenedores se amontonaban en los inmensos aparcamientos del puerto, que se transformaban en ciudades con murallas y castillos de cubos de colores.

Fue el propio Shane quien pidió que lo dejaran ir al puerto cuando lo suspendieron en el cole. Era demasiado joven para trabajar en serio, pero no para aprender a manejar una carretilla elevadora y ayudar cuando lo necesitaban. Shane valía su peso en oro, era un chico con los pies en el suelo: cabal y pragmático, sabía escuchar y estaba siempre dispuesto a ayudar a los demás. No protestaba jamás y nunca intentaba saber más de lo que los demás estaban dispuestos a contarle. En el puerto hacía un sinfín de trabajillos: transportaba cosas, ayudaba a los obreros a limpiar las bodegas y repasaba los camarotes abandonados comprobando que los marineros no se hubiesen dejado nada. Tenía que entregar todo lo que encontraba en la Oficina de Objetos Perdidos. Una vez llevó a Murray: cruzaron la reja por un pasaje para conejos y se escondieron entre las cajas de embalar. Murray sintió el olor a petróleo y a miedo, corrió sobre el asfalto, con terror de que los pillasen, se aplastó contra las paredes desconchadas de un edificio y, en cuanto Shane sacó la llave del gigantesco juego que llevaba siempre colgando del cinturón, entró.

«No podemos encender la luz..., nos descubrirían», le había dicho. Shane.

Así que habían merodeado en la penumbra de la Oficina de Objetos Perdidos. En las estanterías había latas, llaves y estampitas de santos, muñecos de madera y clavos dorados. Peonzas, máscaras lacadas, gemelos de camisa, bufandas de seda y sombreros de fieltro. Fotografías, postales, monedas de todo el mundo, viejos cuadernos, sombrillitas de papel de arroz, gafas de sol y herraduras. Una pata de mono disecada y una colección de mariposas enmarcada. Cosas olvidadas en los camarotes que nadie había reclamado.

El día que estuvieron allí dentro, Murray había visto una navajita con el mango de madera que llevaba doce años en la Oficina de Objetos Perdidos.

Los mismos que tenía él.

«¿Puedo llevármela?», había preguntado a Shane.

«¿Quieres robarla?»

Murray pensaba que aquel lugar habría tenido que llamarse Oficina de los Objetos Desconsolados. Las cosas de aquellas estanterías recordaban a los

perros abandonados en las perreras.

«Quiero liberarla», había respondido Murray.

Y Shane, con un gesto rápido, había quitado la etiqueta a la navaja.

No habían vuelto a la Oficina de Objetos Perdidos.

Pero Murray se había llevado la navajita en su mochila.

Shane llegó un poco después de la una. Se encaramó por el prado con su corpachón macizo y se sentó junto a Murray. Le pasó la mitad del bocadillo de su almuerzo.

—No, gracias —respondió Murray.

Shane mordió el bocadillo sin decir nada. Ante ellos transitaba, solemne, el casco naranja y negro de un buque libanés.

—Me ha llegado el paquete —dijo Murray.

—¿Cómo es?

—Todavía no lo he abierto.

—Genial.

—Te he dicho que no lo he abierto.

Shane asintió mientras tragaba. Se dio un golpe en el pecho y sonrió.

—Quería decir que es genial que por fin haya llegado.

—Connor va a dar saltos de alegría.

—Los Brady también.

—Ya me los imagino.

A Shane le faltaba un mordisco para acabarse el bocadillo.

Se lo acabó.

Ambos se intercambiaron una larga mirada.

—Hola, Shane —dijo entonces Murray, dándole un puñetazo en broma.

—Hola, Murray —respondió Shane, parándolo con la palma de la mano abierta.

—¿Vamos a ver a Connor?

Connor miró la hora. Era un poco más de la una y media. Tenía hambre. Pero, más que comer, necesitaba ducharse urgentemente. Metió el destornillador en la caja de las herramientas y bajó del techo del barco. Había sujetado la antena como era debido.

La casa de Connor se llamaba *Ítaca*, y era un viejo barco sobre el río: un remolcador de doce metros de eslora y cuatro de manga, amarrado al tronco

de un roble.

En la entrada había una pasarela.

Era la mejor casa que Connor hubiese podido imaginar jamás. Y también la única que había podido permitirse con lo poco que tenía cuando cumplió dieciocho años.

Connor era huérfano y se había criado en un centro para niños como él.

Había comprado el *Ítaca* al alcanzar la mayoría de edad, regateando hasta el último céntimo, y luego se lo había llevado río arriba, contracorriente, casi a las afueras de la ciudad. Había buscado el sitio ideal para atracarlo justo donde acaba el parque de la universidad y los árboles empiezan a espesarse en las orillas. Cuando vio las ramas arqueadas del viejo roble rozando el agua, supo que lo había encontrado.

Había plantado frutas y verduras en el techo de la barcaza y colocado macetas de flores alrededor, construyendo un ingenioso sistema de tuberías de riego automático. Había montado un par de paneles solares, un generador de corriente, que zumbaba en un lado de la barcaza, y se había fabricado una especie de mecanismo de cuerdas para tender la ropa. Escondidas entre las plantas del huerto, había instalado unas diez antenas, entre las de radio y las parabólicas, que le permitían conectarse con medio mundo.

Y no se había movido de allí.

En el *Ítaca* tenía todo lo que necesitaba: libros, ordenador y una conexión de red que habría dejado anonadados a los informáticos de la universidad. De hecho, de vez en cuando, Connor les echaba una mano: hacía algún trabajillo en los ordenadores y arreglaba programas que no funcionaban.

Y por ese día ya había trabajado bastante, incluso demasiado.

Se desperezó. Al cabo de poco llegarían sus amigos. Tenía menos de media hora para lavarse y comer algo.

Fue bajo cubierta, silbando.

Puso música, abrió la nevera, que los hermanos Brady habían recubierto de imanes de superhéroes, y sonrió, contento.

Eran un grupo muy majo. Connor era el mayor de todos, el único mayor de edad. Pero eso no significaba que fuese el más responsable.

Sacó una hamburguesa fría de la nevera, ketchup picante y dos lonchas de queso, y se lo zampó todo metiéndoselo directamente en la boca.

Eso era exactamente lo que Connor entendía por comer bien.

Se había enfrentado a la vida organizándose y confeccionando listas para todo: listas de las cosas que había que hacer y de las que no había que hacer, listas de las cosas que había que comprar y de las que no había que comprar.

Se había vuelto ordenado y cuidadoso, y su método funcionaba a la perfección para alejar cualquier duda o temor. Y el caos del resto del mundo.

Primera regla: para subir al *Ítaca* tienes que ser un verdadero jugador. Y solo vale la puntuación oficial.

Segunda regla: todos los meses hay que poner dinero en el fondo. Y con el fondo se compra comida y bebida. Mina, la única chica del grupo, había aceptado la responsabilidad de controlar que se respetase el límite máximo de consumo de porquerías. O sea, nada de chocolate caliente en las palomitas.

O, por lo menos, no cada día.

Tercera regla: jugar a un videojuego pirata más de tres horas significa que hay que comprarlo.

Esa era la regla más difícil de respetar.

Porque a eso dedicaban la mayor parte del tiempo, sobre todo por las tardes: a jugar a videojuegos. Y eran buenísimos. Los descargaban y los probaban prácticamente todos. Pero, cuando decidían que un juego era importante, o encontraban el modo de comprarlo, o tenían que dejar de jugar.

Los hermanos Brady no se conformaban.

«¡Pero no es justo! ¡Es genial!»

«¡De todas formas, juguemos! ¡Nadie se va a enterar!»

Pero Connor era inflexible. Y no es que quisiese aguarles la fiesta. Su sueño era llegar a ser programador de videojuegos y poder vivir de ello. Si todo el mundo los descargaba gratis de internet, ese sueño jamás se cumpliría.

El reloj marcaba las dos menos cuarto. Era mejor darse prisa.

Connor engulló otra media hamburguesa y cruzó el espacio común que ocupaba una buena parte del ambiente bajo cubierta. A un lado había tres ordenadores en constante funcionamiento y un gran televisor colocado de través bajo los ojos de buey. Al otro, un sofá desfondado y estanterías repletas de libros, manuales y tebeos. En la proa, donde estaba la nevera, el techo se inclinaba hasta dos ventanillas situadas casi a ras de agua. En la popa había una pequeña despensa, su habitación y un baño.

Se desnudó, tiró la ropa al suelo y abrió el agua de la ducha que se había construido él solo: estaba hecha con las puertas de una vieja cabina telefónica y el chorro salía de un enorme escurrerplatos de cocina.

El calentador negro del techo del *Ítaca* rugió.

Connor se colocó bajo el agua caliente y cerró los ojos.

Se habían hecho amigos gracias a una red wifi.

Los padres de los Brady habían llamado a Connor para arreglar los ordenadores de su casa y, mientras tiraba de los hilos y hacía pruebas, los gemelos le habían preguntado si sabía jugar a *Planet of Aces*.

«Por supuesto.»

«Entonces, cuando acabes, ¿subirías a nuestra habitación? Necesitamos a alguien que sepa jugar bien.»

Cuando se acordaba, a Connor aún le daban ganas de reír.

Había arreglado el wifi y había subido a la habitación de los Brady. También estaba Mina. Desde el primer momento tuvo la impresión de ser su hermano mayor.

Le pasaron el control del juego. Connor pensó que iban buscando a alguien muy bueno para pasar un nivel difícil. Sin embargo, habían seleccionado la opción «Reto».

«Ya lo verás, te va a ganar», había dicho esperanzado uno de los hermanos Brady.

El otro mando estaba en manos de Mina. La chica parecía una princesa india salida de un libro de hadas y metida dentro de unos vaqueros. Por lo menos, antes de haber pulsado «Start».

Cinco minutos más tarde, la nave espacial de Connor había sido aniquilada y en las caras de los hermanos Brady podía leerse una tremenda desilusión.

«¿Quién te ha enseñado a jugar así?», le había preguntado Connor.

«Nadie», respondió Mina.

Connor pulsó de nuevo «Start».

«Vamos a jugar otra», propuso.

Y desde aquel momento no habían parado de jugar.

Connor oyó pasos sobre el puente.

Se frotó la cara bajo el chorro de agua caliente, después cogió un tubo de cobre que colgaba del techo.

—¿Hay alguien ahí? —gritó dentro.

—¡Murray y Shane! —le respondieron los dos a la vez desde arriba.

—¿Me hacéis un favor mientras me visto? ¿Me traéis un par de tomates del huerto?

Vacilaron un instante.

—¿Qué clase de tomates quieres que te traigamos?

Connor sonrió. Era la voz de Murray.

—De esos maduros, ¿sabes...? Rojos... Jugosos...

—Mejor que vaya Shane.

—Y ojo con tirar de las antenas, por favor.

—Tranquilo, jefe.

Connor se frotó el pelo con la toalla. Le gustaba que lo llamasen «jefe». Sobre todo porque no era verdad.

Oyó a Shane saltar sobre el techo de la barcaza.

La oscura cabellera de Murray se asomó por la puerta.

—¿Nada de pimientos? —le preguntó con una sonrisa.

—Si no los queréis para merendar, por mí no —respondió Connor.

Murray se colgó del marco de la puerta y se dejó caer hacia dentro.

—No tienes ni idea de lo que te he traído hoy —dijo.

—*La caza de los héroes* —respondió Connor. Que acaba de llegar por correo.

Murray desorbitó los ojos. La sorpresa se había desvanecido.

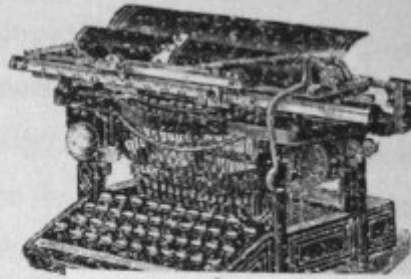
—Pero ¿cómo lo has adivinado?

—Por algo soy el jefe —contestó Connor riéndose—. ¿Empezamos a jugar o esperamos a los demás?

—¿Tú qué dices? —preguntó Murray.

—¡Marchando los tomates! —gritó Shane desde el techo del barco.

Se pusieron a jugar inmediatamente.

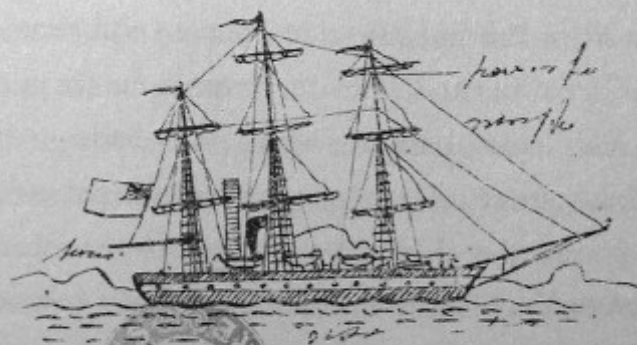


CAPÍTULO 3

LOS JUGADORES

*Amor de... de... de...
para... para... para...
para... para... para...*

DONDE SE ENCUENTRAN PIRATAS
QUE PREFIEREN JUGAR
Y UNA MADRE QUE NO SABE SI PREOCUPARSE O NO.



DEDALUS PRESS

Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers

MADRID

La *caza de los héroes* era un videojuego que estaban esperando desde hacía tiempo. Habían dejado de jugar cuando se acabaron las tres horas reglamentarias de prueba y estaban deseando volver a empezar.

Los demás ocuparon inmediatamente sus puestos, según la alineación acostumbrada, en cuanto llegaron: los Brady en el primer ordenador, Mina y Connor en el segundo, Murray y Shane en el último.

—¡Hola, rubio! —fueron las únicas palabras que Mina dirigió a Connor antes de cargar su personaje preferido.

—Princesa...

—Sacerdotisa de la magia —lo corrigió ella.

Y se pusieron a jugar: a todo volumen y con los tres monitores conectados entre sí. Murray, que era el paladín encargado de salvar el reino del pérfido dragón, dirigía las jugadas. Shane, que permanecía siempre a su lado, era un mago sin nombre porque no había encontrado ninguno que le gustase. Mina era una sacerdotisa cuyas vestiduras lanzaban terribles hechizos; Connor, un rauda ladrón. Y los Brady, como siempre para chincharse, habían hecho el uno lo contrario del otro: el primero era un guerrero de color todo músculos, y el otro un vejete embobado.

Jugaron hasta que se les enrojecieron los ojos, parando poquísimas veces: una para ir al lavabo y otra para ir a buscar algo de beber a la nevera. Y nadie fue a molestarlos ni una sola vez.

Hasta que tocó retirada en el *Ítaca*: había llegado la hora de volver a casa.

Los chicos abandonaron los ordenadores y salieron a cubierta sin dejar de hablar de todo lo que habían visto y descubierto, de las criaturas que habían matado. Desde la orilla era imposible distinguir sus voces por separado.

—¡Ha sido genial!

—¡Súper!

—¿Has visto?, al final el pasaje secreto bajo la torre existía de verdad...

—¿Y el Minotauro?, ¿seguirá vivo?

Hablaron de algunas cosas más, hicieron planes para la siguiente partida y concretaron ya cuándo y dónde la disputarían.

«Aunque estallase una guerra termonuclear —fue el único comentario que hizo uno de los Brady durante una pausa—, tenemos todo lo necesario para sobrevivir: videojuegos, un huerto, pescado e internet...»

«En caso de guerra termonuclear, Brady, ya no habría internet», había puntualizado Mina, haciéndolos reír a todos.

—En cualquier caso, yo mañana no puedo quedar... —dijo Connor, bostezando de cansancio. Los mechones le salían en punta de la cabeza, como

serpientes.

—Podríamos ir a la laguna —propuso Mina. Y al ver que sus amigos no querían saber nada de ir hasta el mar, añadió inmediatamente—: ¡Por favor! ¡Hace un mes que os lo estoy pidiendo!

Shane miró a Murray, con la esperanza de que encontrase una excusa. Murray miró a los hermanos Brady, con la esperanza de que tuvieran una ocurrencia.

—¡Tenemos que probar el helicóptero teledirigido! —soltaron los gemelos al unísono.

—Vale —dijo Murray.

Y a Mina no le quedó más remedio que levantar la vista al cielo, soltar una carcajada y montarse en la bici.

Aquella misma noche, Murray se quedó embobado mientras lavaba los platos. Su mente todavía estaba prisionera del videojuego, y le asaltaban recuerdos remotos, borrosos.

—¿Murray? —Su madre lo sobresaltó—. ¿Te pasa algo? —Y cerró el agua del grifo.

Se despabiló y sonrió.

—Perdona.

—¿En qué pensabas?

—En nada —respondió Murray. Y era verdad. Pensaba en tantas cosas que era como si en realidad no pensase en nada. Caballeros, armaduras, pasajes secretos...

—¿Qué tienes en la mano? —le preguntó su madre.

Murray levantó el cucharón y lo miró.

—Un cucharón...

—Lo estabas blandiendo como si fuese una espada... —comentó ella sonriendo.

—Ah, no... no me había dado cuenta.

Su madre hojeó el periódico.

—A veces me preocupas, ¿sabes? Te pasas el día delante del ordenador, con esos videojuegos de fantasía...

—No son fantasías —replicó Murray.

—Ya sabes a qué me refiero —resopló ella—. Monstruos, dragones, vampiros... Todo son cosas fantásticas... que realmente no existen.

—Eso es lo que tú dices.

Ella asintió, permaneció en silencio unos instantes y después le preguntó:

—¿Crees que soy pesada, Murray? ¿Soy una madre pesada?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por saberlo. Siempre andas perdido en tu mundo. Y me parece muy bien, pero... me gustaría que de vez en cuando vinieses al mío y...

No añadió «y de papá» porque el padre de Murray ya llevaba dos años en la cárcel. Y su ausencia era uno de los motivos por los que ella se hacía tantas preguntas acerca de su hijo.

—No eres pesada —respondió Murray.

Su madre cerró el periódico.

—Entonces ¿por qué hablamos tan poco?

—Quizá porque eres demasiado mayor. Y hay cosas que los mayores no entienden. Sois... así.

Cuando la miraba de aquella manera, a su madre le parecía un cachorro de lobo. Su madre se rió un poco, le revolvió el pelo y le preguntó:

—¿Has hecho los deberes por lo menos?

—Ahora sí que eres pesada.

Se encaminaron hacia las escaleras.

—¿Qué vais a hacer mañana en el cole? —le preguntó su madre una vez más.

—Nada —respondió Murray, incorregible.

Después subió hasta el cuarto del desván, comprobó que nadie hubiese movido las sillas de delante del viejo escritorio y, más tranquilo, se fue a la cama.

En cuanto el fragor de la batalla de *La caza de los héroes* dejó de zumbarle en los oídos, Murray soñó que su padre y él encontraban por fin el mecanismo para abrir el cajón secreto de aquel viejo mueble.

Y que dentro...



CAPÍTULO 4

LECCIONES DE FUGA

Así que...
...en su...
...a la...
...de...

LAS QUE SIRVEN PARA ESQUIVAR A UN PROFESOR,
 UN MERCADO ABARROTADO DE GENTE
 Y UNA CHICA BIEN EDUCADA.



Achal
... ..
... ..
... ..



Dedalus
DEDALUS PRESS

Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

1913

— **M**urray, Murray... —lo llamó el profesor Clark, al final de la clase—. ¿Podrías venir aquí un momento? Murray se apartó de la fila de chicos que abandonaban el aula como un río en plena crecida. Tenía mucho calor y había pasado la última hora de clase mirando cómo las nubes se encrespaban en el cielo.

Mina pasó por su lado susurrándole que lo esperaba abajo y Murray asintió. Después apretó los libros contra su pecho como si fuera un escudo y esperó.

En cuanto el último de sus compañeros abandonó la clase, el profesor Clark dejó de escribir en el cuaderno. Buscó las gafas, se las puso y se aclaró la voz.

—No se trata de nada trascendental, hijo, pero me parecía importante decírtelo...

Murray se sorbió los mocos. No le gustaba que un profesor con semejante corbata lo llamase «hijo».

—He leído tus últimos trabajos —prosiguió el profesor Clark, atusándose la perilla—. Y son buenos. Son muy buenos. El de Darwin, por ejemplo, no parece escrito por un muchacho de tu edad.

—¿Intenta decirme que lo he copiado?

El profesor Clark se levantó en la tarima riendo.

—¡No, no! Yo no he dicho eso. Porque... no lo has copiado, ¿verdad?

—Puede buscar en internet si no me cree —respondió Murray—. La historia de Darwin me gusta.

El profesor Clark se encaminó hacia la puerta mientras lo dejaba hablar.

—Me gusta que lo dejase todo atrás y se hiciese a la mar para ir a estudiar a los animales... Y que al volver... escribiera un libro —dijo Murray.

—Dos años en el mar.

—Yo, en su lugar, ¡me hubiera quedado incluso diez!

—¿Y tus amigos?

—Les propondría que viniesen conmigo.

Pasaron por el pasillo, donde se oían los últimos ecos de los muchachos en fuga.

—Me han dicho que has escrito algunos cuentos... —dijo entonces el profesor Clark, lo que hizo poner los ojos como platos a Murray.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Así que es verdad...

Naturalmente que era verdad. Había escrito los cuadernos del puerto, en los que inventaba la vida de los buques de hierro. Y decenas de cuentos, como

las aventuras de Arturo antes de ser rey. Y muchos más que prefería no compartir con nadie.

El profesor Clark se paró.

—Si te parece bien, me gustaría leerlos. Y quizá darte algún consejo para mejorarlos.

—No necesitan mejorarse.

—Ah, ¿eso crees? ¡Muy bien! Mejor que mejor. En cualquier caso, si me los dejases leer... El colegio no tiene nada que ver con esto. No es un examen. Y no tengo ninguna intención de ponerte una nota.

—Entonces ¿qué tiene intención de hacer?

El profesor Clark tenía los ojillos agrandados por los cristales rectangulares de las gafas.

—Pues únicamente leerlos. Y quizá recomendarlos a un par de amigos míos que trabajan para revistas de jóvenes autores noveles...

Murray sacudió la cabeza.

—El hecho es que a mí no me interesa que nadie los lea, profesor. Me gusta contárselos de vez en cuando a mis amigos, si se presenta la ocasión...

El profesor Clark se ajustó el nudo de la corbata, algo abochornado.

—Entonces, dejémoslo correr por ahora. Pero si cambias de idea, hijo...

¡Otra vez aquella palabra!

Murray echó a correr.

—Si cambio de idea usted será el primero en saberlo, profesor. ¡Gracias!

Y, cuando llegó a las escaleras, saltó sobre la barandilla y se deslizó por ella.

—¡Murray! —le gritó la señora Johanna desde la puerta—. ¿Cuántas veces te he dicho que no hagas eso? ¡Es muy peligroso!

—Precisamente por eso lo hace... —murmuró el profesor Clark con envidia.

De pie entre las estatuas clásicas que decoraban la cúspide de las escaleras, esbozó una extraña sonrisa. Se aflojó el nudo de la corbata y después, con una mueca, bajó los escalones.

Mina esperaba a Murray bajo los árboles. Se había anudado por encima de las rodillas la vaporosa falda, roja y amarilla, para pedalearse mejor y se había recogido el largo cabello negro en una coleta.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Solo quería incordiar un poco.

No le dio más explicaciones.

Se subieron al sillín y se alejaron rápidamente entre los coches que habían ido a buscar a los demás muchachos. Esquivaron aquellos bisontes de hierro y se abrieron paso hasta la plaza central, donde los árboles del parque se mecían al viento.

Eran afortunados: hacía un maravilloso y soleado día. Sobre los techos grises de los edificios, el cielo lucía blanco y azul, y las nubes pasaban raudas.

Murray y Mina dejaron atrás una fila de taxis negros que estaban aparcados en un lado de la calle principal y se adentraron en el corazón del casco antiguo de la ciudad. Llegaron a la majestuosa entrada del mercado cubierto y, una vez allí, Murray se puso de pie en los pedales.

—¡Ven! —le propuso girando bruscamente—. ¡Vamos a cortar por aquí!

Y después atravesó con un salto el arco de hierro que hacía de entrada al mercado.

—¡Murray, en bici no! —le gritó Mina.

Pero, como su amigo no paraba, salió detrás de él.

El mercado cubierto era uno de los pocos edificios antiguos de la ciudad. Era una gran construcción de ladrillo rojo con una cubierta de hierro que sostenía una larguísima claraboya central. En su interior, entre un alegre griterío, había carniceros y pescaderos, puestos de fruta y de verdura, de queso y de mermelada.

Murray y Mina enfilaron a toda velocidad el pasillo central que se abría entre los puestos bajo la claraboya.

—¡Eh!

—¡Vaya modales!

—¡Mirad por donde vais!

Protestaban algunos.

Mientras que otros, quizá reconociendo a Murray, sonreían por lo bajo.

—No hay nada que hacer... ¡Es el hijo de Paddy!^[2] —dijo el tocinero a dos clientes, con una pequeña hacha para partir la carne en la mano—. Parece que se la esté ganando, pero es un buen chico, no le haría daño ni a una mosca. ¡Un buen muchacho, de verdad! A ver, ¿corto por aquí?

Murray no sabía lo que los tenderos pensaban de él: pedaleaba con concentración, teniendo mucho cuidado en esquivar a los clientes. Y Mina se esforzaba por seguirlo, pidiendo perdón a cada instante en nombre de los dos.

¡Qué locura!

Atravesaron casi toda la parte cubierta de un extremo al otro, entre un continuo vaivén de gente, vendedores y bolsas de la compra, pero cuando ya

estaban a punto de alcanzar la salida del mercado, Murray gritó, asustado:

—¡Bájate! —Y se bajó del sillín con la bici aún lanzada, frenando con los talones.

Había visto el uniforme de un policía que vigilaba los puestos delante de él.

Mina, que iba detrás, no fríe lo suficientemente rápida. Una señora bastante mayor apareció de repente por la esquina del puesto de tejidos y el manillar de Mina le dio de lleno en la cesta de la compra.

La cesta se cayó al suelo y rodó bajo el puesto, haciendo un ruido de huevos rotos.

—¡Socorro! —chilló la señora, más que nada asustada.

—¡Perdón! ¡Perdón! —le dijo Mina, mortificada. Se arrojó bajo las telas y recogió inmediatamente la cesta de la compra. Pero notó que algo goteaba en su interior—. Espero que no haya pasado nada, y que...

—¡Me has hecho daño! —gritó de nuevo la señora—. ¡No se puede ir en bicicleta aquí dentro!

—Vamos, vamos, tampoco ha pasado nada. Y la señorita iba a pie —dijo el panadero, para calmarla.

Mina le dio las gracias, pero la otra insistía y Mina ya no sabía qué decir. Respiraba con dificultad, más por la vergüenza que por haber pedaleado.

¿Cómo se había dejado convencer para hacer una estupidez semejante?

Estaba muy enfadada con Murray. Ni siquiera se había dado la vuelta; y, cuando se dio cuenta de que el policía iba hacia ellos, silbó:

—¡Ay, ay, vámonos!

Las ruedas de las bicis rechinaron en el suelo y la falda de Mina se hinchó como una cometa.

Salieron flechados, alejándose del tenderete un instante antes de que el policía llegara, y desde algunos puestos cercanos se oyeron carcajadas de burla.

El policía hizo sonar el silbato inútilmente.

Pero Murray y Mina no pararon. Pedalearon fuera del mercado a toda pastilla, atravesando un torbellino de palomas enloquecidas.

No se detuvieron hasta que llegaron a las vías del ferrocarril.

A un lado se abría una extensión de terreno baldío que descendía hasta el mar. Al otro se perfilaban lejanas las casas, bajas y cuadradas.

—¡Estás loco de remate! —explotó Mina entonces. Aunque parecía reírse al mismo tiempo—. ¿Me oyes, Murray Clarke?

Murray atravesó las vías y ató su bici a las de Shane y los Brady que, por lo que parecía, ya habían llegado.

—Creo que te han oído hasta en la universidad —respondió.

—¡No te hagas el listo! —insistió la muchacha—. ¡Me has hecho hacer una estupidez!

Sus ojos negros estaban abiertos de par en par, algunos mechones se le escapaban de la coleta y su piel oscura palpitaba por la emoción.

Murray la miró y dijo:

—¡Y tú me has seguido!

—¿Quéééé?

—Acabas de decirme que te he hecho hacer una estupidez. Y es verdad... pero ¡tú también la has hecho!

—¿Me estás desafiando?

Murray se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —lo apremió Mina.

—De nada, de verdad. Lo siento.

—¡No, no! ¿De qué te ríes?

Murray levantó los brazos.

—Lo siento, de verdad. Me rindo. Te prometo que nunca más te haré cruzar en bici el mercado cubierto.

—¡Es peligroso, Murray! ¡Es una estupidez! Hubiéramos podido herir a alguien y...

—¿Has oído cómo gritaba?

Mina se rió a su pesar.

—Sí la he oído, pero... no se trata de eso...

—Te has divertido —dijo Murray—. Admite que te has divertido; al menos, un poco.

—¡NO! —exclamó Mina.

—¿Ni siquiera un poquito?

—¡MURRAY!

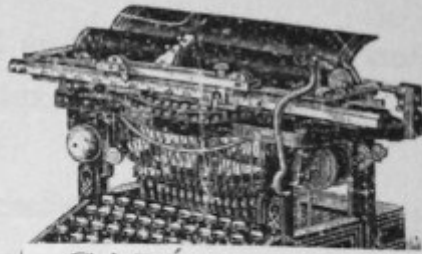
—Ok —se retractó él—. Me rindo.

Mina se fue calmando poco a poco. No era del todo verdad que no se hubiese divertido un poquito. La sensación de miedo había sido excitante, pero aquel tipo de cosas eran típicas de sus hermanos: parecía que viviesen para meterse en líos.

Y aunque pudiera entender que a Murray le cayesen mal los policías, por lo de su padre, no lo justificaba. Era como si ella tuviese que odiar los ordenadores por lo del suyo.

Enfilaron un sendero estrecho que bajaba entre dos filas de zarzales.

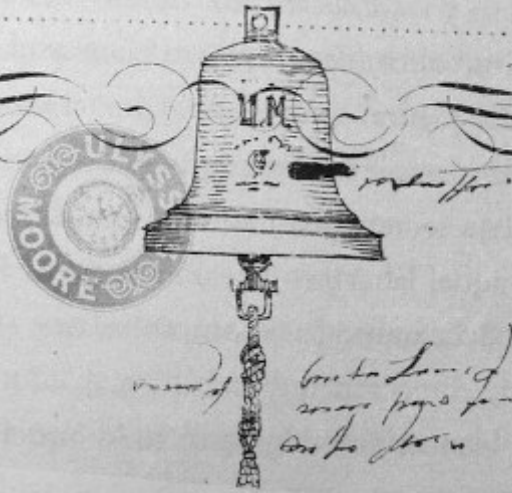
—¡La próxima vez podríamos cruzar la Estación Central! —le susurró Murray antes de escaparse a toda pastilla entre los matorrales.



CAPÍTULO 5

CÓDIGO HOMBRO

*Por el amor
de la verdad
de la Doble D.*



DONDE APRENDEMOS QUE EXISTEN REGLAS DETERMINADAS
HASTA PARA PERDERSE, Y QUE PARA ENCONTRAR EL CAMINO
A VECES NI SIQUERA BASTA UNA SEÑAL.

DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

No. 1211

La laguna era una gran reserva para la protección de la fauna. Un extenso territorio inexplorado, ondulado y baldío.

Estaba formada por dunas de arena, charcas, cañizales crepitantes, bosquecillos y densos zarzales. El tramo adosado a la vía férrea estaba cubierto de matorrales en flor y árboles bajos, doblados por el viento.

Un poco más allá, la laguna se convertía en territorio de pájaros y de pequeños animales. De vez en cuando se oía un crujido entre las hojas, o el reclamo de algún pájaro raro que después levantaba el vuelo, se escondía o se zambullía en el agua.

Caminaban descalzos, con los zapatos colgando del cuello. A medida que se iban acercando al mar, el terreno se volvía cada vez más arenoso y los insectos zumbaban formando nubes compactas. Entre los matorrales aparecían blancas charcas de agua salobre, y grandes piedras redondeadas por el viento emergían de entre las dunas como si fueran centinelas. Los chicos habían elegido como playa secreta una ensenada perdida, escondida en algún lugar de aquel laberinto de cañas y dunas bajas. Se paraban en cada cruce del camino para comprobar que estaban siguiendo exactamente la dirección que habían marcado con minúsculos lazos de lana blanca, invisibles para todo aquel que no supiese dónde había que mirar.

Murray iba delante, con la máquina fotográfica colgada del cuello, silbando. Mientras lo observaba por detrás, Mina rumiaba todavía sobre lo que había pasado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Murray cuando alcanzaron el centro de la maleza.

—Nada. ¿Por qué?

Murray buscó los lacitos de lana en el primer cruce y luego giró a la izquierda.

—Has suspirado.

—Estamos en un país libre —replicó Mina, tranquila.

Se adentraron en la hondonada que formaban dos dunas de arena, entre raíces torcidas y florecillas azules. El aire olía a sal y a corteza húmeda.

—A mí no me la pegas —prosiguió Murray sin pararse—. Estás insistiendo para venir a la playa desde hace un montón de tiempo. Y normalmente, cuando uno de nosotros quiere venir a la playa o tiene un helicóptero nuevo, o bien...

—Tengo problemas en casa, con mi padre —lo interrumpió Mina; arrepintiéndose inmediatamente de lo que acababa de decir.

Murray disminuyó el paso imperceptiblemente.

—Si se trata solo de eso, no eres la única...

—No quería decir eso. Pero es así.

Se pararon a la sombra de un ciruelo silvestre. Entre las ramas había restos de un viejo nido abandonado.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Murray.

—Quiere cambiar de ciudad otra vez.

—¿Para ir adónde?

—Pues vete a saber. A veces habla de Seattle, otras de Palo Alto... En cualquier caso, muy lejos de aquí. Sostiene que es importante para su trabajo porque su carrera aquí está en punto muerto.

—¿Y tu madre qué dice?

—Ella dice lo que mi padre quiere oír. Mis hermanos ya son lo suficientemente mayores como para cuidarse solos, así que...

—La única que no quiere marcharse eres tú.

—Exacto —admitió Mina. Extendió una mano para coger una pequeña baya roja y la apretó entre los dedos hasta que salió una gota de jugo acre—. Una chica a la que le va bien en el cole puede ir a cualquier sitio.

Murray echó de nuevo a andar.

—¿Y a ti no te gustaría viajar?

—Viajar es una cosa. Marcharse es otra.

—¿Qué diferencia hay?

—Viajar es como vivir una aventura, sabes adónde volver, mientras que marcharse... es como escapar. —Mina tenía la mirada fija en los dedos de los pies que se hundían en la arena y no se dio cuenta de que Murray se había parado. Chocó con su espalda—. Perdona.

—No, perdóname tú... —Murray le indicó una figura de rodillas a pocos pasos de ellos.

Era Shane, y parecía muy preocupado.

—Alguien ha estado aquí... —dijo en voz baja. Ni siquiera los saludó, pronunció solo esa frase.

Murray se agachó a su lado.

—¿Quién?

—No lo sé —respondió Shane—. Pero ha quitado las señales de lana.

—Bueno... —murmuró Mina—. Quizá hayan volado...

Murray la fulminó con la mirada.

—Las señales no vuelan. Si ya no están es porque alguien las ha quitado.

—Estoy de acuerdo contigo.

Mina procuró contener una carcajada.

—Pero estáis bromeando, ¿verdad?

Shane miró a su alrededor como si estuviese al alcance de un francotirador.

—Lo he mirado todo, Murray. Las han quitado todas.

—Nos han descubierto —dijo Murray muy serio.

—Chicos —masculló Mina—, planeta Tierra llamando a sus amigos, planeta Tierra llamando a sus amigos: ¿os habéis vuelto locos?

Murray sacó de la mochila del cole un walkie-talkie y la navajita. Se la lanzó a Mina diciéndole:

—Si nos atacan, ¡espero que sepas cómo se usa! —Después encendió el walkie-talkie—. Forestales a comando playa... forestales a comando playa... ¿me oís? Cambio.

El walkie-talkie zumbó en vano durante algunos segundos y luego se oyó la voz de uno de los hermanos Brady.

«Aquí comando playa... hablad, forestales... Cambio.»

—Hay huellas de la presencia del ejército enemigo. Tenéis que abandonar el lugar... Cambio.

«Recibido, forestales... enviamos inmediatamente un helicóptero de inspección en vuelo rasante... Cambio.»

—¡Negativo! ¡Negativo! —gritó Murray—. ¡Es demasiado peligroso! ¡Código Hombro! Repito: ¡Código Hombro!

«Afirmativo. Código Hombro para vosotros también, forestales. ¡Corto!»

En cuanto la comunicación se cerró, Mina pestañeó, incrédula.

—¿Se puede saber qué es el Código Hombro?

Shane le indicó algo que habría tenido que encontrarse en el camino, detrás de ella. Pero Mina no cayó en la trampa.

Le tocó rápidamente el hombro y le preguntó:

—¿Es esto?

Murray asintió. La regla era que si te tocaban en el hombro quedabas fuera de juego.

Dos equipos: Murray, Shane y Mina eran forestales, los hermanos Brady, el comando playa.

—Muy bien —dijo Mina frotándose las manos. Toda la historia de las señales desaparecidas tomaba en ese momento un cariz completamente diferente.

—¡A jugar!

Se separaron.

Shane fue por un lado, Murray y Mina por el otro. Su intención era circundar la playa.

Bajaron a una segunda hondonada, subieron al otro lado y dejaron atrás una pequeña pirámide de piedras a la que Murray añadió otra más, luego doblaron hacia el mar. Corrieron a toda velocidad, electrizados por la idea de poder caer en una emboscada a cada paso. Al llegar a los árboles gemelos, cogieron el camino de la izquierda y en la duna blanca doblaron a la derecha. Murray nombraba los lugares como si los conociese a la perfección, y Mina se fiaba ciegamente de él. Solo tenía una idea muy vaga de la extensión de la laguna, y lo bueno del juego era precisamente eso. La única regla de aquella tarde iba a ser: guárdate las espaldas.

—¡Al suelo! —ordenó Murray cuando tuvieron que atravesar un cañizal muy espeso.

Y aunque no había ningún motivo para hacerlo, o quizá precisamente por eso, Mina obedeció.

Se llenó de arena. Se arrastraron boca abajo como marines, después Mina notó que algo hacía oscilar las cañas.

Tiró a Murray de los vaqueros.

—¡Pssst!

Contuvieron la respiración, pero descubrieron que se trataba de una falsa alarma. No había ningún Brady entre los cañizales, sino una familia de ratones acuáticos.

Continuaron rodeando la playa, y del cañizal pasaron muy pronto a caminar sobre una capa de agua y barro no muy espesa en la que pululaban los insectos. Inmediatamente después, Murray empuñó una rama como si fuese un fusil y prosiguió.

Alcanzaron el mar, o al menos lo que parecía una porción de mar aprisionada entre dos bajíos. Un poco más adelante había un bosquecillo espeso, y el cañizal que habían cruzado se volvía más alto, impidiendo la visión casi por completo.

Murray hizo como si identificase el lugar en un mapa invisible, escrutó la posición del sol y comprobó la dirección del viento humedeciéndose la punta de un dedo.

Después se echó a reír.

—Forestal Mina... —murmuró.

—¿Qué?

—No tengo ni la menor idea de a dónde hemos ido a parar.



CAPÍTULO 6

PERDIDOS EN LA LAGUNA

*Quiero saber O sea
que es lo que
meo v*

O, MEJOR DICHO: SIEMPRE ES PREFERIBLE
RECORRER EL CAMINO HASTA EL FINAL
QUE ASUSTARSE Y VOLVER ATRÁS.



*Quiero saber
O sea*

*Quiero saber
O sea*



JULYSSSES MOORE
DEDALUS PRESS

Printing Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

Toda la laguna susurraba a su alrededor. Sin ningún punto de referencia.

El sol se había convertido en un disco blanco, escondido entre las nubes. Miraran adonde mirasen, el paisaje era igual de caótico: charcas de agua cuajadas de insectos, cañizales cimbreantes y, más allá, una lenta sucesión de lomos y dunas de arena y plantas trepadoras. Matojos rebosantes de bayas, árboles secos y florecillas de colores.

Inmóviles en el sendero, podían oír una orquesta de zumbidos, el gorjeo de las aves. Una garza. Un cormorán. El graznido de un cuervo y el grito de una gaviota. Vieron una nutria nadar a ras de agua. Una culebra calentándose al sol. Oyeron el silbido de una serpiente de río. El golpe leve en el agua de una zambullida.

El esplendor del humilde misterio de la vida les puso la piel de gallina.

—No tengas miedo, forestal Mina... —murmuró Murray, aunque él también se sentía incómodo.

—No tengo miedo, Murray —confirmó Mina.

Parecía como si su voz fuese atravesada por minúsculas escamas de oro que flotaban en el aire a su alrededor.

La miró.

Polen. Era simplemente polen.

Avanzaron despacio por la senda, cautelosos, como cuando se escucha la voz de un lugar. Permanecían muy juntos. Murray miraba a su alrededor buscando algún punto de referencia: un árbol, una piedra, una colina, la silueta de una isla.

Había estado miles de veces en esa laguna. También con su padre.

Habían ido al amanecer, para ver llegar las ocas.

Y de noche, cuando había tormenta en el mar.

Aquella laguna era como su casa, pensó Murray. Y en casa uno no se pierde.

Por ese motivo se sentía incómodo. Era la primera vez que se perdía.

Se dio la vuelta para sonreír a Mina. Ella le devolvió la sonrisa. No estaban asustados: todavía les quedaba el walkie-talkie. Pero durante el juego había pasado algo. Y los dos se habían dado cuenta.

Algo flotaba en el aire.

Penetraron en la espesura de un cañizal y tuvieron la impresión de caminar entre paredes vibrantes. La senda se estrechó y descendió hacia el agua, que pronto les llegó a las rodillas. Mina se levantó la falda todo lo que pudo y al final se cansó y la dejó flotar alrededor de las piernas.

Murray se abría camino con el bastón que había cogido fingiendo que era un arma.

Mina caminaba muy pegada a él. Contuvo un grito cuando un pez grande, molesto por su presencia, se escurrió entre sus tobillos.

—Solo era un pez... —dijo Murray. Y las briznas de oro flotaron ante su boca.

El tramo de ciénaga terminaba frente a una orilla muy arbolada: los viejos troncos podridos se hundían entre las cañas. Tenían las cortezas jaspeadas de familias de hongos grises.

Murray se encaramó a la orilla. Sus pies salieron del barro con un remolino. Se sentó en el suelo y se giró para ayudar a Mina pero ella ya estaba saliendo sola: se había agarrado a una raíz e intentaba subir, pero la falda pesaba más de lo que imaginaba, y tropezó. Partió con el pie un trozo de corteza. Los insectos blancos que la habían excavado se refugiaron en las galerías del tronco, como minúsculas perlas con patitas.

Mina se levantó de nuevo, recogiendo su falda como podía.

Se habían introducido en un área salvaje de la laguna. Una garza los miraba fijamente desde el espejo de agua que habían dejado atrás.

—No estás haciendo ninguna foto —le dijo a Murray, que la esperaba en el espesor de la maleza.

—Está sin batería —mintió él, dándose la vuelta.

Llegaron hasta un montón de piedras sobre las que había crecido una gran rosaleta silvestre. Las rosas, blancas y pequeñas, se enredaban entre sí como los anillos de una serpiente. Emanaban un perfume embriagador. Mina alargó la mano para coger una, pero Murray se lo impidió.

—No —dijo, como si se tratase de algo importante—. No se puede.

Y Mina pensó que tenía razón.

Dejaron atrás las piedras y la rosaleta. Hallaron una senda que se curvaba y se dirigía hacia el interior, donde el bosque era menos espeso. El cañizal por el que habían llegado ahora se encontraba a su derecha, por debajo del terreno por el que estaban caminando. Los pies se les hundían en una maraña de hiedra trepadora que parecía gemir de vida a cada paso. Donde las ramas raleaban se podía ver la extensión de la laguna, y Mina creyó distinguir los postes de la luz que flanqueaban el ferrocarril. Se lo dijo a Murray, que asintió. Parecía como si estuvieran cerrando su trayectoria en círculo.

Pero todo era aún muy insólito.

Prosiguieron por la senda, casi sin hablar. El viento murmuraba a lo largo del perímetro del bosque. El sol esparcía sobre la hiedra manchas de luz blanca y brillante. El sotobosque entero palpitaba de vida.

Murray pensó que si en verdad iban en línea recta, habrían podido encontrarse con los demás a la altura de los árboles gemelos, o de la duna blanca, o bien...

La senda bajó de nuevo al nivel del agua.

—Con un poco de suerte... —dijo Murray en un momento dado. Pero no acabó la frase.

Un ave enorme alzó el vuelo del agua y se alejó, batiendo majestuosamente las alas.

—¿Tú también lo ves? —murmuró el muchacho de ojos verdes.

Al principio no, Mina no lo vio.

Después, mucho más tarde, se preguntaría cómo había podido no darse cuenta.

Murray seguía parado en el camino mirando hacia el bosque del que acababan de salir. Minúsculos fragmentos de hierba cayeron sobre su ropa.

Cañas altísimas traspasaban el agua estancada. Los árboles más viejos del bosque, debilitados por la sal y la humedad, eran flácidas ruinas. Y justo en la fisura verde entre el cañizal y los árboles podridos había un edificio oscuro, majestuoso, que cuadruplicaba su altura.

Pero no se trataba de un edificio. Era un barco cuyo casco se apreciaba solo en parte: un rizo de madera rotundamente elegante, medio sumergido en la vegetación.

—¡Vaya! —murmuró entonces Mina—. Dime que estoy soñando.

Murray no dijo nada.

—Será mejor que vayamos a buscar a los demás —dijo Mina de nuevo.

Y otra vez Murray permaneció en silencio.

—¿Murray? —lo llamó, preocupada.

Y esta vez él se giró, lentamente.

—Ha sido él —dijo.

Mina tuvo que sobreponerse al escalofrío que la atravesó.

—¿Qué ha hecho?

—Él ha quitado las señales a lo largo del camino.

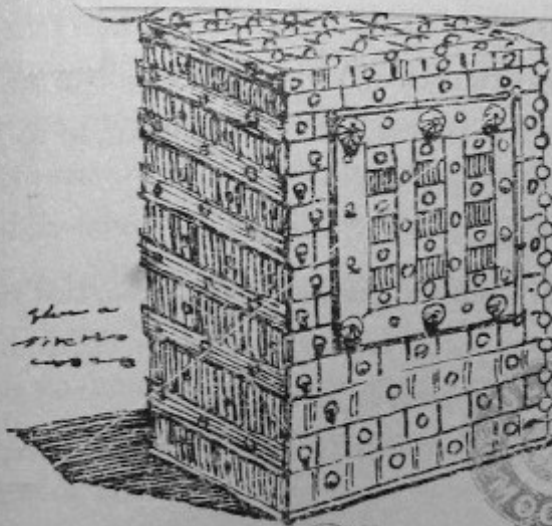


CAPÍTULO 7

LOS RESTOS ESCONDIDOS

*Los restos que se
dejan en un fondo de la...*

DONDE SE DESCUBRE QUE LOS BARCOS
TAMBIÉN SE ESCONDEN CUANDO TIENEN
MIEDO, Y QUE LA MADERA ANTIGUA,
CUANDO QUIERE, SABE CANTAR.



*que a
sobre
los...*

*que se
deja
en un
fondo de la...*



DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

PAGE 39

El barco parecía haberse encallado en el barro.

Se inclinaba unos diez grados hacia el mar, y algunos de sus largos remos estaban apoyados en los escálamos. Multitud de plantas trepadoras se enredaban por la proa y el palo mayor, el único que podía verse, carecía de velamen.

Murray se acercó a él caminando por el agua del cañizal. A pesar de ser antiguo, el barco no tenía el aspecto de una reliquia. Si bien estaba inclinado, su casco parecía intacto, aunque era posible que hubiese alguna vía de agua bajo la línea de flotación. Tenía una forma extraña. No parecía un velero ni ningún otro modelo que Murray hubiese visto antes. Le recordó a un barco vikingo, pero mucho más alto: la proa sobresalía unos cuatro metros del suelo, y la popa, aunque estaba sumergida en la laguna, era imponente y majestuosa.

Irradiaba una energía silenciosa y tranquila. Como si cantase con la boca cerrada.

Murray se sentía embestido por un caudal de emociones que no lograba dominar. Se acercó a él, y el caudal adquirió aún más fuerza. Al final, como el hierro atraído por el imán, lo tocó. Su presencia lo absorbía por completo.

Estaba caliente y vibraba.

Notó que había un nombre grabado en la proa, casi oculto por las plantas trepadoras y, con la ayuda de Mina, cortó una de las cañas más gruesas para apartar la hiedra.

Era un nombre compuesto por cinco letras que Murray no logró leer.

—No está en nuestro idioma... —murmuró.

—Son letras griegas —dijo Mina—. Al menos eso creo.

—¿Y tú que crees que hace aquí... un barco vikingo con un nombre griego?

Mina sonrió.

—Pues no lo sé. Creo que estamos aquí para descubrirlo, ¿no?

Murray asintió.

—Quizá tendríamos que avisar a los demás... —prosiguió la muchacha—. ¿Todavía tienes el walkie-talkie?

Murray se lo dio.

Sondaba la profundidad del terreno con la caña y avanzaba despacio, a lo largo del flanco inclinado.

—Aquí Mina, cambio. Mina, respondió. Hemos encontrado algo, cambio. Mina, respondió. Chicos, ¿me recibís? Ya no estamos jugando. Cambio.

Después siguió a Murray en el agua, con la radio de corto alcance zumbando cada vez más débilmente entre sus manos.

—Aquí Mina, cambio. Mina, respondió.

Lo intentó otras dos veces.

—No me oyen —dijo, rindiéndose después del último intento: el walkie-talkie emitía solo el ruido de la electricidad estática.

—Creo que no va a funcionar —dijo Murray, tranquilo.

—¿Por qué?

—Si yo fuese él, no dejaría que funcionase.

Mina clavó la mirada en el casco del barco que se inclinaba por encima de ella.

—¿Te refieres al barco?

—Se ha escondido aquí —murmuró Murray—. ¿Tú no lo notas?

—¿Notar qué?

—Que tiene miedo.

Mina cerró un instante los ojos, exasperada y nerviosa a la vez.

—Vale, Murray, ahora, para ya, ¿de acuerdo? Ya me... me... has asustado bastante, con este paseo y... no tengo ningunas ganas de escuchar tus historias acerca de lo que... siente... este... barco vikingo con nombre griego.

Murray sondó el agua con la caña un par veces más, después tuvo que parar. El agua ya le llegaba a la altura del ombligo. Estaba fría, pero ni siquiera se daba cuenta.

Más o menos a mitad del barco, algo colgaba por fuera de la borda. Intentó engancharlo con la caña para bajarlo.

—Murray, pero ¿qué estás haciendo?

—¡No lo sé!

Saltaba en el agua intentando coger algo. Y entonces apareció.

Una vieja escalera de cuerda colgaba a pocos centímetros de su cabeza.

—¡Murray! ¡Ni lo intentes! ¡No te aguantará!

Pero él ya había aferrado el peldaño más bajo de la cuerda y se había colgado con todo su peso.

—No estoy de acuerdo —respondió—. A mí me parece que me aguanta de maravilla.

Mina apretó los puños. Se sentía exactamente como se había sentido al principio de la tarde, cuando lo vio arrojar de cabeza entre los puestos del mercado cubierto sin poder hacer nada para hacerlo entrar en razón.

—¡Murray! No... ¡MURRAY!

—¿Quieres cerrar la boca? —replicó entonces el muchacho de ojos verdes. Trepó del primer peldaño al segundo, luego al tercero—. ¡Pareces mi madre!

Mina no se había sentido tan ofendida en toda su vida.

La escalera de cuerda oscilaba despacio, golpeando alternativamente contra el casco y las cañas que lo protegían del mar abierto.

Murray se encaramó ágilmente hasta la borda, extendió una mano y saltó a bordo.

—¡Todo en orden! —dijo, echando una rápida ojeada a su alrededor—. ¡Vamos, Mina, sube tú también!

La oyó protestar, y seguidamente abrirse paso dificultosamente por el agua. La escalera se tensó y, al cabo de unos segundos, Mina apareció en el puente.

—De todas las locuras que...

—¡Chiss! —respondió Murray simplemente.

Lo primero que hicieron fue repasar con la mirada el barco de un extremo al otro: advirtieron una grieta profunda en el palo mayor y algunas filas de bancos de madera a los dos lados del puente. Muchas se habían soltado. Los remos, al menos los que quedaban, estaban encadenados a los escálamos. Eran largos y afilados. En la popa todavía se podían ver los timones, planos y macizos: la caña de babor y la de estribor.

Murray, a cuatro patas, se dirigió a la parte inclinada del puente y, aunque toda la nave gimió, no se movió. Debía de estar bien encallada en el fondo fangoso. Examinó el puente en busca de algo que lo ayudase a comprender de dónde procedía la embarcación. Apoyada contra la borda había mucha madera desvencijada: baúles, barriles y lo que parecían viejas cajas de la bodega. Murray se dirigió a la única escotilla que había y miró hacia abajo, a las entrañas del barco.

—¿Hay algo? —le preguntó Mina.

Fuera del barco, el bosque de la rosaleda parecía una catedral.

—No veo nada, está muy oscuro... Pero por cómo retumba la voz diría que está todo vacío.

Mina también había empezado a mirar a su alrededor: había movido las maderas y las había examinado buscando números, inscripciones o indicaciones. Algunas, podridas y enmohecidas, se le deshicieron entre las manos.

Se desplazó a popa, donde había restos de un compartimento con la puerta arrancada.

—Creo que ha sucedido algo extraño en este barco... —murmuró la muchacha, acercándose con cautela.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. El camarote del capitán, quizá.

El viento movió las ramas que rozaban su cabeza y eso fue suficiente para que sintiese un escalofrío. Mina se asomó al camarote y logró distinguir muebles viejos amontonados.

En el cañizal se oyó el reclamo estridente de un pájaro.

—Yo diría que aquí no hay nada interesante... —murmuró la muchacha.

Murray la alcanzó gateando sobre el puente.

Reconocieron los restos de una cama y de una cómoda. Intentaron abrir los cajones, que se les quedaron hechos añicos entre las manos. Pero detrás de los muebles vieron una caja de cinc, cerrada con un candado oxidado. La sacaron afuera y Murray forzó el candado con dos golpes de navaja.

En la caja había un paquete de tela impermeable y, dentro de este, un pliego de hojas escritas a mano.

—Un viejo diario... —murmuró Mina.

Murray se puso en cuclillas en el puente, con los pies apoyados en la borda, y leyó:

—«El gran verano... de Ulysses Moore... Apuntes para el decimotercer libro».

Y pasó la página.

Del pliego de hojas cayó una vieja fotografía que Mina cogió al vuelo. Retrataba a un grupo de niños con el uniforme del colegio. En el dorso había una serie de firmas desvaídas por el tiempo que los dos muchachos intentaron descifrar inútilmente.

Murray pasó otras dos páginas del diario, intentando que no se le cayeran de las manos, pues estaban sueltas.

Al final miró a Mina.

—No sé quién es este Ulysses Moore, y tampoco por qué su diario se halla a bordo de esta nave, pero cualquiera que sea la lengua en la que lo ha escrito, no es la nuestra.

La página que Murray sostenía entre las manos estaba repleta de dibujos incomprensibles.

—Un barco vikingo encallado cerca de casa, un nombre griego y un diario escrito en una lengua incomprensible... —enumeró Mina con los dedos—.

¿Me dejo algo?

Murray inclinó la caja de cinc y descubrió que contenía un pequeño objeto.

Era un extraño cubo de madera cuyas caras estaban formadas por casillas cuadradas, cinco horizontales y cinco verticales: un total de veinticinco. Dentro de cada una había un número grabado y los vértices estaban decorados con cuatro minúsculos botones de nácar.

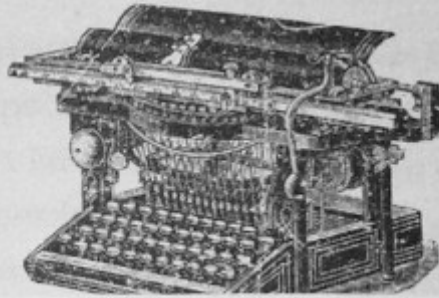
—¡Ah, genial! —murmuró Mina—. ¿Y eso qué es?

Murray sacudió la cabeza, fascinado.

—No tengo la menor... —dijo—. Pero si aprietas uno de esos botoncitos blancos...

«¡Fzzzt!», hizo el mecanismo del cubo de madera.

—Se vuelve negro.

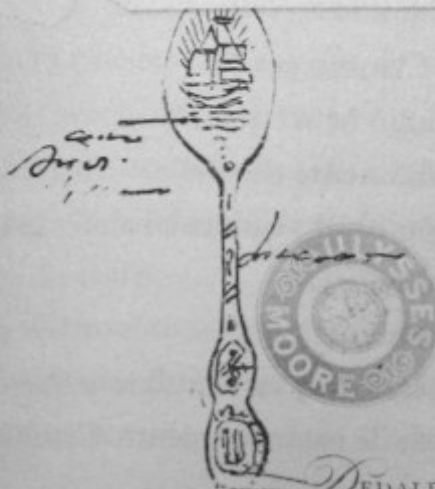


CAPÍTULO 8

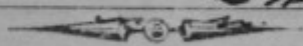
LAS COSAS CAMBIAN

*Primeros los helicópteros
 luego los aviones
 después los coches
 y por último los autos*

O, MEJOR DICHO: NO HAY NADA MEJOR
 QUE UN HELICÓPTERO, AUNQUE SEA MUY PEQUEÑO,
 PARA QUE TE SAQUEN DE APUROS.



MOORE'S PRESS
 Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers, etc.



Justo después de cruzar una duna que había en el camino, el walkie-talkie empezó a funcionar, repentinamente.

Mina se sobresaltó cuando el débil zumbido se transformó en la voz de uno de los Brady gritando:

«¡Comando playa a forestales desaparecidos! ¡Comando playa a forestales desaparecidos! ¡Cambio!»

A lo que Murray respondió:

—¡Aquí forestales desaparecidos! ¡Os recibimos fuerte y claro, cambio!

A pesar de las interferencias en la comunicación, los muchachos pudieron oír un grito de alegría.

«¡Por fin te recibimos, Murray! ¿Mina está contigo? ¿Dónde os habéis metido? ¡Cambio!»

—¡Afirmativo, Brady! Aquí estamos los dos, aunque no sabemos dónde exactamente. Cambio.

«¿Qué veis? Cambio.»

—Sol menguante a un par de horas. Estamos procediendo en dirección sur-sudoeste, creo. Cambio.

«¿No veis nada en el cielo? Cambio.»

—Negativo. Cambio —respondió Murray.

Pero Mina exclamó inmediatamente después:

—¡Mira! —Y señaló un extraño objeto que volaba en círculos a poco más de un kilómetro de distancia.

—¿Es vuestro helicóptero? Cambio.

«¡Afirmativo! —respondieron los Brady en el walkie-talkie—. Hemos enviado en vuelo el vehículo de reconocimiento. Cambio.»

Murray estaba pasmado. No solo estaban lejísimos de la playa, sino que se hallaban en la parte diametralmente opuesta a la que se esperaba.

—Pero ¿cómo hemos podido alejarnos tanto? —se preguntó. Luego apretó el botón del walkie-talkie y dijo—: ¡Lo vemos! Mantenedlo allá arriba e intentaremos llegar hasta vosotros. Cambio y corto.

Después miró a Mina.

—¿Puedes?

Tenían que abandonar el camino y orientarse solo con la posición del helicóptero. Pero de esa manera corrían el peligro de no volver a encontrar el barco.

Oyó el ruido de un desgarrón y, cuando se dio la vuelta, vio las piernas largas y morenas de Mina brillar a la luz del sol.

—Aquí tienes algo de tela para hacer señales... —dijo la chica.

—¿Estás segura?

—Claro que sí, ya está pasada de moda.

Hicieron un montón de jirones con la falda, y ataron el primero al lado del camino que estaban a punto de dejar.

—¿Y tú puedes con esa caja de cinc?

—Está prácticamente vacía.

Y aunque no hubiese sido así, Murray no la habría dejado allí por nada del mundo. Se la ajustó sobre el hombro y dio a Mina la cámara de fotos.

Seguidamente se adentraron en los tupidos matorrales. Mina hacía todas las fotos que podía para poder recorrer de nuevo el camino en sentido contrario. Cada vez que giraban, Murray ataba un jirón de tela en las ramas. Al principio fue muy duro: tenían que atravesar charcas pantanosas, matorrales espinosos, paúles, rocas y raíces. Pero cuando empezaron a oír más de cerca el zumbido del helicóptero teledirigido de los Brady, el cansancio y el escozor de los arañazos desaparecieron de golpe.

—¡Ya casi hemos llegado! —exclamó Murray, apretando el paso.

Desembocaron en su playa por el extremo de una orilla arenosa. En cuanto la reconocieron se dejaron caer al suelo, agotados. Shane salió corriendo a su encuentro.

—Pero ¿dónde os habéis metido? —exclamó—. ¡Os hemos buscado por todas partes!

—Ni te lo imaginas... —respondió Murray.

—¿Y eso qué es? ¿El cofre del tesoro?

—¡Mucho más que eso, Shane! ¡Mucho más!

—¡Es un barco del tesoro! —añadió Mina.

Esperaron a que llegasen los Brady y contaron, tan deprisa como pudieron, todo lo que les había ocurrido.

—¡Vamos a verlo inmediatamente! —dijo con entusiasmo uno de los hermanos.

—Ahora no —respondió Murray—. Tardaríamos mucho. —Miró el sol—. Es muy tarde.

—Y además yo querría ponerme algo encima —añadió Mina sonriendo. Shane le dio su camiseta.

Mina le dio la vuelta, pasó las piernas por las mangas y se la anudó en la cintura.

—Ahora estoy mucho mejor. Gracias, Shane.

Mientras tanto, Murray había abierto la caja de cinc y había sacado el diario y el cubo.

—¡Toma! ¿Y esto qué es? —preguntaron los Brady al ver que los botones de nácar se podían apretar como las teclas de una máquina de escribir y que cambiaban de color.

—No lo sabemos —respondió Murray—, pero estoy seguro de que lo vamos a descubrir.

—Parece un juego... —añadió Shane—. O algo importante...

—Han intentado protegerlo dentro de esta caja —dijo Murray—. Con el diario.

—¿Y en el diario no se menciona nada sobre el cubo?

—Es posible, pero no logro entenderlo... —respondió Murray.

Mostró a los demás aquellas páginas incomprensibles y los ojos de los muchachos brillaron como tizones.

—Esto que has encontrado, Murray... ¡es alucinante! —dijo uno de los Brady con la voz rota por la emoción.

—¡Alucinante, no! ¡Mucho más que eso! —añadió el otro.

Tenían que volver al barco como fuera y explorarlo de arriba abajo. Tenían que leer el diario y entender para qué servía el cubo y tenían...

—¡Calma! ¡Calma! —los interrumpió Murray. Y del modo en que callaron, Murray comprendió que le prestaban atención—. Cada cosa en su momento... Ante todo... —Buscó la aprobación de Mina—. Ahora volvemos todos a casa. Y no le contamos nada a nadie.

—¡Eh, puedes estar bien seguro!

—¡En boca cerrada no entran moscas!

—A mí no me miréis —masculló Shane—. Yo nunca cuento nada.

Pero Murray sentía la necesidad de hacer algo que sellase aquel momento importante.

—Tenemos que jurarlo —dijo.

Una bandada de pájaros pasó en ese momento ante el disco solar y planeó sobre la laguna. Los chicos pusieron las manos unas encima de las otras, como siempre habían imaginado que hacían los mosqueteros del rey. Y como no se les ocurrió una frase mejor, Murray dijo:

—Uno para todos, y todos para uno. Nuestro secreto no lo sabrá nadie.

—Pero falta Connor —observó Shane antes de que retirasen las manos.

—Será la única persona a la que se lo diremos, pero hasta entonces... aquí no ha pasado nada. ¿De acuerdo?

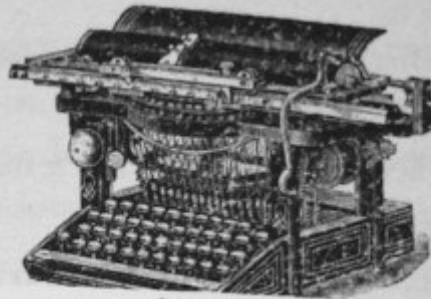
Los otros cuatro asintieron con solemnidad. Luego cargaron las mochilas al hombro y el helicóptero teledirigido, y se encaminaron por la senda que regresaba a las vías.

—¡Hombro! ¡Te he pillado! —dijeron de repente los dos hermanos Brady tocando los hombros de Murray y de Mina a la vez.

Shane se puso rojo.

—Pues parece que han ganado —dijo.

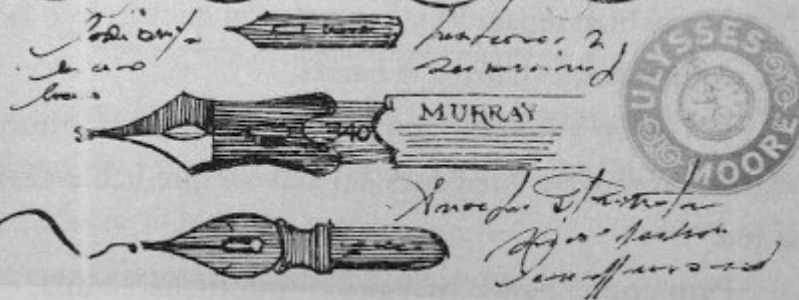
La caja de cinc, en los hombros de Shane, tampoco parecía tan grande.



CAPÍTULO 9

CLAVES Y SECRETOS

John Deere
From the
Historical
Records of



DONDE SE COMPRENDE QUE CON LAS COSAS VIEJAS
 LO QUE CUENTA NO ES POSEERLAS, SINO ENTENDER
 POR QUÉ HAN LLEGADO A NUESTRAS MANOS.

THE DALUS PRESS
 Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

La lente había aumentado el ojo de Connor al menos cuatro veces su tamaño natural.

—Está hecho de madera, nácar y marfil —concluyó tras un minucioso examen.

Habían colocado el cubo en medio de la mesa, en el sitio de uno de los ordenadores, y se lo pasaban de unas manos a otras sin lograr desentrañar el misterio.

—Parece un rompecabezas... —murmuró de nuevo Connor—. Como todo lo demás, por otra parte.

Habían colgado en la puerta de la nevera un mapa satelital de la laguna. No había ni rastro del barco, pero el lugar en el que, según Murray y Mina, se había encallado estaba lo suficientemente cubierto de ramas y cañas para que fuese plausible que no se distinguiese desde lo alto. Los chicos habían marcado en amarillo el sendero que de la vía férrea conducía hasta la pequeña playa, con una chincheta roja en el lugar en que Shane, Murray y Mina se habían separado, y con un gran círculo rojo la zona donde, según estos, se hallaba el barco.

—Un barco vikingo... como este —murmuró Connor, mirando una de las muchas imágenes del *drakkar* que había descargado de la red.

—Pero con el flanco más alto... —puntualizó Mina.

Cuando le tocó a ella examinar el cubo, le dio unas vueltas en las manos, apretando una y otra vez los botoncitos blancos y negros.

Cada cara del cubo estaba compuesta por veinticinco casillas cuadradas. Y en cada una de ellas había...

—Solo cinco números... —observó—. Cero, uno, dos, tres y cuatro. Hay treinta y seis botones. Y los cinco de las esquinas exteriores son comunes a dos caras del cubo... Así que...

Su mente matemática, normalmente rapidísima, no lograba hallar correlación entre todos aquellos números. Cogió un folio grande y, aislándose de los demás, apuntó todos los números de una de las caras del cubo.

1	1	2	1	1
2	3	3	1	0
2	3	4	2	0
3	2	2	1	0
3	3	2	1	0

Mientras Mina escribía y pensaba, Murray examinaba las fotos que habían hecho cuando abandonaron el camino, y las disponía una tras otra, al lado del mapa.

—¿No es una reliquia? —le preguntó Connor.

—No —confirmó—, aunque tampoco está en perfecto estado.

—O sea, que podría llevar allí... ¿años? —prosiguió Connor.

—Yo creo que no —intervino Mina, volviendo a aislarse inmediatamente para seguir con sus cálculos.

Connor miró a Murray.

—Mina tiene razón. La madera está demasiado bien conservada para que el barco lleve allí mucho tiempo... Y además... —Murray sacudió la cabeza. Sentía aún dentro de él la sensación vibrante que lo había invadido cuando se había acercado al barco.

—Por no hablar del diario... —dijo Shane.

Connor había despejado la mesa de platos sucios y había cubierto la encimera de la cocina con un plástico. Allí colocaron, en fila, todas las páginas del diario de Ulysses Moore. Más que de un diario, se trataba de un conjunto de hojas sueltas con notas, viejos artículos de periódico, recortes y apuntes en varias lenguas: una de ellas era inglés y la otra parecía griego antiguo. Había una tercera lengua hecha de dibujos, como los jeroglíficos egipcios, y una cuarta compuesta por números y cifras, como si fuese un largo mensaje en clave. Y también había dibujos y fotografías que parecían colocadas en un orden específico. Connor había intentado respetarlo colocando las páginas en fila y tenía la intención de fotografiarlas una por una, para archivar una copia digital en el ordenador y poder estudiarlas con tranquilidad.

Pero las noticias de lo que había sucedido el día anterior habían llegado con tanta rapidez y eran tan sorprendentes que todavía no había tenido tiempo para reflexionar detenidamente y como es debido acerca de cómo actuar.

La fotografía de los niños con el uniforme del colegio, por ejemplo, llevaba en el dorso algunas firmas garabateadas y una fecha: 1958. Pero no era la única que le llamaba la atención: también había una foto de un faro rojo y blanco —o al menos a Connor le parecía que era rojo— y la de una villa en lo alto de un acantilado, de la que solo se apreciaba un torreón.

Los chicos se la fueron pasando sin pronunciar una palabra, embelesados.

Otra era una vista panorámica de una bahía estrecha y encantadora^ otras dos eran fotos de un pueblecito costero. Pequeñas casas de madera, algunas encaladas. Había una casa con el techo de paja.

Pero no eran solo imágenes de postal. En la carpeta también apareció la foto de un tipo de pelo rizado y gafas redondas trabajando con un artilugio lleno de palancas y de tornillos. Esa también llevaba una breve anotación en el dorso: «Peter».

Todos los artículos del periódico se referían al mismo lugar: Kilmore Cove. Y el misterioso personaje que los había recortado se había tomado la molestia de tachar algunas palabras del artículo y de escribir algunos comentarios. La caligrafía era, según Connor, de la misma persona que había escrito el diario y llenado montones de páginas absolutamente incomprensibles.

—Parece como si hubiesen soltado una gallina con las patas llenas de tinta encima de las hojas —observó Shane con poca sensibilidad poética.

Murray les propuso subirlo todo a internet y empezar a buscar a alguien que supiese traducirlo, pero Connor no estaba de acuerdo.

—Todo lo que cuelgas en internet pertenece a internet —explicó—. Yo me lo pensaría dos veces antes de colgar esto.

Artículos de periódico, anotaciones, mensajes en clave, jeroglíficos y letras griegas. Lo único cierto era que quienquiera que hubiese coleccionado aquel popurrí debía de estar loco.

Los hermanos Brady llegaron al *Ítaca* corriendo a tontas y a locas.

—¡Nuevas noticias! ¡Nuevas noticias! —exclamaron una vez estuvieron en el interior—. ¡Lo hemos descubierto todo!

Se dejaron caer en el sofá.

—El tal Ulysses Moore es un escritor... —dijo uno para empezar.

—Lo hemos buscado en internet... —dijo después el otro.

Murray miró a Connor, que se mostraba impasible.

—Ha escrito una docena de libros fantásticos ambientados en un pueblo imaginario de Cornualles que se llama... —Uno de los gemelos miró al otro, que se rascó la cabeza.

—Kilmore Cove —concluyó Murray en su lugar. Y levantó la vieja fotografía.

—¡Anda! ¡Así que ya lo sabéis vosotros también!

—O sea que no es imaginario.

Connor cogió entre sus manos la portada del diario, volvió a leer el título y dijo:

—¿Habéis dicho que ha escrito doce libros? Pues aquí están los apuntes para el decimotercero...

—Así parece —respondieron los Brady—. La verdad es que en la red las noticias son confusas. Sus libros han sido traducidos a muchos idiomas, pero por lo que parece con títulos diferentes...

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh, venga ya! No hemos tenido tiempo de leer mucho más... —dijo uno de los hermanos Brady bostezando.

Pero por las ojeras y los ojos enrojecidos resultaba evidente que estaban mintiendo: seguramente se habían pasado la noche buscando información.

—Y, además, ninguno de nosotros sabe leer en japonés ni en turco...

Los chicos se intercambiaron una mirada.

—Pero lo interesante de todo este asunto es que por lo que parece ese tal Ulysses Moore tiene una serie de diarios escritos en clave...

Murray, Shane y Connor miraron el pliego que había apoyado sobre la mesa de la cocina.

—Y parece que hay alguien que sabe traducirlos...

—Pero luego, en otro sitio web, dicen que en realidad es todo un bulo.

—Una tomadura de pelo. Que los diarios no existen de verdad...

—Sí, que en teoría... alguien ha hecho creer que existen..., como ese misterioso escritor...

—Y ese pueblo...

—Para darse importancia, ¿lo entendéis?

Murray, Connor y Shane se miraron.

—No —respondieron.

Detrás de ellos, Mina hizo saltar el mecanismo del cubo. Se alborozó por unos instantes, pero no pasó nada.

—Chicos, intentemos reflexionar un momento —dijo Murray—. Decís que hay un escritor que se llama Ulysses Moore que vive en un pueblecito...

—De Gales —soltó uno de los hermanos Brady.

—¡No! De Cornualles —corrigió el otro.

—¿De Gales o de Cornualles? —preguntó Connor.

—¡Cornualles! —respondieron al unísono.

Murray suspiró y prosiguió:

—Un pueblecito de Cornualles que se llama Kilmore Cove.

—Que sin embargo no existe.

—Que sin embargo no existe... —repitió Murray, muy lentamente.

—¿Y por qué no existe? —preguntó Shane.

—¡Oye, jefazo! ¡Yo no he leído sus libros! —exclamó uno de los hermanos Brady.

—¡Son doce, no sé si me explico! ¡Me da tiempo a ser padre! —protestó el otro.

—En internet dicen que es imaginario porque...

Entonces Murray dio un brinco en medio de la habitación, que hizo oscilar el *Ítaca*.

—¡Tiempo muerto! ¡Tiempo muerto! —gritó, gesticulando como si fuese un mimo—. ¡Esperad un momento, por favor! —Los Brady, Shane y Connor lo miraron. Mina dejó el cubo por un instante e hizo lo mismo—. No sé lo que dice internet ni tampoco... quién es Ulysses Moore... y por ahora no creo ni siquiera que me interese saber si ese pueblo existe o no —dijo Murray—. Pero, por el contrario, sí sé que existe un barco vikingo encallado en la ciénaga de detrás del ferrocarril. Y lo sé porque Mina y yo lo hemos visto. Y hemos traído de allí un baúl de cinc con un diario dentro.

—El decimotercer libro —susurró Connor.

—Y un artilugio incomprensible.

Mina levantó el cubo.

—Así que —prosiguió Murray soltando un largo suspiro—, vamos a actuar como si no supiéramos nada de nada. Como si no existiese internet diciéndonos lo que es verdad y lo que es mentira.

—¿Ha estallado la guerra termonuclear? —soltó uno de los Brady.

El otro le propinó un codazo porque estaba escuchando atentamente lo que decía Murray.

—La pregunta que quiero hacerlos es... —Murray los miró uno por uno con las cejas levantadas, como si quisiera insinuar que la respuesta solo podía ser una—. Si un día tropezarais con un barco vikingo varado cerca de vuestra casa que llevara a bordo el diario incomprensible de un escritor y un igualmente incomprensible cubo misterioso..., ¿qué haríais? ¿Os pondríais a buscar en internet a ver lo que dicen los demás, o bien empezaríais a hacer inmediatamente la lista de lo que necesitáis para volver a explorar ese barco, leer el diario y descubrir para qué sirve el cubo?

—Yo me pondría a buscar en inter... ¡Ay! —empezó a decir el primero de los hermanos Brady antes de que el segundo intentase estrangularlo.

Sin embargo, Mina y Connor asentían con decisión.

—¡Así se habla, tío!

Shane disfrutaba de su amigo como si fuera su héroe preferido.

—Entonces —concluyó Murray— ¿por dónde empezamos?

Miró a Connor, porque en el terreno práctico era él quien sabía cómo moverse.

—Lista de la compra —ordenó el dueño del *Ítaca*.

Shane arrancó de la pared la hoja con las puntuaciones de los récords de *La caza de los héroes* y le dio la vuelta.

—Dictadme.

—Los libros de Ulysses Moore... —empezó diciendo Mina, granjeándose las burlas de los Brady.

—Yo no quiero leerlos —dijo Murray, como si temiese que leyendo esos libros se le echara a perder una sorpresa. O como si fuera a descubrir que todo era muy diferente a como lo imaginaba.

—Pues yo sí —insistió Mina.

—Y yo también —añadió Connor.

—Tomo nota —concluyó Shane.

Después Connor empezó a enumerar todo lo demás que necesitaban:

—Botas, casco de minero, cuerdas, mosquetones, brochas de arqueólogo...

—¿Eh?

—Linterna. Microscopio.

—¡Un momento! ¡Más espacio!

Y en un abrir y cerrar de ojos, en medio de un creciente alboroto, entre todos hicieron la lista de lo que necesitaban y se la repartieron.

A cada uno le tocó al menos una tarea imposible. A Murray, encontrar un traductor experto, que no fuese Google, en todas las lenguas desconocidas del mundo. A Shane, hacerse con un microscopio. A los Brady, buscar las brochas de arqueología, que no se podían encargar por internet.

Después de comprobar a cuánto ascendía el fondo común, se pusieron de acuerdo para pedir a sus padres un anticipo de la paga semanal. Quedaron para el día siguiente, después de clase, en el ferrocarril.

—¿Puedo llevarme esto a casa? —preguntó Mina, cuya tarea imposible era desentrañar el misterio del cubo.



CAPÍTULO 10

CAMPOS MAGNÉTICOS Y BARRIZALES

*Los Idiosyncrasias en
su vida
su herencia
en su vida...*



George Francis Train

O, MEJOR DICHO: LOS SABIOS, COMO LOS PIRATAS,
ACABAN TENIENDO QUE ENSUCIARSE LAS MANOS.

DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers

Cuando finalmente alcanzó el último jirón de la falda de Mina y volvió a enfilar el camino, la pequeña expedición estaba visiblemente satisfecha. Acababan de recorrer al revés el trecho de ciénaga que Murray y Mina habían cruzado dos días antes.

Connor dijo a sus compañeros que dejaran en el suelo el cargamento, pidió que le pasasen la cantimplora y escrutó el camino. Tendrían que recorrerlo por completo para marcar una ruta más fácil para la vez siguiente.

Pero antes de eso... tenían que llegar al barco.

—Es por aquí —dijeron Murray y Mina.

Connor se acercó el móvil a la boca, pulsó la tecla de grabación y dijo:

—Son las tres de la tarde. Hemos alcanzado el camino batido. El grupo avanza compacto.

—El grupo avanza compacto —lo imitaron los hermanos Brady, que iban detrás de él.

Echaron a andar de nuevo.

Murray y Mina iban delante, cargados con una mochila cada uno. Shane llevaba una especie de arcón él solo, y Connor se había repartido el equipo de camping con los Brady. Los gemelos caminaban separados del grupo, con los cascos puestos. Fueron los primeros en darse cuenta de que se estaban acercando al barco porque sus equipos estéreo se apagaron de golpe.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —exclamó el primero—. ¡Se ha apagado!

—¡El mío también! —dijo el otro.

Un viento débil doblaba los extremos de las cañas.

Los gemelos comprobaron sus equipos, los apagaron y los volvieron a encender, retrocedieron un par de pasos, y la música volvió a sonar de golpe.

—¡Ah, menos mal!

—¡Todo en orden, chicos!

Pero en cuanto se pusieron a caminar de nuevo, los cascos, volvieron a enmudecer.

—Es el barco —explicó Murray a los demás, sin siquiera darse la vuelta—. Ya estamos muy cerca.

—¿Tiene un equipo anti-Brady? —preguntó Shane.

Mina se echó a reír.

Connor, por el contrario, notó que su móvil había perdido la cobertura por completo. Y la pantalla de la tableta que había llevado para hacer fotos y tomar notas estaba surcada de interferencias.

—No hay duda de que es algo insólito... Es como si hubiese un campo magnético... —masculló.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Mina.

—No lo sé —admitió Connor—. Pero... quizá sea peligroso.

—¿Tenemos algo que pueda detectarlo? —preguntó Shane.

—Habría que tener un... un trasto de esos..., un...

—¿Un contador Geiger?

—Eso sirve para la radiactividad. No... —protestó Connor—. ¡Diantres, es que no me sale cómo se llama!

Avanzaron unos pasos más, hasta que, llegados al agua de la ciénaga, Murray les dijo que se pusieran las botas.

Todos los equipos electrónicos de Connor se apagaron de golpe.

—A estas alturas, ya no importa que siga pensando en cómo se llama aquel trasto... —murmuró mostrándoselos a Shane.

El muchachote asintió, sombrío.

—Sea lo que sea, es muy potente.

Shane indicó con la barbilla el trecho que les faltaba aún por recorrer, y luego a los Brady, que seguían dando dos pasos adelante y dos atrás, quitándose y poniéndose los cascos.

—Y los tiene distraídos...

La laguna estaba en silencio.

El barco se hallaba donde lo habían dejado dos días antes: encallado en el barro, con los árboles del bosque flanqueándolo por un lado y las cañas por el otro.

Cuando llegaron, Connor permaneció al menos diez minutos observándolo, sin abrir la boca.

Shane se quedó tan alucinado como él.

El barco parecía un animal prehistórico herido que hubiese caído en una trampa.

Hasta los hermanos Brady, que alcanzaron el grupo algunos minutos después armando jaleo, enmudecieron.

—Diantres... —murmuró por fin Connor con una voz que denotaba emoción.

Encontró un rincón seco y abrió las hebillas de la mochila.

—¿Qué me dices? ¿Valía la pena verlo? —le preguntó Murray.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo Mina sonriendo.

—Es mucho más que bonito... —respondió Connor.

—¿Creéis que no es de nadie? —preguntó Shane.

—De alguien será —murmuró Murray—. Pero lo hemos encontrado nosotros, por ahora.

—¿Pensáis que lograremos sacarlo de aquí? —preguntó de nuevo Shane—. Quiero decir, llevárnoslo cerca del *Ítaca* o...

Murray apoyó la cara al casco de madera y dijo:

—Es nuestro barco.

Connor hizo una mueca y añadió:

—¿Por qué no, Shane? ¿Por qué no?

Se morían de ganas de subir a bordo.

Pero eso no era lo primero que había que hacer en ese momento.

Tras dar un par de vueltas de inspección por la zona, los chicos decidieron, en primer lugar, esconder el único camino que conducía al bosque de la rosaeda. No tenían muy claro lo que harían con el barco, pero a esas alturas lo último que deseaban era que alguien lo descubriese.

—Quizá deberíamos decírselo a nuestros padres... —propuso Mina en un momento dado—. O a alguien del museo.

—¿Para que lo pongan en una sala de color blanco y lleven a los niños de excursión a visitarlo con el cole? —dijo Shane—. Creo que está mejor donde está que en un museo.

—Estoy de acuerdo —dijo Murray.

—¿Y en el puerto? —dijo Mina.

—¿De qué serviría en el puerto un viejo barco medio desvencijado? —replicó Shane—. No te ofendas, Mina, pero da la impresión de que te sienta mal que hayamos encontrado un barco que sea solo nuestro.

—Ha sido él quien se ha dejado encontrar —dijo Murray.

—Magia aparte, Murray, creo que no deberíamos decir nada a nadie. Todo lo contrario... —intervino Connor—, cuanto más lo ocultemos, mejor para nosotros.

Así, intentaron camuflar el camino con algunos zarzales enmarañados. Cuando acabaron, montaron la tienda de campaña en un punto que resultase invisible desde el sendero. Y por fin examinaron el barco. Connor les explicó cómo podían intentar enderezarlo: tenían que sacar el barro por el lado del bosque y al mismo tiempo apuntalar y empujar el casco por la parte de la laguna.

—Quito las cañas y preparo los puntales... —se ofreció Mina.

—Nosotros excavaremos... —dijeron Murray y Shane—. Y VOSOTROS NOS VAIS A AYUDAR —añadieron, dirigiéndose a los Brady antes de que los hermanos desapareciesen.

Por suerte habían llevado un par de palas.

Antes de ponerse a trabajar, Connor subió al puente sirviéndose de la misma escalera de cuerda que habían utilizado Murray y Mina, lo exploró en conjunto e intentó echar una ojeada a la bodega. Pero las linternas tampoco funcionaban y era prácticamente imposible ver nada.

Connor llegó hasta la proa, donde se podía ver el nombre del barco.

—La palabra «electricidad» deriva de *elektron*... una palabra griega, exactamente como la que hay escrita en el casco... —reflexionó—. Creo que tiene que ver con cosas antiguas y perdidas, chicos.

—O simplemente bien escondidas —dijo Shane.

—Que estaban esperando a que alguien las encontrase —añadió Murray.

—*Elektron* era el nombre del ámbar amarillo..., una piedra resplandeciente que en realidad es un vegetal. —Connor levantó el último festón colgante de hiedra—. Una resina que tenía la propiedad de atraer pequeños corpúsculos si se frotaba...

—¿Como los trocitos de papel que se quedan pegados al boli si lo frota en el jersey? —preguntó Mina.

—Exactamente. Y por lo que parece este barco crea un campo magnético mucho más fuerte, o algo parecido... —Connor se asomó para tocar las letras griegas grabadas en la madera y las leyó despacio, en voz baja—: «Metis».

En el mismo momento en que pronunció aquellas palabras, sintió el combés vibrar despacio bajo sus pies y se giró de repente hacia el bosque. Tuvo la impresión de que algo se había movido entre las ramas. Y de que el aire mismo susurrara. Apartó la mano del nombre del barco.

Mina dio un machetazo al tallo de una caña, cortándolo de cuajo...

Murray se apoyó la pala de través sobre los hombros. Fijaba la mirada en Connor, clavándole sus ojos verdes como si fuesen alfileres.

—Lo has leído... —le dijo.

Unos cuatro metros por encima de su cabeza, desde el puente, Connor le devolvió la mirada.

—Sí —le respondió—. Se llama *Metis*.

—*Metis* —repitió Murray.

—¿Y también sabes lo que significa? —preguntó Shane.

—Pues la verdad es que sí... —respondió el joven programador, muy sorprendido—. No te lo vas a creer, pero... he buscado nombres de

personajes mitológicos para un programa que me encargaron precisamente el día en que vinisteis a la laguna. Y si no me equivoco, *metis* significa «sabiduría», pero también «astucia». Era el nombre de una ondina, un espíritu del mar, hija de Océano y Tetis. Fue la primera esposa de Zeus, quien intentó matarla junto con el hijo de ambos cuando supo que este lo derrotaría...

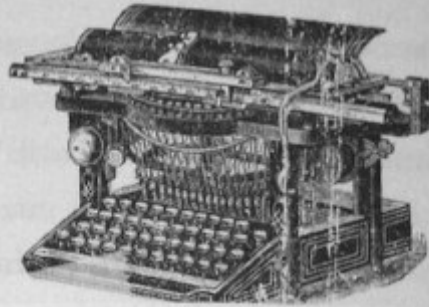
—¿Y al final lo logró?

—¡No, naturalmente! Por eso la llaman «la Astuta».

—Quizá también porque el hijo de Metis en realidad era una niña —intervino Mina—. Y no una niña cualquiera: era la diosa Atenea.

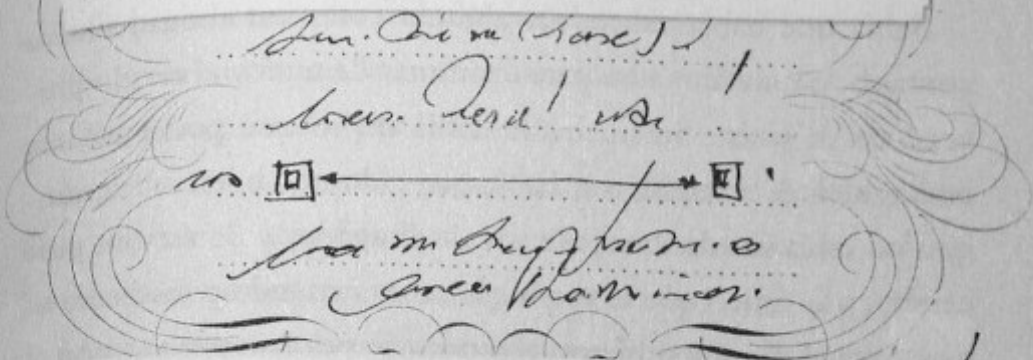
Los otros tres chicos se miraron sorprendidos y, como si fuera lo más normal del mundo, Mina añadió:

—¿Qué pasa? ¿Qué os parece tan raro? Que me gusten los videojuegos no significa que sea una ignorante como vosotros, ¿vale?



CAPÍTULO 11

FANTASMAS NOCTURNOS



DONDE SE SOSPECHA QUE NO TODOS LOS CAJONES SE HAN ABIERTO COMO ES DEBIDO Y NO TODAS LAS CHINAS ACABAN A LA FUERZA EN EL ZAPATO.



Juanito



*Don't
sugar
more*



WARRANTED **LYSSES PRESS** 1860-1910
Printing-Machine, Press, Type, Material and Roller Manufacturers.

PA 2115

*per for pen
no for pen
Anadruka*

Dos tardes después, Murray estaba tumbado en la cama de su habitación con los ojos clavados en el techo, como si hubiera una ventana. Arrullaba sus pensamientos con las manos entrelazadas detrás de la nuca.

Estaba cansadísimo y le dolían todos los huesos. Pero no lograba conciliar el sueño. Hacía meses que no estaba tan emocionado y tan tranquilo a la vez. La respiración de su madre, que dormía en la otra habitación, le bastaba para imaginar que todo el mundo adulto estaba en equilibrio a su alrededor.

Sabía que habían sucedido algunas cosas: un abogado había contactado con su madre para examinar de nuevo el estado procesal de su padre. Su madre le había dicho que podía ser una buena idea. A él también le había parecido una buena idea, aunque no sabía absolutamente nada de abogados y de estados procesales, y lo único que le venía a la cabeza cuando pensaba en su padre era el día que subieron el escritorio por las escaleras, con el señor Fanny que soplabla como una chimenea.

«¿Quieres saber algo acerca de este chesterton, hijo? —dijo el señor Fanny cuando acabaron—. Creo que es de esos que tienen hasta un cajón secreto.»

Y cuando se fue, Murray y su padre pasaron el resto de la tarde buscando el cajón, repasando cada ranura palmo a palmo, hasta que renunciaron.

«Renunciamos pero no nos rendimos», dijo su padre al final. Después, antes de que pudieran intentarlo otra vez, vino la policía y se lo llevó.

La madre de Murray también era una de esas personas que no se rinden. Y desde que se habían llevado a su padre, Murray se esforzaba en comportarse como un hombre: recogía la mesa y fregaba los platos, tendía la ropa en cuanto el ciclo de la lavadora acababa y todos los meses podaba la hierba del jardín. Su habitación estaba siempre ordenada, las camisetas en los cajones y los vaqueros en el armario. Y en el cole iba bien.

Por lo que concierne al resto, había hallado refugio en el *Ítaca*, con sus amigos, y en los videojuegos, con los que tenía la sensación de poder controlar todo lo que sucedía.

Se dio la vuelta en la cama, dolorido, y miró la luz del crepúsculo que se filtraba por la ventana.

La actividad en la nave transcurría más despacio de lo que habían previsto, y aquellos días de trabajo extenuante no habían bastado para enderezar por completo la *Metis*.

Murray, sin embargo, pensaba que era cuestión de un día, quizá de dos, y ya se imaginaba persiguiendo piratas, tesoros, saqueadores, buscando nuevos

continentes, animales exóticos, plantas perfumadas o la última isla con dinosaurios. En noches como aquella repasaba mentalmente los nombres de todas las islas imaginarias que poblaban los libros de su biblioteca y los que se había inventado él solo, gracias a su fantasía sin límite.

Cada vez que se acercaba a la *Metis*, Murray la sentía vibrar despacio, como las brasas de un antiguo hogar.

Sepultadas por el tiempo, pero aún encendidas.

Y cuando miraba a sus amigos, sucios de barro y acribillados por los mosquitos, los veía felices como nunca. Hacía más de una semana que no tocaban un ordenador. Y la laguna se había convertido en su mundo fantástico.

Los aguazales y los árboles torcidos de la rosaleta habían sustituido a los castillos en ruinas de *La caza de los héroes*, y las garzas reales, a los dragones.

Y las olas del mar golpeaban los cristales...

Los cristales...

¿Cómo?

¿Piedrecitas?

Murray abrió los ojos de par en par, permaneciendo inmóvil en la cama. Se había dormido y un ruido insistente procedente de la ventana lo había despertado.

Tic.

Y tic.

Y más fuerte aún: ¡tic tic tic!

Alguien tiraba piedrecitas contra el cristal de la ventana. Murray saltó de la cama.

Era Mina.

El chico levantó el cristal corredero lo suficiente para asomar la cabeza y dijo en voz baja:

—¡Mina! Pero ¿qué haces ahí abajo?

La chica estaba parada en medio de la acera, a unos pasos de la vega de la casa. Llevaba un camisón blanco hasta los pies que, iluminado por las estrellas, resplandecía como la capa de un fantasma. Se estaba riendo.

—¡Lo he resuelto, Murray! ¡Lo he resuelto!

Murray estaba todavía medio dormido y no entendía a lo que se refería.

—Pero ¿qué haces tan lejos de tu casa? ¡Vas a pillar una buena!

—¡He resuelto el cubo, Murray! ¡Mira!

Levantó la mano mostrándole una cinta de madera desenrollada. Y Murray se despejó de golpe.

—¿Y cómo lo has...? ¡AY! —Se dio en la nuca con el marco de la ventana y se la frotó, intentando hacer el menor ruido posible—. ¿Cómo... cómo lo has logrado?

—¡Solo había que apretar correctamente los botones blancos, Murray! ¡Como estaba indicado en las casillas! Y en cuanto lo he entendido, he logrado abrirlo.

—¿Qué hay dentro? Bueno... ¡Espera, que bajo!

—No —le respondió Mina desde la calle—. Tengo que volver inmediatamente a casa. ¡Pero tenía que contárselo a alguien! Dentro del cubo había otro cubo más pequeño y una nota. Te la paso por debajo de la puerta... y quedamos mañana.

—¿Una nota? ¿Qué tipo de nota? ¡No te muevas!

Murray sacó la cabeza de la ventana y cruzó la habitación en dos zancadas. Bajó las escaleras de puntillas, pero lo más deprisa que pudo, y vio una nota pequeña doblada que asomaba por la ranura de la puerta.

La cogió, quitó la cadena de seguridad y abrió la puerta de par en par.

—¡Mina! —llamó en voz baja.

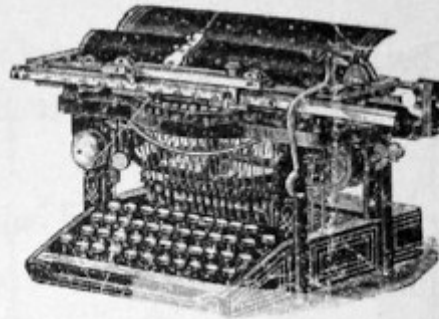
Pero no había nadie. Solo la calle gris que respiraba por lo bajo. Y un montón de estrellas minúsculas y curiosas.

El frescor de la noche tenía algo de astuto y cruel. Le hacía cosquillas en las marcas rojas que le habían dejado las picaduras de los insectos.

Murray suspiró, cerró la puerta y se apoyó en ella. Leyó la nota aprovechando la poca luz que se filtraba desde arriba. La nota decía:

Nadie necesita ir a ninguna parte. Si nos diésemos cuenta, ya estaríamos todos aquí. Si hubiese sabido antes quién soy, habría dejado de creer en quien creía ser. Y si hubiera dejado de creer en quien creía ser, habría sabido quién soy. ¿Quién soy yo?

EN CASO DE PÉRDIDA SE RUEGA DEVOLVER ESTOS APUNTES
Y SU ESTUCHE AL LEGÍTIMO PROPIETARIO:
LARRY HUXLEY, TELÉFONO 0032-7592-7843,^[3]
ISLANDIA.



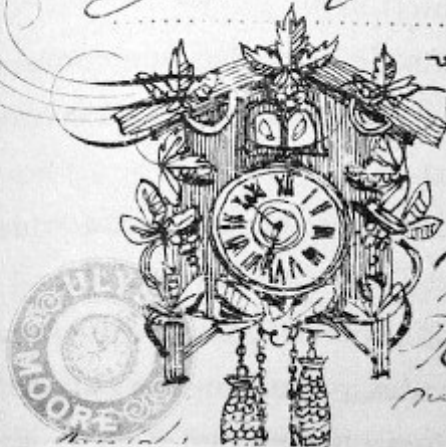
CAPÍTULO 12

EL CUBO DE HUXLEY

Para no tener...

una...

Para ser...



hoy...

O, MEJOR DICHO: NO ES CIERTO QUE UNA LLAMADA TELEFÓNICA SEA SIEMPRE EL MEJOR MODO DE CONSOLIDAR UNA ANTIGUA AMISTAD. SOBRE TODO CON UN DESCONOCIDO.

SOLE AGENTS: *PEDALUS PRESS* 1922-1928
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

PAGE 67

El *Ítaca* se balanceaba suavemente sobre las olas del río y los cabos que lo ataban a la orilla rechinaban como juntas.

Mina tenía delante lo que quedaba del cubo una vez abierto: una fina tabla de madera que podía volver a montarse y cerrarse otra vez. Mostró el nuevo cubo, más pequeño, compuesto por solo nueve casillas por cara, tres por tres.

—Y este no has logrado abrirlo... —masculló Connor.

Shane escudriñaba el envoltorio del cubo más grande, admirado.

Mina estaba radiante.

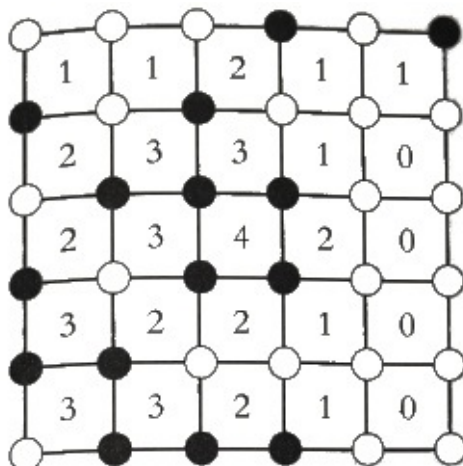
—No tiene el mismo mecanismo que el otro... Parece idéntico, pero...

—¿Cómo has resuelto el anterior?

Al copiar todos los números de las casillas que componían la cara del cubo, Mina se había dado cuenta de que muchos se repetían con la misma secuencia.

Lo raro eran los botoncitos blancos que, cuando se apretaban, se volvían negros.

Mina había intuido que los números indicaban algo que estaba relacionado con los botoncitos, y también había supuesto que indicaban el número de botones negros que cada casilla tenía que llegar a tener alrededor. Comprobando esta hipótesis, había apretado los botones para que se pusieran negros según indicaban los números, con el siguiente resultado:



El cubo había emitido un leve silbido y Mina había repetido la operación con todas las caras. Y cuando apretó el último vértice de nácar, el cubo se desenrolló ante sus ojos.

Los chicos leyeron una y otra vez el misterioso mensaje, preguntándose dónde habían oído antes aquel nombre.

—Huxley es un escritor, ¡igual que ese otro! —intervino uno de los Brady antes de que su hermano lo hiciese callar.

—¡Basta ya con tanto escritor!

—Pero ¡es verdaaad! —sollozó el primero al sentirse ignorado. Shane indicó el número de teléfono.

—Yo digo que llamemos.

—Desde aquí, ni hablar —replicó Connor—. Y con mi móvil tampoco.

—¿Tienes miedo de que te cueste un pico? —le preguntó uno de los hermanos Brady.

—Es una llamada internacional... —observó Mina.

—Me da miedo que la intervengan —dijo Connor.

—¡Uau! —exclamaron los hermanos Brady a la vez (uno de ellos medio ahogado en medio de los cojines).

—¿Por qué la tendrían que intervenir? —preguntó Murray.

—Porque lo intervienen todo —explicó Connor—. Llamadas, correos electrónicos, mensajes, Skype, tuits. Todo. Saben todo de todos. Y saben dónde encontrarlo.

—Yo no me lo creo —replicó Shane.

—Está en las portadas de los periódicos.

—¿El periódico también te cuenta cómo hay que hacer esta llamada? —insistió Shane.

—Dice que hay que hacerla desde un teléfono público.

La cabina telefónica de la universidad estaba en una esquina, entre el edificio de Arqueología y un parterre de flores. Era roja, tenía la puerta de fuelle y el teléfono de monedas.

Los chicos la rodearon en medio de la indiferencia general.

—¿Quién llama? —preguntó Murray.

—Todos no cabemos ahí dentro —observó uno de los hermanos Brady.

—Quizá sí, pero ¡Shane tiene que ponerse al fondo! —dijo el otro.

—¿Queréis parar? —dijo el chico del puerto.

—Yo creo que es mejor que hable Connor: es el único que tiene voz de mayor —propuso Mina.

—Pero tú también entras —añadió Murray—. Gracias a d hemos encontrado la nota.

—Pues yo creo que tendríais que entrar tú y Connor —replicó la chica—. Si hubiera que inventarse, algo de sopetón, tú eres... bueno...

—¡El mejor inventor de bolas de todo el planeta! —intervino uno de los hermanos Brady.

—No quería decir eso —protestó Mina.

—¡Venga ya! Si Murray no se enfada por eso —dijo el otro Brady—. ¿Verdad que no te enfadas, Murray?

Shane los levantó a pulso, amenazando con tirarlos al parterre.

—Mina tiene razón —dijo Connor—. Entremos tú y yo y dejemos la puerta abierta... Que ella se quede delante y los demás detrás.

—Pero ¡queremos escuchar! —protestaron los Brady.

—¡Pues callaos!

Connor metió unas diez monedas en la vieja ranura y le dijo a Murray que le dictase el número.

Esperó a tener línea.

—Está libre... —informó.

Los demás intercambiaron una mirada de emoción.

Los estudiantes de la universidad entraban y salían por las puertas del majestuoso edificio que se asomaba al parque. Otros estaban echados sobre la hierba, leyendo o charlando. Murray se los señaló a Mina, que tenía la puerta de fuelle abierta, y le dijo:

—Imagínate si alguno de estos aspirantes a arqueólogo supiese que pocos kilómetros de aquí hay...

—¡Chiss! —lo acalló su amiga.

—¿Oiga? —exclamó entonces Connor—. ¿Con quién hablo?

Un instante de silencio.

—Buenos días, señora, soy... —Connor miró a Murray, que juntó los índices de las manos—. Soy un «amigo» de Larry. ¿Está en casa?

Connor permaneció en silencio y, mientras escuchaba la respuesta, abrió los ojos de par en par.

—¡Ah, perdóneme! Yo... no... no lo sabía. No... de verdad, no tengo palabras... sí... es que... en efecto hace años que no lo veo... pero ¿cuándo se fue?

Connor se apoyó en la cabina, con la mano libre en el pelo.

—¿En qué sentido qué edad tengo? Perdone, pero ¿eso qué importa? —Cerró los ojos—. Claro... sí... Me está diciendo que Larry... De la noche a la mañana. ¿El volcán? Claro que me acuerdo del volcán... El que detuvo el tráfico aéreo del mundo entero, ¿verdad? Exacto. El Eyjaföll, sí... claro... ¿Que cómo me llamo? —Connor miró de nuevo a Murray, que señaló fuera de la cabina con un gesto vago—. Brady, señora.

Shane puso inmediatamente una mano sobre la boca de los dos hermanos interponiéndose entre ellos y la cabina.

En su interior, Connor resoplaba:

—¡No! ¡No soy un buitre, señora! No... yo... no sabía que... éramos... éramos...

Y entonces colgó.

—¡DIANTRES! —gritó, y salió lo más deprisa que pudo de la cabina.

—Pero ¿qué ha pasado? —le preguntó Murray.

Connor echó a andar deprisa sobre la hierba, alejándose de la cabina. Los demás lo rodearon, como pollitos alrededor de la clueca.

—Era su madre, maldita sea —resopló Connor.

—¿Y qué? —dijeron los demás.

—¡Y nada! Me ha dicho que Larry ha desaparecido de casa. ¡Teníais que haberla oído! ¡Quería comerme vivo!

—¿Qué quiere decir «desaparecido de casa»? —preguntó Murray.

—Pero ¿te ha contado algo de cómo se ha escapado? —añadió Mina.

—¿Ha mencionado el barco? —dijo por último Shane.

—No. Nada de nada. ¡No lo sabe! Parece que se marchó así, sin más, de repente, de la noche a la mañana —voceó Connor—. Mientras había un volcán en erupción.

—¡Uau! —exclamaron los hermanos Brady.

Connor se paró en seco.

—Chicos. Esto va muy en serio —dijo mirándolos uno por uno—. Es un verdadero misterio. O quizá... podría tratarse... de un rapto.

—¿Quééé? —respondieron los chicos.

—Larry Huxley tenía diez años cuando se escapó de casa —susurró Connor—. No es normal.

En ese preciso instante sonó un teléfono. Era el teléfono de la cabina y, en cuanto lo oyeron, los chicos echaron a correr a más no poder hasta los árboles que flanqueaban el río.

Unos minutos después se sentaron a hablar en la terraza exterior de un pub situado al lado de la esclusa de un canal, en un islote rodeado de setos en flor.

Connor se bebió la pinta de cerveza a la velocidad de la luz.

—Este asunto se pone cada vez más raro... —masculló Murray, paladeando su batido.

—Querrás decir absurdo... —lo corrigió Connor.

—¿Qué hacía el número de teléfono dentro de la caja... del barco? —preguntó Mina.

—Y sobre todo..., ¿qué es en realidad ese barco? —volvió a decir Connor—. Quiero decir, que no es un barco como los demás. Lo habéis comprobado vosotros también. Apaga los móviles, bloquea los aparatos eléctricos...

—¿Y rapta a los niños? —preguntó uno de los hermanos Brady.

—Compruébalo —sugirió el otro.

Pero ni ellos tenían ganas de broma.

—Yo creo que es un barco mágico —murmuró Murray—. Entiendo que os parezca... idiota, pero no sé explicároslo de otra manera. Tiene algo...

—Una vibración —intervino Mina.

—Yo también la he notado —murmuró Connor.

—Y yo también —dijo por último Shane.

Los hermanos Brady los miraron como si estuviesen locos.

—Pero ¿de qué estáis hablando los cuatro? —preguntaron.

Los chicos permanecieron en silencio un buen rato mirando la corriente del río y los insectos que zumbaban laboriosos entre las flores de los setos.

—En cualquier caso, no se explica qué hacía el cubo... en el barco.

—Quizá la nave nos lo ha traído aposta para que descubramos la historia de Larry y..., no sé..., ¿nos den ganas de buscarlo? —murmuró Murray.

—¿Y si simplemente ese niño —dijo Shane— hubiese encontrado el barco, exactamente como nosotros... y hubiese escondido sus juegos en él?

—Y entonces ¿qué tiene que ver el diario?

—No tienen por qué estar relacionados a la fuerza —reflexionó Connor.

—O quizá sí. Y es precisamente la relación entre ambos lo que no logramos comprender... —dijo Mina.

—¿No os convence la teoría del niño que encuentra el barco? —preguntó Shane.

—No explica el hecho de que después desapareciese de casa —subrayó Connor.

—Bueno, es que no tiene por qué explicarlo. Quizá se trata de dos eventos distintos —insistió Mina—. Quizá le pasó lo mismo que a nosotros: quería subirse al barco, y después...

—¿Y después no volvió a casa nunca más? —le preguntó Murray.

—Lo cual podría significar algo aún más inquietante... —dijo Shane—. Es decir, que Larry... haya llegado hasta aquí en barco. O al menos que lo haya intentado.

—¿Y que luego se haya encallado en la laguna?

Uno de los hermanos Brady sorbió ruidosamente con la pajita.

—¿Insinuáis que hay un niño perdido vagando por la laguna? —preguntó el otro hermano.

—Sería una teoría casi fascinante, si no fuese porque es absolutamente imposible... —añadió Connor mientras pedía la cuenta.

—¿Por qué? —preguntó Mina.

—Porque hemos llamado por teléfono a una casa que está a casi mil quinientos kilómetros de aquí. Al otro lado del mar.

—¡Uau! —exclamó uno de los hermanos Brady.

—¿Tu qué crees, Connor? ¿Cuánto tiempo hará que el barco se encalló?, ¿un par de años?

El chico no respondió.

Shane se apoyó en el respaldo de la silla.

Se miraron. Y luego empezaron a lanzar hipótesis, sopesando una por una todas las posibilidades que se les ocurrían. Al final de la discusión, por lo menos estaban más tranquilos que al principio. Connor decidió volver a la laguna y Shane se ofreció a acompañarlo.

Mina bostezó: había pasado la noche resolviendo el enigma del cubo y el hecho de haberlo logrado, en lugar de resolver el misterio, había complicado aún más las cosas.

—A estas alturas creo que solo hay una cosa que hacer... —murmuró Murray. Los demás lo miraron—. Intentar comprender lo que hay escrito en ese diario —concluyó el muchacho apartándose el flequillo de los ojos.

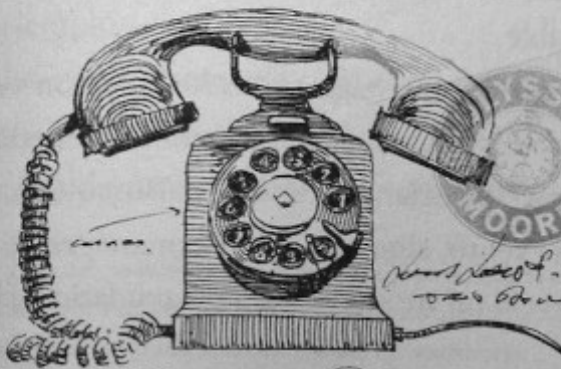


CAPÍTULO 13

EL TRADUCTOR



DONDE DESCUBRIMOS QUE NO TODOS LOS PROFESORES
SIGUEN DANDO CLASES, Y QUE PARA LLEVAR LA CONTRARIA
HAY QUE SER DE CONSTITUCIÓN ROBUSTA.



ESTABLISHED 1882
DEDALUS PRESS 1882-1900
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

—¿Profesor Clark? ¿Profesor?

En el pasillo del cole, el profesor Clark levantó la vista del libro.

—Buenos días, hijo —le dijo sonriendo—. ¿Qué pasa? ¿Me has traído alguno de esos cuentos tuyos?

Murray se apretó los libros contra el pecho, como para defenderse de lo que le pedía. Pero no se desalentó.

—No exactamente, profesor. No. Pero me preguntaba si podría ayudarme en algo.

El profesor Clark metió la solapa entre las páginas para no perder el punto y respondió:

—Con mucho gusto, si está en mis manos...

—No sé cómo pedirselo...

—Prueba a empezar por el principio.

—Oh, no. No es tan fácil como usted cree...

El profesor Clark permaneció impasible.

Murray sonrió, cohibido, se apartó el flequillo de los ojos y se frotó su nariz pecosa durante un buen rato antes de proseguir.

—Imagine que tiene que traducir un texto... que está escrito de manera incomprensible.

—Pues, ¡es más o menos lo que hago todos los días con vuestros deberes! —bromeó el profesor, arrepintiéndose inmediatamente al ver que Murray se cortaba—. Espera... —Buscó una silla por el pasillo, y luego se sentó, algo azorado. Permanecer de pie ante un chiquillo le parecía un modo pésimo de ayudarlo a confiarse—. Y... ¿entonces?

—Entonces, ese texto está en su poder... pero usted no sabe cómo leerlo. Y tiene otros muchos que tampoco sabe cómo leer. Todos son indescifrables.

—Sigue.

El profesor adoptó de golpe una actitud de satisfacción, creyendo que Murray quería compartir con él una nueva idea para escribir un cuento. No era muy original, pero Edgar Allan Poe había escrito una obra maestra inspirándose en un mapa en clave.^[4]

—¿Ha entendido la situación? —quiso asegurarse Murray.

—Perfectamente: tenemos muchos textos escritos con alfabetos desconocidos.

—Y usted los quiere traducir. Mejor dicho, tiene que hacerlo.

—Hum —masculló el profesor.

—¿Qué haría usted si se encontrase en esa situación?

—Bueno..., intentaría..., no sé... —El profesor Clark se miró las manos. Nunca había tenido mucha imaginación. No tenía fantasía. A él le gustaba corregir lo que otros escribían. Explicarlo y reorganizarlo—. Ante todo... sí: intentaría comprender si esos lenguajes desconocidos en realidad se parecen a otros conocidos... Por ejemplo...

—Los jeroglíficos —dijo Murray—, pero no los de siempre. Los otros.

—¡Aaah! —murmuró el profesor Clark.

Se aflojó el nudo de la corbata con la sensación de estar cayendo en una especie de trampa. Pensó que se había equivocado haciendo caso a sus compañeros, que en el último consejo escolar habían sostenido que había que intentar ayudar a Murray después de lo de su padre. Una verdadera injusticia, dijeron.

—Jeroglíficos y griego —añadió Murray.

De repente, el profesor Clark creyó ver una escapatoria.

—¿Griego? —preguntó—, ¿qué tipo de griego?

—Griego antiguo —respondió Murray rápidamente—. El más antiguo que exista. El de Zeus y su esposa... Metis. ¿Comprende? Me refiero a ese griego.

El profesor Clark se revolvió en la silla, feliz.

—En ese caso, ¡sabría perfectamente qué hacer!

Murray le clavó la mirada.

—Acudiría al profesor Galippi.

—¿A quién?

—El profesor Tony Galippi —prosiguió Clark—. Era profesor de esta escuela hace muchos años. Luego se retiró. Estaba un poco... —Dudó. Estaba a punto de decir «chalado», o algo peor, pero decidió que no era el mejor momento para decírselo a Murray, así que se corrigió—: era uno de los máximos expertos mundiales en lenguas antiguas. Y de griego por encima de todo.

—¿Usted sabe dónde vive?

—Sí que lo sé.

Se encaminaron juntos hacia las escaleras. El profesor Clark se puso a mirar fijamente la barandilla que serpenteaba hacia el piso de abajo y por un instante sintió unas ganas locas de sentarse en ella y dejarse deslizar escaleras abajo. Abochornado, se sacó un papel del bolsillo.

—Te escribo aquí la dirección. Pero a cambio, tú... —Acabó de escribirla, rapidísimo— me traes uno de tus cuentos para que lo lea.

Murray cogió el papel y levantó la mirada.

—Se lo prometo.

El profesor Clark lo dejó ir.

—¡Gracias, profesor!

Murray bajó los escalones atropelladamente.

—¡Dale recuerdos de mi parte! —añadió el profesor Clark, cada vez más cohibido.

Se dio cuenta de que tenía la frente sudada. Se aflojó un poco más el nudo de la corbata y, con un resoplido de fastidio, se la quitó y se la puso en el cuello a una de las estatuas que había en lo alto de las escaleras.

El barco parecía algo vivo.

Desde que le habían quitado el barro que obstruía la popa, era como si lo devorase la impaciencia por volver al mar. Pero, desde luego, no estaba en condiciones de hacerlo.

Connor había bajado por fin a la bodega, chata y larga, para calcular los arreglos necesarios. El olor a mar le impregnaba la nariz. Mientras repasaba palmo a palmo la armadura y el tablazón de la *Metis*, tenía la impresión de estar en una isla remota y que las ramas de plátano que ondeaban sobre la escotilla eran junglas impenetrables. Le bastaba con cerrar los ojos para que la triste extensión de la laguna se transformase en el dorso líquido del océano; y las dunas arenosas, en negros escollos brillantes. Los crujidos del follaje al viento se transformaban en el estrépito de los cabos sacudidos por la tempestad; y las nubes, en la espuma de las olas rompiéndose. Merodeando por el puente de la *Metis* tenía la impresión de volver a ser niño, de volver al orfanato, cuando cualquier excursión se convertía en una cacería de osos, en una batalla contra los indios o los piratas. Y Connor elegía siempre a los piratas. Se acordó de las caras de sus compañeros, las jaulas para conejos y el corral que cuidaban ellos mismos, las excursiones al río, las trastadas que le hacían al reverendo que le enseñó a cultivar un huerto. Se acordó de Winston, un chucho de pelo hirsuto que un día apareció por el río y que desapareció algunos años después, tal como había llegado. Los niños lo buscaron durante meses por todos los campos y los huertos vecinos, y después, para vencer la tristeza, empezaron a inventarse historias sobre sus hazañas, convirtiéndolo en su héroe a cuatro patas.

Con el tiempo, los niños crecieron y los mandaron internos. A algunos de sus compañeros los adoptaron buenas familias. Otros, como Connor, se quedaron con el reverendo hasta cumplir dieciocho años porque ya eran

demasiado mayores para encontrar una buena familia que los quisiera adoptar. Y la vida del orfanato era la única que de verdad conocían.

El barco era algo vivo y, mientras Connor lo examinaba y fantaseaba, empezó a vibrar lentamente. Parecía como si una débil corriente atravesase la madera. Un viento pillín hizo inclinar las cabezas emplumadas de las cañas y Connor subió al puente por la escotilla.

La laguna murmuraba por lo bajo. Zumbidos de insectos y cantos lejanos de las fochas. Y luego, mientras el barco vibraba aún, la cabeza de Murray asomó por el camino.

El barco había percibido su llegada.

Connor sonrió a su amigo y, por un instante, pensó que si hubiesen tenido una vela habrían podido zarpar.

Murray jadeaba, señal de que había recorrido el camino corriendo. Le contó lo que le había dicho el profesor y la dirección que había conseguido.

—¿Quieres venir con nosotros?

Connor no tenía muchos amigos entre los profesores. Y tampoco sentía mucha simpatía por ellos.

Señaló el palo mayor de la *Metis*, los bidones de brea y la amurada del barco, lo que más le preocupaba.

—Si queremos probar a moverlo de aquí... hay mucho que hacer todavía —dijo—. Y creo que prefiero dedicarme a las reparaciones.

—¿Y Shane? —preguntó Murray.

—Llegará más tarde, espero.

—¿Y los Brady?

—Supongo que se quedarán en casa... espero. —Connor sonrió y luego añadió—: Id Mina y tú. Pero intentad averiguar qué tipo de persona es. Si es o no de los nuestros.

Murray le hizo señal de *okay* con la mano.

—Connor, en tu opinión, ¿qué hace de una persona... uno de los nuestros?

—¿Aparte de estar un poco loco?

—¡Yo no estoy loco! —protestó Murray.

—Yo tampoco, pero si te fijas en los demás...

—¡Pero si son precisamente los demás los que no entienden ni jota!

El puente de la *Metis* rechinó.

Connor se apoyó en el palo mayor. Tenía una grieta profunda y oscura, parecida a una herida. Tendría que reforzarlo con un encofrado de hierro o

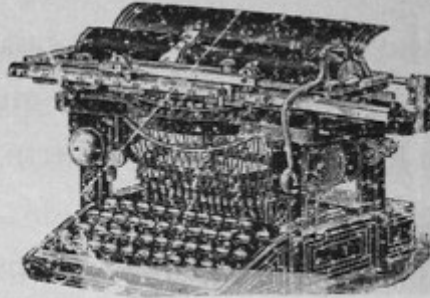
quizá poner uno nuevo. Pero no tenía ni la más mínima idea de dónde comprar el palo mayor de un barco.

—Uno de los nuestros... es alguien que se queda quieto cuando los demás echan a correr —respondió Connor, mirando el cielo entre las ramas—. Y que echa a correr cuando los demás se paran.

—Alguien que siempre lleva la contraria —resumió Murray.

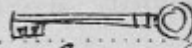
Connor lo meditó durante algunos instantes. Él pensaba sobre todo en alguien que te demuestra que se puede hacer algo diferente de lo que todos creen que hay que hacer.

—Alguien que siempre lleva la contraria, sí —admitió sin embargo al final de su razonamiento—. Así que intenta enterarte de si tu profesor Galippi es alguien que siempre va a contracorriente. Y si lo es, ¡vuelve con el diario traducido!



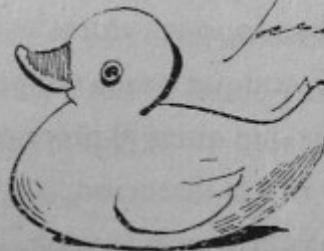
CAPÍTULO 14

EL REY DEL BLOQUE



*Al señor Jefe
Jose Bravo y sus hijos
Calle de San Antonio, No. 1.
Año del 1901.*

DONDE ENCONTRAMOS UN REY SIN SÚBDITOS Y SIN DINERO
QUE PREFERE USAR COSAS VIEJAS
EN LUGAR DE COMPRAR OTRAS NUEVAS.



Jose Bravo y sus hijos
DEDALUS PRESS

Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

El autobús los dejó delante de una casa cuya fachada estaba pintada con un gran mural. Por una dirección, la calle descendía hacia la ciudad y el puerto. Por la otra, se disgregaba en una periferia desolada.

Mina y Murray esperaron a que el autobús desapareciese entre los socavones de la calle asfaltada y después se encaminaron a lo largo de una tapia baja de ladrillos, llena de pintadas hechas con aerosol, que rodeaba un descampado de matojos.

Comprobaron la dirección en la nota del profesor Clark y se pararon ante un gran edificio de cemento cuya mole se cernía amenazadora sobre la calle. Tenía seis pisos de altura en forma de L, y para entrar había que recorrer una callejuela asfaltada solo en parte y cruzar una verja oxidada. Habían apedreado el portero automático y en las rejas de la vega habían colgado un cartel:

PROHIBIDA LA ENTRADA
EDIFICIO EN RUINAS

Los pilares que aguantaban la vega estaban decorados con toda clase de pintadas.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Mina.

El aire olía a abandono y a animales feroces.

Murray asintió, aunque estaba tan perplejo como ella.

—¿Quieres decir que quizá el profesor Clark se ha equivocado y me haya escrito mal la dirección...?

De todas formas, cruzaron la vega.

Buena parte de las ventanas que daban a la calle estaban cerradas. Las persianas colgaban de los balcones como hojas secas. En una fuente sin agua habían dejado el esqueleto de una vieja bici de niño. Pero en cuanto dieron la vuelta a la esquina, descubrieron que en el amplio patio del edificio alguien había desenrollado una larga alfombra de pasillo roja que acababa en un felpudo con la frase «¿Otra vez aquí?».

—O quizá no... —murmuró el chico.

A ambos lados de la alfombra había sendas columnas altísimas hechas con cubiertas de neumático apiladas unas encima de las otras. Detrás se apreciaba la fachada del edificio, cubierta de hiedra. Las ventanas rebosaban de flores y una bandada entera de golondrinas había hecho su nido bajo el faldón del tejado.

Murray y Mina recorrieron toda la alfombra mientras las golondrinas cantaban sobre sus cabezas. El portón de entrada estaba abierto y en el atrio había un Scalextric montado. Pero no uno cualquiera: era el circuito para coches más grande que habían visto en su vida. La pista, que iba de una pared a otra, constaba de seis filas de raíles, con *chicanes* y peraltes a tres niveles de altura como mínimo. Había subidas empinadísimas, bajadas con terribles curvas de noventa grados, un puente suspendido que sacaba la pista afuera, por una ventana, y, por otra, un túnel por el que esta volvía a entrar. Había minúsculos faroles de papel de plata y un paso a nivel, con el semáforo apagado.

—Ostras... —exclamó Murray.

—¡Uau! —coincidió Mina.

Se quedaron tan absortos mirando aquel juguete gigantesco hecho a mano que pasó un buen rato antes de que se acordasen del motivo de su visita.

—¿Profesor Galippi? —llamó entonces Murray—. ¿Profesor Galippi? ¿Hay alguien aquí?

No había ni rastro de un portero automático que funcionase ni tampoco indicaciones. Solo el Scalextric: enorme y misterioso. Apagado.

—En mi opinión, este lugar está completamente abandonado... —murmuró Murray al cabo de un rato.

Muy a su pesar, dejó el atrio a sus espaldas y echó un vistazo a uno de los grandes pasillos.

—Está todo muy oscuro... —observó Mina.

Los interruptores de la luz no funcionaban.

—Mira... —le indicó Murray.

Había encontrado, colgada en una pared, una pizarra para marcar puntos. Habían escrito «Gran Premio», y unos nombres: Joss, Jeff, Bru y...

—¡Tony! —leyó Murray—. ¡Podría ser él!

Volvieron al patio de la hiedra trepadora y probaron a llamar más fuerte.

Sus voces se perdieron entre las colas puntiagudas de las golondrinas.

Entonces, cuando ya casi estaban a punto de dejarlo correr, se abrió una de las ventanas de los pisos más altos y por ella se asomó un cráneo pulido y confuso.

—¡Cuarto piso! —gritó saludándolos con la mano—. ¡Estoy en el laboratorio!

Murray y Mina intercambiaron una mirada.

—El laboratorio del cuarto piso —murmuró Mina—. ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?

El hueco del ascensor se había convertido en la morada de una enorme maceta de rosas. Después encontraron las escaleras y las enfilaron. Eran frías y oscuras.

En el primer piso, todas las puertas de los pisos deshabitados estaban abiertas. En el segundo, cerradas. En el tercero ya no había ni batientes.

En el cuarto piso encontraron al profesor Galippi.

Era un hombre alto y un poco encorvado, de dientes grandes y torcidos, y labios finos y sonrientes. Tenía los ojos claros e inteligentísimos, y dos matas de pelo detrás de las orejas. Llevaba una camiseta de un grupo de heavy metal salpicada de pintura, pantalones de pescador con los bolsillos abultados y un par de chancletas de playa.

Con una mano aguantaba la boquilla metálica de un soplete y con la otra, una botella de plástico.

—¿Podéis venir conmigo? —les preguntó, sin saludarlos siquiera—. Tengo un asunto a medias.

Murray y Mina lo siguieron. Murray estaba a sus anchas, pero Mina estaba, quedándose cortos, perpleja: no era la idea que se había hecho de su traductor de griego.

—Perdonad el desorden, la oscuridad y todo lo demás, pero ya hace un año y medio que cortaron la luz... —explicó Tony Galippi abriéndoles paso.

Caminaba raudo, chancleteando, y alumbrando el camino con llamaradas intermitentes. Los llevó a una habitación inundada de luz con ventanas sin cristales que daban al patio de las golondrinas. El suelo estaba cubierto de botellas de plástico, colocadas unas al lado de las otras sobre armazones de madera cubiertos de bolsas de basura negras.

—Son paneles solares baratos —explicó el hombre, intuyendo la perplejidad de los chicos—. ¿Os importa si acabo?

—No, no, por favor... —masculló Murray, admirado.

—Quizá le hayamos molestado... —añadió Mina, afligida.

Y buscaron un rincón desde donde observar.

Galippi se puso de rodillas ante su panel solar barato y colocó la botella sobre el plástico negro, luego cogió otra del suelo y con dos pequeñas llamaradas las pegó entre sí.

—¿Funciona? —preguntó Murray, fascinado.

—Los paneles solares son simples lupas que calientan el agua. Las botellas ya tienen la forma adecuada, y una vez que el agua ha entrado por

arriba... la puedes utilizar. Ya está. He cubierto una buena parte del tejado y no puedo quejarme.

Mina gritó. Una golondrina había entrado por la ventana abierta, había revoloteado a su alrededor y había vuelto a salir, como si nada.

—¿No le molestan los pájaros? —le preguntó Murray.

El profesor Galippi ni siquiera lo miró.

—No, no. Son bienvenidos. El estiércol fresco es rico en fósforo y potasio, perfecto como fertilizante para las berzas. Pero debes saber hacerlo, porque, si no se diluye bien, quema las raíces.

Mina se asomó para mirar fuera del patio.

—¿Tiene un huerto? —preguntó.

—En el sexto piso —respondió el profesor—. Encima de donde vivo. Es el piso con la mejor vista.

—Oiga, profesor... —empezó a decir Murray.

Galippi le apuntó con la boquilla del soplete, en actitud vagamente intimidatoria.

—Deja estar esa palabra, ¿vale? Ya no soy profesor desde hace un montón de tiempo. Y cuando lo era tampoco la podía soportar. ¡Ah! ¡Solo de pensar en todas aquellas cabezas huecas...! ¡Envasadas al vacío! —Y luego añadió en voz baja—: Sin querer ofender, claro.

—No se preocupe —respondió Murray.

—Usted haga lo que tenga que hacer, como si no estuviésemos —añadió Mina.

—Nada más fácil. ¡Ah! No vienen muchas visitas por aquí, aunque haya equipado todo el segundo piso para recibirlas. Habitaciones blanditas. De vez en cuando voy yo a saltar, cuando siento la necesidad de mover el esqueleto.

Los muchachos lo miraron estupefactos.

Tony Galippi hizo gestos con las manos, como dibujando una superficie plana y uniforme.

—He llevado al segundo piso todos los colchones y los cojines que he encontrado en el edificio. ¡No hay ni un solo centímetro del suelo sin acolchar! —Y prosiguió en voz más baja—: Hay un poco de polvo, sí, pero... es tan divertido que... ¡vaya una cosa por otra! —terminó, subiendo el tono de la voz.

Murray se rió por lo bajo, sorprendido por la charla a dos del profesor, que parecía Juan Palomo. ¡Estaba totalmente chiflado!

—De todas formas... —el profesor lanzó una llamarada—, concededme unos minutos más... y luego os preguntaré qué queréis —nueva llamarada—

del viejo Tony Galippi.

Cuando el profesor acabó de acoplar el panel solar, los chicos lo ayudaron a llevarlo arriba. Efectivamente, había convertido el sexto piso en un invernadero: en lugar del techo había un gran tragaluz de cristal, construido con los marcos y las ventanas de los demás pisos. Olía a tierra húmeda, y la luz era cálida y penetrante. Los chicos caminaron entre plantas de todas clases, hortalizas exuberantes y grandes orquídeas.

Galippi se encaramó a una parte del tejado que había quedado en pie y colocó allí fuera el panel solar, clavándolo al lado de otros iguales. Los conectó mediante unos tubos de plástico que fijó con cinta aislante y luego contempló su obra, comentando los detalles en voz alta:

—El agua de los aleros entra por aquí y sale por allá, y llega muy calentita... directamente a mi ducha.

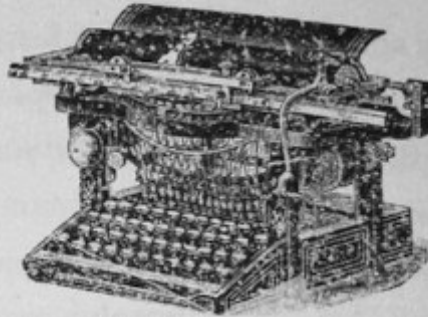
—¿En invierno también? —preguntó Mina.

—¿Quééé? —Soltó el profesor—. ¿Tú te duchas también en invierno?

Murray tuvo ganas de darle un apretón de manos por aquella ocurrencia.

Galippi les explicó que el agua de lluvia caía de los aleros en unos canalones y luego corría por una tubería vertical que acababa en el sótano, donde hacía girar unas viejas turbinas que Galippi había encontrado en el puerto y que le suministraban la poca electricidad que necesitaba de vez en cuando.

—He inventado la luz tirando de la cadena, es un decir... —acabó diciendo muy satisfecho. Aunque ya había pasado más de una hora desde que Murray y Mina habían llegado al edificio en ruinas que Galippi había transformado en su reino de extravagantes inventos, solo entonces el viejo profesor los miró como si los viese de verdad—. Bueno, chicos... como íbamos diciendo —recapituló en voz alta—. ¿Qué demonios hacéis en mi casa?

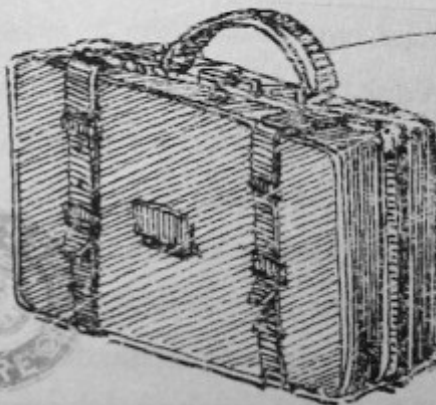


CAPÍTULO 15

EL LENGUAJE PERDIDO

*And now, however
 some of the things
 for the first time
 in the world*

O, MEJOR DICHO: UNA PÁGINA BIEN ESCRITA.
 INCLUSO EN UNA LENGUA DESCONOCIDA.
 VALE MÁS QUE MIL PALABRAS.



*My paper
 is the same as
 yours for the same*

*1) same
 2) use of language
 3) style of writing
 for the same*



DEDALUS PRESS
 Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

Murray se aclaró la voz, lo cual fue suficiente para volver a distraer al profesor Galippi.
—¡Bien dicho! —exclamó con voz estentórea—. ¡A mí también me ha dado sed!

Cortó con rapidez una rama de guisantes que estaba trepando por el lugar equivocado y, sin esperar una respuesta, bajó por las escaleras hasta el quinto piso. A su casa.

—¡Venid, venid, por favor!

Los hizo pasar a lo que debía de ser su salón: era una habitación muy luminosa y elegante en la que, sin embargo, había unos muebles que, cuanto menos, podían haberse definido como surrealistas. Las dos butacas estaban confeccionadas con retales de ropa vieja amontonada y luego atada con correas de cuero. La mesita estaba formada por centenares de revistas pegadas, y las estanterías de la gran librería eran en realidad viejas cajas de madera.

—¿Os gusta el zumo de fruta? —preguntó el profesor.

Murray y Mina respondieron que sí.

—¡Sentaos mientras tanto! ¡No hagáis cumplidos! Las butacas son muy cómodas.

Los chicos descubrieron que tenía razón: las butacas se curvaron dulcemente bajo su peso y la ropa vieja los envolvió cómodamente.

—¿Os dais cuenta? Todas estas cosas las tiraban... —comentó Tony Galippi riéndose por lo bajo.

Sacó un par de naranjas, un pepino y un puñado de fresas (o, por lo menos, eso le pareció a Murray) de un bote, los puso en una caja agujereada por abajo, desató una cuerda de la pared y... ¡bum!, dejó caer una piedra plana, que hasta ese momento colgaba del techo, dentro de la caja.

—¡Deprisa! ¡El zumo! —exclamó para sí mismo, y colocó tres vasos debajo de los agujeros de la caja.

Esperó a que gotease dentro todo el zumo que había y luego ofreció dos vasos a los chicos.

—No os fijéis en las cositas negras que flotan... —murmuró—. Todos los ingredientes son muy frescos. Tampoco es que pueda guardar nada, sin una nevera...

Mina soltó una carcajada.

—Pero ¿de verdad no tiene nevera? —preguntó.

El profesor Galippi se tragó la mitad de su zumo de fruta y luego respondió:

—¡Por supuesto que no! ¡Y tampoco televisor, ni lavaplatos ni aspirador!
—Esbozó una amplia sonrisa—. Soy el hombre más feliz del mundo. —
Inmediatamente después su cara se ensombreció, se acabó el zumo y añadió
—: O podría serlo si los peritos parasen de hacer pruebas al edificio... y me
dejasen en paz. Pero de todas formas...

Los miró. Primero a Mina y después a Murray.

Mina miraba a su alrededor, todavía flipando al pensar que aquel extraño
señor no tenía ni nevera ni aspirador. Y, sobre todo, pensando que la
habitación en la que se hallaban era inexplicablemente bonita y que incluso
olía muy bien.

—¡Y ahora decidme, vamos! ¿Qué estáis haciendo aquí?

Murray sonrió.

—Hemos venido a buscarle, profesor... —el vejete levantó el vaso y
Murray se corrigió inmediatamente—, señor Galippi, quería decir...
aconsejados por el profesor Clark.

—¡Ah, ese viejo fanfarrón! —exclamó haciéndolos reír. Luego se dio
unos manotazos en los muslos y soltó una carcajada con placer—. ¿Y qué
quiere de mí, el viejo Clark? ¿Todavía da clases de economía en la
universidad?

—Bueno, en realidad, es nuestro profesor de literatura... —respondió
Mina.

—¿Literatura? ¿Clark? ¡Oh! ¡Este sí que es un buen ejemplo de reciclaje!
¡Clark dando clases de literatura a los chavales! ¡Es como si a Winston
Churchill le hubieran dado el Premio Nobel de la Paz! —Y luego, en voz más
baja, añadió—: Aunque, en efecto, a Churchill le dieron el de Literatura... En
cualquier caso —exclamó volviendo al tono cristalino de antes—, el viejo
Clark «Solo Yo Triunfo» os ha mandado a verme. Y vosotros habéis venido.
¿De qué queréis hablarme? —Murray hizo ademán de abrir la boca, pero el
profesor Galippi se anticipó con una advertencia—: Nada de deberes sobre el
cambio climático, ahorro energético, vida sostenible, ecologismo responsable
y todas esas estupideces con las que os han llenado la cabeza para
convenceros de que todo es mucho más difícil de lo que es en realidad.

—Bueno... —murmuró Murray.

—¿Hay algo difícil en esta casa? —saltó de nuevo el profesor. Indicó su
librería—: ¡Cajas de fruta! —Y después, señalando la lámpara que colgaba
del techo y que parecía toda de cristal—: Ocho mil seiscientos veinte
cucharillas de café de plástico. Y la mesa, con algo de pegamento...

—Pero ¿usted vive solo en el bloque? —lo interrumpió Mina.

—¡Oh! Solo, sí. Brunilde ya no está y a mí me cuesta mucho trabajo marcharme... Los demás vendieron inmediatamente, en cuanto les ofrecieron un piso más cercano al centro o con más jardines alrededor. ¡Puaj! ¿Más en el centro de qué, exactamente? Y si quieren más vegetación, ¿por qué no cultivan tomates?

—¡Nuestro amigo Connor dice lo mismo! —intervino Murray—. Vive en un barco en el río y se ha hecho un huerto en el techo.

Por primera vez durante aquel encuentro, en los ojos de Galippi hubo un destello de sincera curiosidad.

—Eso sí que es interesante. ¿Y qué ha plantado?

Murray se mordió la lengua porque en realidad nunca se había fijado.

—Bueno, tomates, como acaba de decir usted... —murmuró—. Y también...

—En un lado, apios, puerros y lechugas —lo ayudó Mina con una cierta seguridad—. Una fila de moras y frambuesas en medio y, en el otro lado, guisantes, judías y espinacas.

—¡Buen trabajo! —exclamó el profesor Galippi. Y luego rumió para sí mismo—: Así que nada de hipogeos... Está claro, las patatas y las zanahorias nunca crecerían en el techo de un barco... a menos que... —Y luego dijo, de nuevo en voz alta—: ¿Y qué tiene que ver ese amigo vuestro que vive en el río con el inútil de Clark?

—En realidad, nada... —dijo Murray tras haber guiñado el ojo a Mina—. Aparte de una especie de diario que no logramos traducir.

—¿Traducir? ¡Cuando daba clases, traducir era mi pasión! —exclamó Tony Galippi. Luego añadió en voz baja—: Además de la pobre Brunilde, naturalmente.

Murray revolvió en su mochila, sacó la carpeta llena de hojas y se la tendió al profesor.

—¿Quién es este Ulysses Moore? —preguntó tras haber leído la cubierta.

Después pasó la página y se quedó observando la fotografía en blanco y negro de los niños en el colegio. La expresión de su rostro se endulzó con una sutil melancolía, como si se hubiese reconocido entre los escolares. Sin decir ni una sola palabra, empezó a hojear el diario, deteniéndose de vez en cuando en las notas, los artículos del periódico y las partes escritas en clave.

Mientras Tony Galippi observaba absorto el diario, Murray notó que había una extraña coincidencia entre él y el autor de aquellas páginas. Ambos habían dedicado muchos años de su vida a guardar una colección muy

personal de pequeñas cosas que pertenecían a un proyecto muy concreto que solo tenía sentido para ellos.

Cuando llegó a la primera página escrita en jeroglífico, el profesor Galippi pegó un salto en la silla, como si le hubiesen dado un trallazo.

—¡Por la piedra de Rosetta! Pero si son los caracteres del disco de Festos... —exclamó—. ¡Una de las ocho lenguas antiguas que no han sido traducidas jamás! —Luego hojeó rápidamente las páginas siguientes hasta que descubrió el primer fragmento en griego—, y esto es griego... clásico... ¡Oh! ¡Qué magnífica escritura! ¿De qué autor se trata? Claro y conciso, ¿Jenofonte? No... no. No lo reconozco... Pero ¿qué clase de broma me estáis gastando? —Se puso en pie y la carpeta se abrió, desparramando todas las hojas a su alrededor—. Pero ¿cómo es posible que un griego clásico hable de Cornualles? ¡Ni siquiera el trolero de Heródoto asomó la nariz más de un par de kilómetros fuera de su casa!

Murray y Mina se miraron.

—¿Logra entender lo que hay aquí escrito? —murmuró el chico. Tony Galippi levantó un brazo como si fuera un actor de teatro y leyó con voz portentosa:

En ese pueblo todo parecía haberse parado, incluidas las ganas de volver. Nadie mostraba curiosidad ni se hacía demasiadas preguntas. No querían saber qué había ido a hacer allí, y no tenían la malicia de sospechar ningún motivo malvado. El mar era de un azul irreal, como lo dibujaría un niño; las nubes se disgregaban en largos rizos peinados por el viento; las gaviotas revoloteaban sobre el blanco acantilado lanzando poéticas llamadas. Me di cuenta enseguida de que deseaba quedarme, aunque solo tenía once años. Y lo mismo valía para mi padre, que por fin respiraba a pleno pulmón, sin miedo. Nuestra casa había sido cerrada hacía muchos años. El jardín, un zarzal. Quería pararme. Y nunca habría podido imaginar que, de ese modo, había viajado más que cualquier viajero, y conocido lugares que no están en ningún mapa, excepto en el eternamente mutable de la imaginación...

El profesor giró la página que apareció en blanco y exclamó:

—¡Oh! ¡Es pura poesía! ¡Hacía años que no leía un texto tan hermoso! —Y después añadió, en voz más baja—: Sin contar algunos escritos por mí, claro está, pero ¡ni siquiera me acuerdo ya de cómo eran!

Mientras tanto, Murray y Mina se habían catapultado de las butacas: Mina para rescatar las páginas que Galippi había desperdigado a su alrededor, y Murray para incitarlo a seguir traduciendo:

—¡Apuesto a que está describiendo Kilmore Cove! ¡Siga!

—Pero ¿cómo? —preguntó el profesor dándose cuenta entonces de que las hojas estaban desperdigadas. Después puso los ojos como platos, como si un rayo lo hubiese alcanzado, y dijo—: ¿Y si fuese una lengua puente? El fragmento que acabo de leer podría también estar escrito con los ideogramas del disco de Festos... Si fuese así, ¡tendría a disposición lo que sirve para traducirlo! —E inmediatamente después, como tenía por costumbre, añadió en voz más baja—: ¿Y una vez traducido? ¿De qué serviría si nadie va a leerlo jamás?

—Nosotros lo leeremos, profesor Galippi... —insistió Murray de pie ante él—. ¡Tiene que intentarlo!

—¿Intentar qué, jovencito?

—Me llamo Murray.

Asintió, perdido en sus pensamientos y apretando con fuerza la página del diario entre las manos.

—¡Intente traducirlo! —prosiguió Murray—. Traduzca todo lo que este diario contiene. Descubra por qué está escrito en todas estas lenguas, y estos jeroglíficos...

—¡Son ideogramas, jovencito!

—Lo que sea: el griego, los ideogramas, las páginas en clave. Quizá usted tenga razón y haya encontrado lo que ha dicho... ¡un lenguaje pasarela!

—¡Puente, jovencito! ¡Lengua puente! Significa que una lengua se usa como intermediaria para la traducción. ¿Sabes que no es algo corriente? La última vez que recurrieron a una lengua puente fue cuando Cortés habló en español a Aguilar, que lo tradujo en maya a Malintzin, que a su vez lo tradujo en náhuatl a Moctezuma..., ¡y acabaron exterminándose entre ellos!

—Pero ¿quiere intentarlo de todas maneras? —lo acosó Murray.

El profesor Tony Galippi tenía la mirada perdida en la lejanía. Estaba concentrado en algo que daba vueltas en su cabeza; letras, palabras y alfabetos pasaban a velocidad de vértigo ante sus ojos.

Mina le tendió las hojas que había recogido pacientemente del suelo y le dijo:

—Si se le vuelven a caer, las hemos numerado abajo a la izquierda con post-it amarillos, ¿lo ve? Las fotos y las postales también están numeradas. Todo está tal y como lo encontramos en el barco.

—¿Qué barco? —preguntó de repente el viejo traductor.
—Traduzca todo lo que pueda del diario, profesor Galippi, y le prometo que lo llevaremos a verlo —susurró Murray, pérfidamente.
—Solo a usted —añadió Mina con astucia—. Al profesor Clark, no.



CAPÍTULO 16

LA VELA

Poco me acuerdo de...

una vela en parrilla

hacíanse por Puerto Rico.

Como a la vez...

DONDE SE DESCUBRE QUE, CON UN POCO DE INGENIO,
UNA SÁBANA TAMBIÉN PUEDE VOLAR.
Y SOLO UN COMANDANTE
PUEDE MANIOBRAR UN TIMÓN.



EDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers



Shane salió de la tienda de ropa blanca con un enorme paquete de sábanas sobre los hombros. La tienda se llamaba Sweet Home y estaba en liquidación: el escaparate polvoriento estaba tapizado de carteles que anunciaban descuentos rebajas y precios de coste.

Ideal para ellos.

Silbando con su cargamento de tela, Shane esperó el autobús, sin preocuparse de las miradas curiosas de la gente, y bajó en la parada poco antes de la estación de tren. Atravesó las vías y enfiló uno de los caminos que iban a la laguna. Guiándose por los trozos de tela que habían dejado, dejó atrás los matorrales de zarzas que habían colocado para ocultar el último cruce. Diez minutos después depositó el paquete en el suelo, cerca del almacén de madera que Connor acababa de construir, y se frotó los hombros doloridos.

—Buen trabajo, Shane —le agradeció Connor.

El muchachote miró con aprensión las telas de liquidación que habían apilado en la playa. Eran piezas de algodón de texturas, colores y estampados diferentes.

—¿Seguro que podemos hacer una buena vela con estas cosas? —se preguntó perplejo.

—No estaremos seguros hasta que no lo hayamos probado —respondió Connor quitándose el sudor de la frente—. Y en cualquier caso, esto era lo único que podíamos comprar.

Shane se protegió los ojos con la palma de la mano y miró el puente de la *Metis*. La nave, ya liberada del barro, se balanceaba suavemente con la brisa marina. Shane habría dicho que olía a tempestad, pero, según Mina, el pronóstico meteorológico era bueno.

Todos estaban ocupados.

El gran proyecto de Connor colgaba de la proa del barco: un dibujo lleno de términos incomprensibles que Shane había fingido comprender. «Garrucho», «Rizo», «Motón», «Puño de escota» y «Batidero» se le antojaban términos exóticos leídos en los cuentos de miedo que Murray le había recomendado. Palabras incomprensibles, pensó Shane, preguntándose si de verdad sabían lo que estaban haciendo.

Una vela de prueba. Un intento de llevar a cabo el plan insensato que consistía en sacar el barco de la ciénaga y arrastrarlo después a algún lugar en el río. Esperando que nadie se diese cuenta y que nadie preguntase dónde lo habían encontrado.

Shane se acercó al detallado proyecto dibujado por Connor, luego acarició el casco de la *Metis*.

Era... poroso. «He aquí la palabra justa», pensó, observando el barco con la misma admiración llena de temor que cuando lo vio por primera vez. Parecía como si absorbiera la luz, lo mismo que una esponja absorbe el agua, y captase el pensamiento.

Cuando estaba allí, Shane solo podía pensar en él. Sentía un respeto instintivo. Casi... miedo.

—Shane... —lo llamaron Connor y Murray.

Estaban echados sobre el bastidor como si fuesen arañas, y tiraban de la tela con los brazos y las piernas.

—Necesitamos algunas agujas largas y otras más para trenzarlas cuerdas —dijo Connor.

—Me las he dejado en el puente —añadió Murray, indicándole el barco.

—Ya sujeto yo el bastidor —se ofreció inmediatamente Shane, pero Connor sacudió la cabeza.

—No. Sube y coge las agujas.

Shane tragó saliva.

Todavía no había subido al puente del barco y no tenía ninguna intención de hacerlo. Dudó un poco más de lo normal. Murray lo notó y no quiso forzarlo. Silbó para llamar a uno de los Brady y le pidió a él que se las trajera.

Shane asió con rabia la brocha de la brea y siguió extendiéndola sobre el casco. Al cabo de un rato, como la rabia no se le pasaba, soltó:

—¿De qué iba aquella historia de un manuscrito hallado en una botella, Murray?

Murray cortó y sujetó los primeros extremos de la tela al bastidor.

—¿La de Edgar Allan Poe?^[5]

—Sí —dijo Shane—. ¿Por qué no nos la cuentas?

—Buena idea —convino Connor.

—No sé si es un buen momento —protestó Murray—. Es un cuento de horror...

—¡Horror! ¡Horror! —invocaron los Brady al unísono.

Murray les dio largas un rato más, pero al final lo convencieron. La historia trataba de un barco de madera de teca, construido en Bombay, que zarpó de la costa de Java y que una noche se vio envuelto por una extraña nube violácea. Una nube que se fue extendiendo poco a poco hasta cubrir por completo el horizonte. El viento cesó de golpe y, al cabo de un rato, estalló una tormenta. El puente del barco se partió y solo dos personas sobrevivieron

al naufragio: el narrador y un misterioso sueco. Durante seis días estuvieron a merced de un mar salvaje, hasta que una ola gigantesca los arrastró a un inmenso barco negro, al que lograron subir con gran esfuerzo. La tripulación del barco estaba compuesta por personas grises, mortecinas, que se negaban a hablar con los náufragos y a compartir la mesa con ellos. Parecían haber muerto hacía mucho tiempo, aunque seguían repitiendo los mismos gestos de cuando aún estaban vivos. Los náufragos no sabían adónde se dirigía el barco fantasma. Uno de ellos escribió con una brocha empapada de brea en la vela de aquel barco misterioso la palabra «Descubrimiento». Su silencioso viaje siguió adelante: pronto aparecieron los glaciales de la Antártida y, de repente, en el mar se abrió un vórtice, un abismo sin fin que se los tragó...

—Y de esa expedición quedó solo una huella: esta historia —terminó diciendo Murray, con voz glacial—, que fue arrojada al mar dentro de una botella, poco antes de que el barco se hundiese en el abismo.

El silencio se había instalado a su alrededor, y todos los chicos habían dejado sus tareas.

Connor fue el primero en reaccionar:

—¿Sabes una cosa, Murray?, Shane tiene razón: cuentas estupendamente historias de miedo.

—¡Uau! —dijo uno de los hermanos Brady, sacudiendo los hombros como si se quitase de encima un montón de cubitos de hielo.

—¡Menuda historia! —dijo el otro aún más electrizado—. ¿Cómo acaba?

—Así, Brady —dijo Shane.

Le pidieron que contase otra, pero Murray se negó y nadie insistió. Continuaron trabajando casi una hora más, y después, uno por uno, fueron volviendo a casa.

Todos menos Shane, que se entretuvo poniendo en su sitio las herramientas y no se dio cuenta de que se había quedado solo en el barco hasta que acabó.

La *Metis* se balanceaba despacio ante él. Silenciosa y amenazadora.

Shane se detuvo a mirarla, le temblaban las manos. Examinó el sendero para estar seguro de que no hubiese nadie, y se armó de valor para acercarse a la escalerilla de cuerda que subía hasta el puente. No sabía de dónde nacía ese miedo. Quizá era únicamente por el hecho de estar solo, sin nadie que le dijese lo que había que hacer: no estaba acostumbrado. Shane estaba convencido de que no era capaz de decidir nada por sí mismo. Y ese era el motivo por el cual prefería preguntárselo a Murray o a Connor.

Ellos sí sabían mandar.

El sol se estaba poniendo en el horizonte y teñía las nubes más bajas de un amenazador azul oscuro. Shane respiró profundamente y puso el pie en la escalera de cuerda. Le pareció como si la *Metis* empezase a susurrar algo. Pero debía de ser el viento. O la voz de algún pájaro de la ciénaga.

Subió lentamente.

En cuanto llegó al puente, notó que el susurro se hacía más fuerte. Era como una madeja de muchas voces anudadas entre sí que se tensaban y se desataban. Como los obenques de una vela.

Se acercó al palo mayor instintivamente y buscó el punto agrietado. Apoyó la mano y recorrió con el dedo los bordes cortantes de la hendidura. Se cortó.

Algunas gotas de sangre cayeron sobre el puente.

Shane no reaccionó, como si ni siquiera se hubiese dado cuenta. Miró el cielo a través de las ramas y las puntas de lanza de las cañas, y sintió que un frío intenso le subía por los huesos. Un frío polar.

Tropezó. El cielo sobre la ciénaga se había puesto del mismo color del cuento del señor Edgar Allan Poe, morado.

Se dio la vuelta de golpe.

Había visto una sombra merodeando por el puente y quizá entrando en el camarote del capitán. Pensó en la tripulación gris, muda, navegando hacia un destino desconocido. Y el mar inmenso abriéndose ante ellos. La vela rasgada que se hacía jirones al viento. Imaginó la tormenta, las olas que partían el puente del barco, los rayos cayendo en el agua. Al principio se asustó, pero luego, poco a poco, se obligó a imaginarse al timón del barco.

Él: Shane. Al timón.

Y entonces descubrió que las demás cosas ya no le daban miedo.

Shane pensaba en el mar enfurecido y sonreía.

Sin siquiera darse cuenta de que se había movido de sitio, se encontró apretando entre las manos el timón de la *Metis* de verdad, e imaginando que la borrasca se aplacaba ante sus ojos. Vio las sombras grises sobre el puente disolverse en la luz del crepúsculo y los susurros que lo atemorizaban disiparse como ratoncitos.

Shane se rió muy fuerte, solo, sobre el puente del barco encallado en el bosque. Luego bajó por la escalera de cuerda, asió la brocha llena de brea y examinó la porción de vela multicolor que Connor y Murray habían extendido sobre el bastidor.

El corazón le latía muy fuerte.

No era «Descubrimiento». Esa no era la palabra apropiada para la vela de su barco.

La palabra apropiada era «Valor».



CAPÍTULO 17

LA BIBLIOTECA DE LOS NÚMEROS

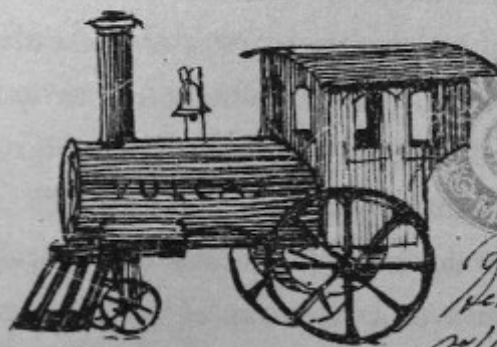
Por José G. ...

Lea y ...

... 2. 3.

...

O. MEJOR DICHO: A MENUDO HAY QUE PONER EN FILA MUCHOS LIBROS PARA SABER CÓMO ORDENAR UN PAR DE NÚMEROS.



McLure ...

*...
...
...*

DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

8-12312

Mina había elegido la mesa más aislada de la biblioteca. Estaba al lado de una ventana por la que entraba la luz del mediodía, volcándose sobre ella. Era tan fuerte que no lograba distinguir las letras de los libros, y tenía la impresión de hojear páginas en blanco.

Era tan hermoso que parecía como si estuviese dentro de una colmena.

Había un silencio que denotaba concentración, a veces roto por algún golpe de tos, una puerta que chirriaba o un niño que llamaba a su madre en la sala de los libros para peques. De vez en cuando pasaba un chico con la cabeza baja, sepultado por una pila de libros que no había elegido a voluntad. O algún chalado con un título, el nombre de un autor o un número de estantería escrito en un papel, que merodeaba por la sala como un cazador en la selva Lacandona.

Mina permanecía inmóvil en su arca de luz, dejándose acunar y calentar por el sol mientras miraba el nuevo cubo de Huxley que tenía delante, retándola desde la mesa.

A diferencia del anterior cubo, este no tenía botones de nácar blancos y negros colocados en las esquinas de cada casilla. Este nuevo cubo era mucho más flexible que el otro y se parecía al famoso cubo de Rubik, que Mina había aprendido a resolver en menos de cinco minutos.

Pero a diferencia del cubo de Rubik, cuyas filas de cubitos de colores se podían mover a placer, en el que Mina tenía delante solo giraban los cubitos laterales de cada cara. El cubito central permanecía inmóvil y llevaba un número idéntico en las seis caras: el 5. En los demás cubitos, los números iban del 1 al 9.

Ya hacía rato que Mina había dejado de dar vueltas sin ton ni son a las caras numeradas, y había escrito en un cuaderno las combinaciones de números que había probado hasta ese momento.

			6	7	8							
			9	5	7							
			4	7	8							
2	7	6	2	3	2	6	1	6	2	7	2	
9	5	1	9	5	1	9	5	9	1	5	1	
8	3	8	2	3	4	8	3	4	8	3	4	
			4	7	6							
			9	5	1							
			4	3	6							

El resultado era, como mínimo, desalentador: mirando las filas de números no se le ocurría nada. Se dio cuenta de que algunas secuencias se repetían, como el 951 951 de en medio, que se convertía en 959 y 151. Pero en conjunto no lograba hallar un sentido. La única constante a la que continuaba dándole vueltas era el 5 central. Había probado a girar los números colocándolos en orden creciente, de 1 a 9, pero se había dado cuenta de que era imposible hacerlo en todas las caras a la vez. Del mismo modo, era imposible ordenarlos de 9 a 1.

Consiguió, no sin dificultad, alinear tres números iguales en la misma fila y, de nuevo, se dio cuenta de que lo que sucedía en una de las caras no se repetía en las demás.

En resumidas cuentas, el cubo era una serie desordenada de números, y quizá el único modo de abrirlo era conocer la combinación exacta. El número de las combinaciones posibles era demasiado elevado para ponerse a probarlas todas.

Y, sin embargo, Mina no se daba por vencida. Estaba segura de que existía una relación entre el cubo y el diario que habían dejado en poder del profesor Galippi, pero no sabía si lo primero que tenían que hacer era traducir el diario para poder resolver el cubo o viceversa. Sumida en la duda, lo intentaba todos los días, y, mientras los demás iban a la laguna a arreglar el barco, ella pasaba las tardes en la biblioteca.

Había elegido aquel lugar por dos razones. La primera era que así los demás no le harían preguntas. La segunda estaba en parte dictada por la

superstición o fe en la magia: una vez, su padre le había dicho que los libros contenían todos los problemas y las soluciones del mundo. Se refería a los manuales de instrucciones de los ordenadores, que según él nadie leía con la suficiente atención, pero Mina lo interpretó como un principio de vida. Así que le parecía absolutamente natural que la biblioteca de su ciudad fuese el mejor lugar para buscar la solución de aquel pérfido artilugio.

De momento no había tenido mucho éxito. Pero Mina tenía paciencia. Al menos, para otro rato más.

Continuó intentándolo durante una buena parte de la tarde, feliz con su abstracción solitaria. Y justo al final del día le llegó, como un fogonazo, la solución, gracias a uno de los empleados de la biblioteca, que pasaba por las salas advirtiéndole de que iban a cerrar. Mina estaba concentrada en la secuencia central de números del cubo, 951 951, y, justo mientras la leía, pasando la punta del lápiz de un lado al otro, el empleado de la biblioteca se le acercó con sigilo y musitó:

—¡Perdone, señorita! ¡Dentro de quince minutos cerramos!

Mina levantó la vista de los papeles y se encontró mirando fijamente el rostro de un chico de pelo rizado. Fue una aparición angelical. Y, por un instante, a Mina le pareció ver en la larga nariz del muchacho la trompa del dios Ganesh, dispensador de sabiduría.

—Quince... minutos —repitió, completamente embobada.

—Exacto, señorita —dijo él algo ruborizado—. Quince.

—Nueve más cinco más uno es igual a quince... —murmuró Mina.

Y, sin dar más explicaciones al desconcertado empleado, volvió a mirar la secuencia de números en el cubo:

951 951 959 151

Giró la cara con el último 1 y la secuencia se convirtió en:

151 951 959 159

Luego le dio la vuelta al segundo 1:

159 151 959 159

Y finalmente el tercero:

159 159 159 159

Mina apoyó el cubo en el centro de la mesa. Con solo tres movimientos, había obtenido una secuencia de quince.

Temblaba.

Quince. Quince. Quince. Quince.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó el empleado de la biblioteca, que no se había movido de allí.

—¡Sí, claro! —respondió sin quitar los ojos del cubo—. Es decir, ¡no, para nada! Hay que poner este siete en el lugar del tres. ¡Y este seis podría ser un dos!

Sus manos se movían cada vez más deprisa, y los cubitos empezaron a girar.

Cuatro. Dos. Seis. Siete. Ocho. Cuatro.

Las secuencias se repetían cada vez con más frecuencia.

Dos. Siete. Seis. Nueve. Cinco. Uno. Dos. Siete. Seis. Nueve. Cinco...

Mina había empezado a girar los números de tal manera que su suma, en horizontal, fuese siempre igual a quince, y poco a poco se dio cuenta de que podía mejorar la operación: podía colocarlos de manera que la suma de los tres números en cada cara del cubo diese quince en horizontal, quince en vertical y quince también en diagonal.

Números mágicos.

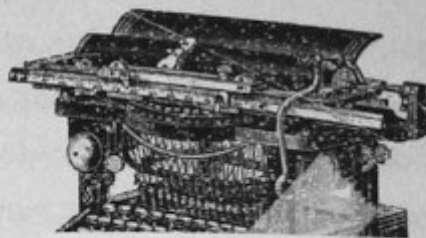
Cubitos mágicos.

Lo que tenía entre sus manos era un cubo mágico.

Guiada por un entusiasmo febril, Mina fue girando los números hasta colocarlos de la siguiente manera en todas las caras del cubo:

			2	7	6							
			9	5	1							
			4	3	8							
2	7	6	2	7	6	2	7	6	2	7	6	
9	5	1	9	5	1	9	5	1	9	5	1	
4	3	8	4	3	8	4	3	8	4	3	8	
			2	7	6							
			9	5	1							
			4	3	8							

Y, por segunda vez, el cubo de Huxley se abrió.



CAPÍTULO 18

LA APERTURA DEL MERCADO

Mr. J. D. Smith
Don Juan Gonzalez Sr.
señor. Don Gregorio
Asso a...



mensaje en una botella...
América...
sub...



DONDE DESCUBRIMOS QUE A VECES
UN MENSAJE EN UNA BOTELLA TAMBIÉN PUEDE ENVIARSE
SIN BOTELLA.

ESTABLISHED 1844
WEDGWOOD'S PRESS 1844-1914
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

No. 2072

—¡**P**or aquí, date prisa! —gritó Murray montado en la bici.
Mina y él acababan de salir del cole y estaban pasando por delante del mercado cubierto.

Murray giró con la intención de entrar, pero esta vez Mina no lo siguió. Murray vio con el rabillo del ojo que su amiga, en lugar de zambullirse con él a través de la fila central de los puestos, había preferido seguir por el camino normal.

Frenó. Y mientras frenaba sintió que algo le punzaba el estómago. Amargura, desilusión. Pero no sabía si por ella o por él. Murray apretó los puños alrededor del manillar y murmuró entre dientes:

—Cretino.

Le había prometido que no volvería a pasar por aquel atajo peligroso. Pero estaba tan excitado por la noticia de que Mina había logrado abrir el cubo, y por lo que había encontrado dentro, que no quería perder ni un minuto más: deseaba llegar al *Ítaca* lo antes posible para verlo con sus propios ojos. Mina había sido increíblemente capaz de mantener el secreto durante toda la mañana en el cole. Y se había dado el gustazo de guardárselo para ella como una conquista especial.

Murray, exasperado por la espera, se puso a pedalear con una rabia que no era normal en él. Estaba más bien enfadado consigo mismo, pero no le sirvió de mucho.

—¡Eh!

—¡Cuidado!

—¡Mira cómo va!

—¿Paddy lo sabe?

Se oían los gritos de los tenderos, que como siempre estaban de su parte.

Murray esquivó a las personas con el mismo cuidado de siempre: a las señoras con sus perritos, un cochecito de bebé vacío y a una pareja de turistas, en un alocado ballet que desafiaba todas las normas.

Pero esta vez no logró esquivar al policía.

Ni siquiera lo vio llegar, y no se lo esperaba: estaba agazapado detrás de uno de los últimos puestos del mercado. No tuvo necesidad ni de hacer sonar el silbato. Levantó el brazo y Murray se paró.

Ese algo que le había punzado el estómago se transformó en una piedra que le paralizó los pies.

—Lo siento mucho, señor... —murmuró abatido.

El hombre de uniforme le hizo un gesto para que bajase de la bici, y Murray obedeció como un perrito.

—Solo quería jugar un poco, señor... Perdona... Sé que he sido imprudente, pero... —Las palabras y las frases se agolpaban, cada vez más rápidas y ligeras—. Sé lo que hacía... Sé ir en bici muy bien... Nunca ha pasado nada grave...

—Te conviene no añadir nada más, chico —le aconsejó el policía.

Sacó una libreta, un bolígrafo largo y amenazador, y le preguntó su nombre, su apellido y su dirección.

—Por favor, señor, se lo ruego, no lo volveré a hacer nunca más... Se lo prometo, pero... no me ponga una multa... No me requise la bici...

El otro escribía. El viejo pescador del puesto de pescado se le puso al lado. Parecía amargado de verdad, como si su equipo de fútbol hubiese fallado el último penalti.

—Déjelo marchar —dijo—. Es un buen chico.

—Claro que lo dejaré marchar... —dijo el policía sin dejar de escribir.

Tenía las botas desgastadas y los codos del uniforme raídos. Al darse cuenta, Murray se sintió aún peor. Ambos eran pobres. Y los pobres son inflexibles cuando se trata de juzgar los errores de los otros pobres.

El policía arrancó la hoja y apoyó la mano en el manillar de la bicicleta.

—Esta va conmigo al depósito —dijo, con un tono que no era ni de satisfacción ni de maldad—. Y allí se quedará un mes.

—¡Ay! —dijo el viejo pescador.

—Podrás ir a buscarla en esta fecha... —terminó el policía, indicándole en el papel un lunes que parecía muy lejano—. Y durante este tiempo reflexionarás sobre las normas de circulación.

—Sí, señor... —murmuró Murray, aceptando la hoja.

La dobló y se la puso en el bolsillo sin ni siquiera leerla, y después miró como se alejaba su bici sin pronunciar ni una sola palabra.

—Habrías podido intentar convencerlo —refunfuñó el pescador—. Quizá si hubieses insistido un poco...

Murray no se había atrevido. Se puso la mochila en la espalda y se encaminó a pie hacia la salida del mercado cubierto.

Cuando levantó la vista, Mina lo estaba mirando. Debía de haber seguido el trayecto normal y había llegado a tiempo para ver toda la escena. En su rostro no había huella de reproche, sino solo una gran desilusión.

—¡Lo siento mucho! —exclamó Murray.

Intentó ir a su encuentro, pero Mina giró la bici y se escapó corriendo.

En el cubo que Mina había abierto había una nueva nota y otro cubo, idéntico a un dado normal de juego, pero un poco más grande.

—Todavía no tengo ni la más mínima idea de cómo se abre... y si puede hacerse —explicó Mina una vez en el *Ítaca*—. No hay nada que se mueva o que pueda apretarse.

—Sin embargo, suena a hueco... —observó Connor sacudiéndolo en la oreja.

—Yo no oigo nada —dijo uno de los hermanos Brady.

—¡A la fuerza! ¡Tu cerebro también suena a hueco! —le recordó el segundo.

—Entonces podrías ir en bici con Murray... —bromeó Mina, ácida.

Murray no replicó. Acababa de llegar a la barca, después de haber hecho todo el trayecto corriendo, y estaba resollando en un rincón.

La nota que había dentro del segundo cubo decía:

No hay nadie conmigo en esta isla. Estoy solo. Soy diferente de todos los demás. Soy el único que ha entendido que todas las reglas están equivocadas, que el mundo inventado por los adultos no es real. No me creo nada de lo que dicen. No saben lo que hacen. Yo sí, pero no quieren escucharme. Los odio. Me iré solo. No podrán impedírmelo. Ahora ya no. El barco ha venido a buscarme. Iré a Kilmore Cove, el único lugar en el que podré ser finalmente yo. Donde seré importante y me escucharán. Haré lo que de verdad deseo hacer. Nadie podrá ordenarme cuándo tengo que levantarme y cuándo tengo que dormir, lo que tengo que comer y las horas que tengo que estudiar. No podrán llevarse los tesoros de mi habitación. No podrán ignorar lo que pienso. Estoy listo. Subiré al barco y no volveré atrás. Sabía que iba a venir. Lo he buscado durante mucho tiempo. Lo invocaba todas las noches, esperando verlo aparecer por mi ventana. Y al final ha llegado. Su sombra en el mar es muy lejana, y sin embargo cercana. Como todas las sombras. Lo sabía. Creía en ello. Y ha sucedido. Lo he aprendido de Ulysses Moore: saber, creer, crear. Porque él es como yo. Está solo y me necesita. Sí. El barco de los sueños ha venido a por mí y yo, ahora, le tiendo la mano. No me giro para despedirme de nadie porque no hay nadie de quien despedirse. No me llevo nada porque nada es real. Excepto su libro. Su libro es real, lo que escribe es real. Me reconocerá cuando lo encuentre. Sé lo que me espera. Lo he esperado siempre. Y ahora está aquí.

—Bueno —comentó Connor—, hay poco que añadir. Este tipo está chiflado.

—Dice que el barco ha venido a buscarlo... —dijo Murray, impresionado por ese fragmento.

—Pero ¿habla del mismo barco? —preguntó uno de los hermanos Brady.

—¡Qué va, tranquilo! Hablará de otro, ¿qué te crees? —exclamó el segundo dándole un manotazo—, ¿que hay montones de barcos mágicos que vienen a buscarte a casa?

Mina los acalló con un gesto poco educado. ¿Era posible que aquellos dos no supieran hablar sin armar siempre tanto jaleo?

—Larry estaba al corriente de la existencia del barco, de Kilmore Cove y de Ulysses Moore... —observó Shane, tranquilo.

—Debe de haber leído sus libros —dijo Mina—. Los he buscado en la biblioteca, pero no estaban.

—Podríamos comprarlos por internet —propuso el primero de los hermanos Brady.

—¿Y quién paga? —preguntó el segundo—. ¡Doce libros cuestan más que tres videojuegos!

Connor sopló.

—Se trata del mensaje de un chico que, en mi opinión, ha perdido un poco la chaveta.

—Las frases del principio... —observó Murray—. Que está solo, que todo es falso y que todas las reglas están equivocadas...

—No es el único que lo piensa... —lo pinchó Mina.

Murray no dijo nada.

—¿Todo es mentira... o quizá todo es verdad? —se preguntó Connor.

—Su número de teléfono es real —intervino Shane.

Connor lo miró, dubitativo.

—Y también lo es su madre, y el hecho de que desapareció de su casa... —prosiguió Shane.

—Subió al barco —murmuró Murray—. Subió y se marchó.

—Y nunca más volvió —añadió Mina.

—¿Creéis que está intentando advertirnos de algo? —preguntó Connor con una mueca—. ¿Está intentando decir que el barco es peligroso? ¿Que es malo? ¿Que rapta a los chicos y se los lleva?

—Yo creo que dice todo lo contrario —objetó Murray.

—No es malo —confirmó Mina.

—Estoy de acuerdo —dijo también Shane.

Los hermanos Brady abrieron la boca de par en par y la volvieron a cerrar inmediatamente.

—Larry nos está diciendo que se sentía diferente a los demás... y que nadie lo entendía —explicó Murray—. Que eso lo hacía sufrir hasta tal punto que decidió marcharse solo. Lo escribe aquí: se marchará a Kilmore Cove, el lugar donde podrá ser él mismo por fin. Donde lo escucharán, donde podrá hacer lo que desea. Donde nadie podrá ordenarle cuándo despertarse, cuándo dormir, lo que hay que comer y estudiar...

—¡Uau! —dijo uno de los hermanos Brady.

—¿Por qué no vamos nosotros también? —dijo el otro.

—¡Porque Kilmore Cove no existe! —respondió Connor—. No aparece en el mapa: lo he buscado. ¡Toda referencia a Kilmore Cove está estrechamente ligada a los libros de... este señor!

—Ulysses Moore —dijo alguien en el *Ítaca*.

—«Su libro es real, lo que escribe es real» —leyó Mina en la nota.

—¿Y qué? —voceó Connor, extrañamente nervioso—. Solo es el mensaje de un muchacho desaparecido que quiere escaparse de casa para ir a un país que no existe a bordo de un...

Su tono se fue amortiguando.

—De un barco para el que estás construyendo las velas —terminó Shane en su lugar.

—Y que entre todos estamos arreglando para sacarlo de la laguna —añadió Murray—. Estaba allí, encallado, maltrecho, pero... real, Connor. Y el mensaje de Larry estaba en el barco.

—Pero nosotros no lo hemos llamado —dijo Mina casi en un susurro. Los demás la miraron—. Larry dice que lo invocó durante muchas noches... y que al final apareció. —La muchacha se encogió de hombros, después fue a buscar algo de beber a la nevera.

—¡Qué buena idea! —exclamó uno de los hermanos Brady.

—¡Sí! ¡Pásame algo a mí también! —exclamó el segundo.

—Quizá también lo hayamos llamado nosotros —intervino Murray—. Sin ni siquiera saberlo.

—Perdona, pero ¿qué quieres decir? —le preguntó Connor.

Y en aquel momento oyeron el timbre de una bici y una voz que los llamaba:

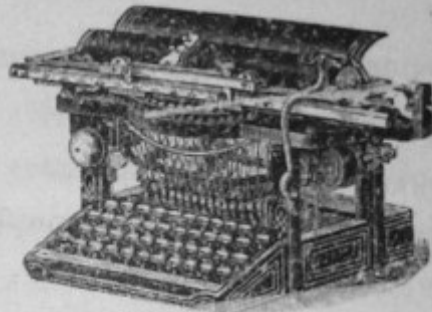
—¡Eh, chicos! ¡Chicoos! ¿Estáis ahí dentro? ¿Estáis ahí? —Y luego añadió con un tono más bajo—: ¿No ves que no están, maldito cabezota? Pero ¡mira qué huerto se han hecho!

Murray y Mina intercambiaron una mirada instintiva de complicidad, como siempre habían hecho antes de aquella tarde.

—¡Es el profesor Galippi! —exclamaron, subiendo al puente.

—¿El profesor qué? —preguntó el primero de los hermanos Brady, preocupado.

—¿Has hecho los deberes, hermano? —replicó el segundo.

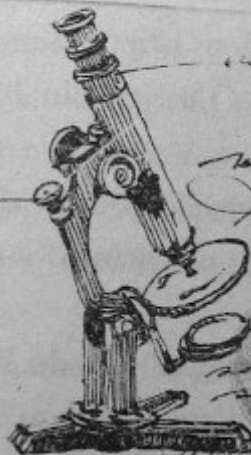


CAPÍTULO 19

LA TRADUCCIÓN

Ben Duran. Minis.
Notes. Duran
Cherke san Duran.
Am. - uned

O. MEJOR DICHO: SI SE ESCRIBE UN DIARIO DEL VIAJE
 EN TRES IDIOMAS, SE NECESITARÁN
 TRES TRADUCTORES PARA ENTENDERLO
 Y ALGO DE VALOR PARA PARTIR.



Am. - uned
Am. - uned
Am. - uned
Am. - uned



EDALUS PRESS
 Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

— Solo quiero haceros una pregunta: ¿dónde diantres habéis encontrado este diario?

Los chicos estaban repartidos entre los cojines y el viejo sofá desfondado, mientras que el profesor Galippi se había sentado delante de los ordenadores.

—Y la segunda es: ¿incendias media selva amazónica cada vez que enciendes todas estas pantallas, muchacho? No te creas que tener un huerto sobre el techo te autoriza a consumir la energía de un pueblo entero, ¿sabes? ¿Y para qué diantres necesitas tres ordenadores? ¿Es que eres duro de entendederas? —Luego masculló—: Pero qué más da. Qué más da. Yo no he venido a hablar de eso. ¡Sino de esto! —exclamó, poniendo delante suyo el diario de Ulysses Moore.

—¿Ha logrado entender algo, prof... quiero decir, señor Galippi? —le preguntó Murray.

—¿Quieres saber una cosa...?

—Murray.

—¿Quieres saber una cosa, Murray? Quizá sea mejor que me llames «profesor» en lugar de «señor Galippi». Tengo la impresión de ser una marca de detergente. O mejor aún: llámame Tony y sanseacabó.

Connor se rió. Aquel hombrecillo flaco y algo encorvado, vestido a mitad de camino entre un fontanero y un pescador, le caía muy bien.

—De todas formas, sí: he logrado entenderlo. Y precisamente por eso he venido a preguntaros dónde lo habéis encontrado.

A los chicos les resultó natural contárselo todo, incluyendo los mensajes en clave y los tres cubos contenidos uno dentro del otro.

—Exactamente como me imaginaba... —murmuró él.

—¿Qué es ese diario, profesor? —le preguntó entonces Connor.

—Es la fantástica obra de un erudito excepcional... —respondió con énfasis Tony Galippi—. Que domina todos los matices del género fantástico como pocos que conozco... —E inmediatamente después añadió, bajando la voz—: Tampoco es que conozca a muchos, ya que prefiero escribir yo mismo mis novelas en lugar de leer las de los demás... ¡Pero! —prosiguió—, este diario plurilingüe cuenta la historia de un grupo de muchachos que podrían tener vuestra edad que viven en un maravilloso pueblo de Cornualles, ese Kilmore Cove que también mencionan vuestros mensajes y que sin embargo parece esconder un terrible secreto que ellos intentan desesperadamente ocultar a los adultos. El secreto consiste en una serie de entradas prodigiosas llamadas Puertas del Tiempo... Aunque no tienen nada que ver con el tiempo.

Habla de sus creadores y de por qué las fabricaron en la Antigüedad, pero también de una Puerta del Tiempo, la primera y la única, que se encuentra en la tapia más antigua de una villa situada en lo alto de un acantilado. Y escondido en el acantilado debería hallarse... ¡EL BARCO! Naturalmente. El mismo barco del que me acabáis de hablar.

—¿En el acantilado? Pero ¿cómo es posible? —preguntó Murray, sin aliento.

—Con calma, muchacho. ¡Con calma! En primer lugar, el pueblo: Kilmore Cove. Un lugar agradable y encantador en el que los ciudadanos custodian un secreto difícil de creer: puertas que conducen a lugares lejanos y remotos. Lugares que pertenecen al mito y a la leyenda..., lugares imaginarios. Pero las puertas existen, como vosotros y como yo. Y contando cómo las ha cruzado en repetidas ocasiones, el autor del diario se convierte de repente en un hombre culto y erudito que cita los mitos de El Dorado y de Nueva Thule, de la Atlántida y del jardín del Preste Juan como si los hubiese visitado en persona... —Y entonces Galippi comentó en voz más baja—: ¡Lo cual, naturalmente, no es posible porque esos lugares no existen! —El profesor Galippi dio vueltas al cuaderno entre las manos, perplejo, y prosiguió—: Hay fragmentos que hablan de la ciudad de bronce de *Las mil y una noches* (el cuento quinientos cincuenta y seis) como si hubiese estado allí tomando un té. Y el modo como lo describe todo es endemoniadamente...

—Real —dijo Mina en su lugar.

—Exactamente —añadió el profesor con voz atronadora—. Vivo, real, al alcance de la mano. Pero ese es precisamente, ya se sabe, el arte de un buen novelista. Contar lo que no existe como si existiese de verdad. —Y añadió inmediatamente después bajando la voz—: ¡No como el autor de *Beowulf*, que no se lo cree ni él!

Mina se echó a reír divertida, pensando que le gustaría tener un profesor así. Cuando se apasionaba con lo que explicaba parecía como si los arrastrase con él.

—El autor del diario cuenta cómo descubrió poco a poco todas esas maravillas gracias a algunos amigos del lugar... —volvió a decir Galippi—. Y cuando por fin abre la Puerta del Tiempo de su casa, la villa del acantilado, encuentra otras maravillas: túneles subterráneos que penetran en la roca, y allí, como os decía, en una gruta marina protegida de miradas indiscretas...

—Está la *Metis* —murmuró Mina.

—¡La nave! —exclamó Tony Galippi—. Un barco muy antiguo, tallado con madera de los robles de Helesponto, la misma con la que se construyó

otro barco mucho más famoso: el barco de los argonautas, el *Argo*, el barco que podía hablar... Y no es una casualidad que la villa en la que ahora vive Ulysses Moore, en lo alto del acantilado, tenga el mismo nombre: Villa Argo... —Galippi tenía los ojos desorbitados y los muchachos estaban completamente extasiados—. ¡*Metis*, la prodigiosa! —continuó diciendo el profesor—. Un barco que parece poder viajar solo, el único que sabe recorrer la misteriosa corriente marina que el autor llama... la corriente Azul.

—¿La corriente Azul? —preguntó Connor.

—Exactamente, ¡la corriente Azul! —tronó el profesor Galippi—. La *Metis* la encuentra y la sigue, emprendiendo de esa forma el rumbo hacia lugares donde otros barcos no pueden llegar: puertos imaginarios que han desaparecido de los mapas normales para proteger así su existencia. Lugares de Sueño, Tabernas Encantadas y Puertos Oscuros donde las fantasías se vuelven terribles y amenazadoras. Estos son los puertos de la corriente Azul, y están comunicados entre sí por el agua o por la imaginación de los navegantes. Pero sin una nave como la *Metis* o sin las Puertas del Tiempo de Kilmore Cove, son inalcanzables. Solamente existen en las páginas de los libros. Y fijaos en lo que dice Ulysses Moore: el viaje por los Puertos Imaginarios no es fácil. Es necesario... es necesario...

Y entonces el profesor Galippi, buscando una determinada página del diario, tomó aliento y leyó con entusiasmo:

Es necesario usar como mapa un libro que rebose fantasía, y un capitán valiente tiene que llevar el timón. Y para que su valor no desfallezca, se aconseja que al menos dos personas vayan con él. Solo así la Metis emprenderá la travesía sin temor, invocará al Viento de la Fantasía para que sople en sus velas, y su quilla seguirá la corriente Azul... en el gran mar que todo separa. Y al final... al final...

El profesor paró de golpe de recitar su traducción, y se encontró de pie en medio de la habitación, con los brazos abiertos. Sonrió débilmente a su público y después dejó caer los brazos.

—Al final... la parte de diario que he logrado traducir acaba. De golpe. Y vuestro autor se entristece, como si hubiese pasado algo irreparable, a su país y al barco. Como si todo hubiese sido destruido. Concluye brevemente sus apuntes. La imaginación se atenúa, se bajan las luces, se aplacan las olas y... todo desaparece rápidamente entre las páginas. Y se convierte en literatura. Así que me callo, muchachos. Gracias por la historia que me habéis regalado.

Un largo silencio invadió el *Ítaca*. Mina se dio cuenta de que tenía los ojos brillantes, y hasta los Brady habían enmudecido.

Murray sorbió por la nariz.

—Pero no es un cuento, profesor —dijo—. No es literatura como usted dice.

—Ha pasado de verdad —reafirmó Mina.

—¡Ah! ¡La fantasía de los jóvenes...! ¡Qué prodigio!

—No, profesor —murmuró Murray—. Creemos que ha sucedido de verdad.

—Lo creemos —reafirmó Mina.

—Como lo creyó Larry —dijo Connor.

—Él se marchó —dijo Shane.

—Y quizá también nosotros podamos hacerlo —siguió cavilando Murray.

—Y quizá llevarlo de nuevo a casa —añadió Mina.

—Si seguís así, incluso podríais invitarme a ir con vosotros —bromeó el profesor Galippi.

—Creo que deberíamos hacerlo, profesor —musitó Murray—. Y creo también que nos ha pasado algo excepcional. La *Metis* está ahí fuera. Quiere zarpar. Sea verdad o no lo que hay escrito en el diario y lo que nuestro amigo desconocido ha escondido en el cubo de los secretos... no deberíamos dejar que se nos escape. ¿Kilmore Cove? No está en los mapas, pero quizá... la corriente Azul... Tal vez no resulte tan difícil encontrar un libro rebosante de fantasía, un capitán valiente y una tripulación para intentarlo, ¿no cree?

—¿Para ir adónde, muchacho? ¿Para ir adónde? —preguntó el viejo profesor.

—A la corriente Azul —respondió Murray poniéndose de pie—. Hasta Kilmore Cove.

—¿A mi edad? ¿A vuestra edad? —protestó Galippi—. Para mí es demasiado tarde y para vosotros demasiado pronto...

Entonces Shane se levantó de los cojines y se puso al lado de su inseparable amigo.

—Yo voy contigo —dijo.

—¿Y quién se lo dice a vuestros padres? ¿Y cuánto va a durar el viaje según vosotros? —insistió el profesor.

Entonces llegó el turno de Mina:

—Mis padres ni siquiera se darían cuenta. Durara lo que durase.

—¿Y usted, muchacho del huerto? —preguntó el profesor Galippi—. Usted que debería ser el más responsable de todos, ¿qué opina?

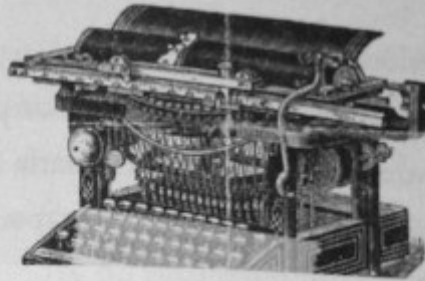
Connor soltó una risita nerviosa, pero también se levantó.

—Con todo lo que estoy trabajando para arreglar el barco, Tony, yo también quiero vivir alguna aventura.

Los hermanos Brady, por el contrario, permanecieron sentados.

—¿Habláis de aventura? —farfulló entonces el profesor Galippi, como solía hacer cuando hablaba solo—. Soy un viejo retirado caído en desgracia. Todo me lo hago yo, incluidos los libros de mi biblioteca. El problema es que me gusta estar solo. Y que, para ser sincero, no he podido soportar nunca a los muchachos demasiado seguros de sí mismos.

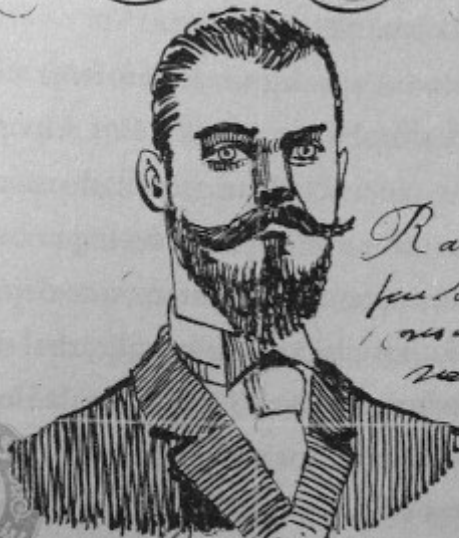
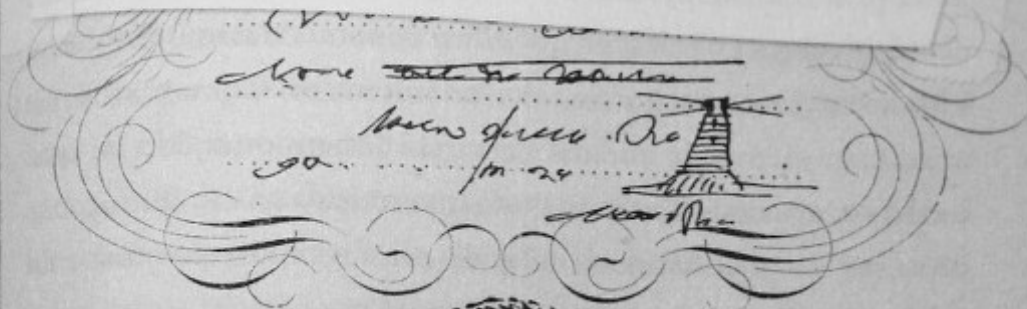
—Nunca es tarde para cambiar de idea —replicó Mina, mordaz.



CAPÍTULO 20

LA ÚLTIMA IDEA

DONDE HAY QUE ELEGIR UN LIBRO
REBOSANTE DE FANTASÍA Y SE DESCUBRE QUE NO ES FÁCIL
CONSEGUIR UNA BUENA INVITACIÓN.



*Raymond Moore
has the
most perfect
new and safe
at work*



EDAL'S PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

La decisión ya estaba tomada.

Acabarían de reparar la *Metis* y después, en lugar de llevársela río arriba y amarrarla al lado del *Ítaca*, intentarían conducirla al mar. Y hacer una escapada de un día entero.

Como si de verdad hubiesen sido un grupo de intrépidos exploradores. O de piratas, como preferían los Brady.

Consultaron un calendario y fijaron la fecha ideal para la salida. Un domingo casi al final del curso, pues esperaban que para entonces hiciera buen tiempo. Connor calculó los días que necesitaba para acabar el velaje y hacerse con los cabos.

El profesor Galippi resultó ser de gran utilidad y les indicó un decrepito almacén pakistaní que Mina conocía de nombre. A cambio de media tarde ajustándoles el ordenador, Connor se llevó unos cien metros de cuerdas de varias dimensiones con las que estaba seguro de poder izar la vela que todavía tenían que acabar de coser: un pachtwork de telas de colores unidas por una sola palabra escrita con brea negra: «Valor.»

Cuando lo llevaron a la laguna, el profesor Galippi se quedó completamente deslumbrado por la *Metis*. Un poco menos del modo en que los chicos habían intentado ocultar el camino. Y, una vez más, resultó ser indispensable: trajo consigo una buena parte de sus herramientas de carpintero, que dejó en la tienda de Connor, y enseñó a los chicos cómo utilizarlas. «Metro», «Lápiz», «Compás para madera», «Nivel», «Cuchillo de dos mangos», «Escofina», «Garlopa», «Serrucho» y «Argallera» se convirtieron en pocos días en palabras comunes, y en el pequeño astillero improvisado se serraba, se cepillaba y se pulía sin parar. Después el profesor se ocupó de la cocina. Sin obligarlos a renunciar a los bollos del súper, procedió en primer lugar a instalar un fogón maorí: un agujero excavado en el suelo, cubierto con piedras lisas, en el que empezó a cocinar sopas de verdura y a hacer carne a la parrilla. Los bollos desaparecieron en un par de días y el trabajo en la laguna fue todavía más agradable.

El día de la botadura se acercaba con una rapidez que quitaba el hipo, y los chicos no pararon ni un momento. Lograron también que nadie se enterase de su secreto. Cuando cualquiera de ellos llegaba al campamento, podía consultar la lista de tareas, protegida por una funda de plástico por si llovía, que colgaba de un árbol; y a quién estaban asignadas. Así sabían enseguida cuáles eran las obligaciones de cada uno.

La *Metis* los recibía, misteriosa y paciente, y se dejaba cuidar. La vela crecía y se fortalecía, el casco estaba cada día más brillante y los largos remos

se encontraban cómodos en sus chumaceras. Gracias a la fragua que el profesor Galippi construyó en el campamento y al yunque que Shane transportó a hombros desde el ferrocarril, lograron perfilar tres aros de hierro de precisión con los que reforzaron el palo mayor.

Ampliaron el camarote del capitán para que cupiesen tres grandes colchones de lana reciclada, que Galippi puso a hervir y desinfectó ante ellos. Luego pasaron a acondicionar la bodega.

La de la *Metis* era como una baja y larga panza vacía, llena de agujeros. Lo primero que hizo Connor fue arreglar las vías de agua y después, gracias a los conocimientos de carpintería del profesor, realizó una serie de tabiques encajados y varias pequeñas despensas. Con un ingenioso sistema de espejos, iluminaron hasta el rincón más oscuro, evitando tener que usar las velas.

Durante esos febriles preparativos y entre las mil y una actividades del campamento, cada uno de ellos descubrió que tenía al menos un motivo para querer zarpar.

A Murray le emocionaba la idea de que la *Metis* fuese realmente la nave mágica que se había imaginado que era desde el primer día en que había sentido su llamada. Y aunque no se esperaba que, una vez en mar abierto, siguiera esa misteriosa corriente Azul, en lo más hondo de su corazón tampoco lograba dejar de creérselo.

Su optimismo aventurero también había contagiado a Shane, que, desde que había subido al puente solo, hablaba del viaje cada vez más inminente como si fuera un viejo lobo de mar.

Un día, dándose cuenta de que Murray continuaba desplazándose por la ciudad a pie, le confió que sabía dónde encontrar las llaves del depósito de bicicletas.

—Allí no hay nunca nadie, y ni saben las que han requisado. Si quieres, una noche podríamos ir a rescatar la tuya.

Pero Murray le respondió que no importaba. Y luego, para que Mina lo oyese, añadió:

—He hecho una estupidez, pero quiero portarme bien hasta el último día de la confiscación.

Aunque el último día fuera el lunes después de la salida.

Cuando le oía quejarse por su bici, Mina sonreía, porque sabía que Murray le estaba pidiendo perdón a su manera. Al principio, la idea del viaje la había sobrecogido, porque salir a navegar con una tripulación de chiquillos y un profesor algo chiflado no le parecía muy acertada. Pero cuando, diez días antes de partir, su padre se había presentado en casa dando la noticia de que

había recibido una propuesta de trabajo en Palo Alto, California, donde iban a trasladarse, Mina se había precipitado a la laguna pidiendo a sus amigos que emprendieran el viaje lo antes posible.

—¡Antes del domingo! ¡Si no, no podré ir con vosotros!

Y el terror de no llegar a navegar todos juntos en la *Metis* fue tan grande que redoblaron los esfuerzos para conseguirlo.

Cinco días antes de la partida, el profesor Galippi se presentó en la laguna arrastrando un carrito lleno de trastos: limones, macetas, tres cajas llenas de libros, un cochecito rojo y otro azul, una foto enmarcada de su mujer y gran parte de sus herramientas.

—Me han desahuciado, esta vez de verdad —admitió cándidamente—. Y la semana que viene derribarán el edificio.

No añadió nada más, y desde entonces durmió en el bosque, al lado del barco. Murray y Shane lo ayudaron a trasladar algunas pocas cosas más del gigantesco edificio que había transformado en su reino con cero impacto ambiental, así que los mejores muebles del profesor: las butacas de retales, las estanterías y la lámpara de cucharillas de café, fueron colocados en la *Metis*.

Los únicos que participaban cada vez menos en las operaciones de restauración de la *Metis* eran los hermanos Brady. A medida que se acercaba la fecha establecida para la partida, más se convencían de que no era una buena idea. Empezaron a dejarse ver muy de cuando en cuando, y poco a poco Connor y los demás se hicieron cargo de su trabajo sin contar ya con ellos. Nadie se preguntó qué había sucedido o por qué los Brady habían decidido abandonarlo todo de golpe, pero era como si, agotado el entusiasmo inicial de la novedad, ya no encontraran divertido trabajar en serio durante tantos días y después zarpar.

—No todo se consigue al momento y sin esfuerzo —sentenció Shane, zanjando la cuestión.

El tiempo, durante los últimos días de reparaciones, pasó muy deprisa.

Connor soltó las amarras del *Ítaca* y lo llevó, con algunos apuros y muchas precauciones, hasta el lugar en que podría enganchar la *Metis* para remolcarla hasta mar abierto. Le costó dos días encontrar el camino justo entre los bajíos, pero al final ataron la popa del *Ítaca* a la de la *Metis*, y cuando los cabos se tensaron, Connor se dio cuenta por primera vez de que iban a conseguir de verdad sacar el barco de allí.

Aunque aún estaba medio encallado en tierra firme, el profesor Galippi lo bautizó con una botella de champán que estalló con un fragoroso estampido.

Todos aplaudieron con entusiasmo. Miraron el barco abrazándose entre ellos, felices como nunca lo habían sido en toda su vida, y la *Metis* se inclinó suavemente en la ciénaga, como si les diese las gracias.

Al día siguiente, al final de la clase, los chicos se saludaron por última vez antes del viaje.

Cuando algún compañero les preguntaba qué harían durante el verano, Mina y Murray respondieron al unísono:

—Vamos a la playa.

Y después se despidieron.

La habitación de Mina era la más pequeña de la casa. Pero era solo suya. Había insistido tozudamente para no compartirla con sus hermanos, que eran absolutamente insoportables y ocupaban una mucho más grande. Era mil veces mejor tener un cuarto propio, por pequeño que fuese, que compartir una habitación enorme con ellos.

El cuartito tenía a duras penas la profundidad necesaria para que en el suelo cupiese un colchón, y un par de veces su anchura. La ropa de Mina estaba apilada en estanterías clavadas en la pared, sobre su cabeza, y la que no le cabía estaba en el armario de su madre. La puerta se podía cerrar con llave.

Del resto de la casa llegaban ruidos atenuados. Mina estaba tumbada en el colchón, con los pies apoyados en la pared, dando vueltas entre las manos al último cubo de Huxley y preguntándose por enésima vez si también era una caja mágica o no.

Faltaban dos días para la partida.

La noche transcurría ligera, y poco a poco las luces de los vecinos se fueron apagando una detrás de otra. Mina, que dormía siempre con la ventana abierta, se tranquilizó. Apareció en el cielo una luna tenue, como la que en sus fantasías iluminaba el cielo de las historias de su libro preferido, *Las mil y una noches*, que leía a escondidas, pues su padre no lo consideraba adecuado para los niños.^[6]

«Pero quizá para las niñas sí», pensó Mina cuando escondió el libro debajo de una tabla del suelo de su habitación. Sin duda sus padres no podían sospechar que hubiese un escondrijo secreto en un cuarto tan pequeño.

—Como tampoco nadie podría imaginar que haya uno dentro de este cubo tan pequeño... —murmuró Mina mientras continuaba dándole vueltas entre las manos.

Lo que sí parecía seguro era que *Las mil y una noches* era un libro que rebosaba fantasía, se dijo para sus adentros. Uno de esos libros a los que había que rendirse, dejarse llevar a lugares muy lejanos. Donde incluso podías estar incómodo o atemorizado, pero, en resumidas cuentas, feliz de haberte dejado arrastrar.

De viaje entre las páginas.

Transportada por la corriente Azul.

Una luna resplandeciente subió al cielo y se balanceó desde allí. Mina, en su habitación, estaba desvelada.

El cubo le bailaba de una mano a la otra.

—Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis... —decían los números de las caras. No tenían nada de raro. Estaban colocados como en los dados: el uno, opuesto al seis. El dos, al cinco. El tres, al cuatro.

De manera que siempre sumasen siete.

Como los días de la semana.

Como los cielos de los planetas según decían los antiguos astrónomos.

Como los siete chakras del cuerpo humano.

—Muladhara, Svadishthana, Manipura, Anahata, Vishuddha, Ajna, Sahasrara... —repitió Mina, que se los había aprendido de memoria cuando era pequeña.

Y al final, a fuerza de probar una y otra vez, de apretar y manosear, por la cara del cubo que tenía el seis, se levantó una tirita de madera. Mina la examinó durante largo rato, con el temor de haberlo roto. Pero cuanto más la miraba, más se convencía de que la tirita de madera no estaba rota, sino que se había salido de su sitio.

Así que lo intentó de nuevo varias veces, y entonces se movió otra tirita y se encajó con la que se había desplazado antes. Luego, un pequeño rectángulo. Un cuadrado. Y otro.

Poco a poco, desplazándose como piezas de un antiguo rompecabezas, las caras del cubo dejaron a la vista una pequeña abertura. Mina sacudió el cubo un par de veces, y de la abertura cayó sobre su cama una notita doblada.

«El último mensaje de Larry Huxley», pensó antes de abrirlo.

El más secreto de todos.

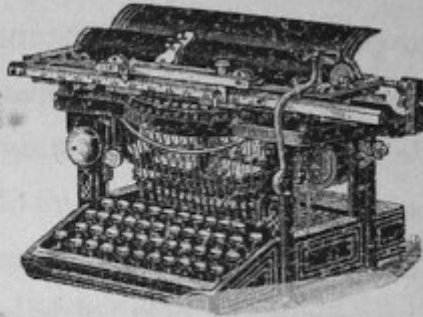
Hola:

Si estás leyendo esta nota, significa que eres como yo. Así que te advierto: para llegar a Kilmore Cove tendrás que vencer dos pruebas. La primera es la Barrera de las Ballenas Jorobadas, y es la prueba del

Equilibrio. La segunda es la Isla Flotante, y es la prueba de la Fantasía. Yo las he pasado y ahora estoy aquí. Te escribo desde Kilmore Cove. Es un lugar maravilloso. El lugar que tú también has soñado siempre.

No esperes más.

Ven conmigo.

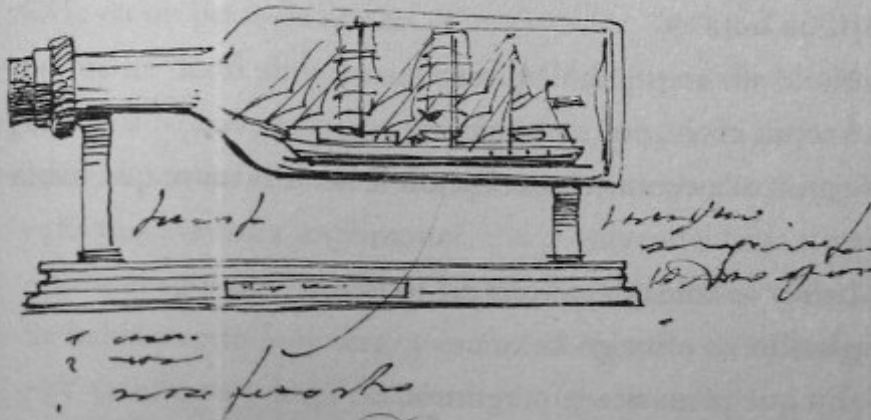


CAPÍTULO 21

LA NOCHE ANTERIOR

...me. ... me.
... a ...
... de ... del ...
... a ...

O, MEJOR DICHO: SE CORROBORA QUE LOS PIRATAS TAMBIÉN TIENEN QUE PEDIR PERMISO. Y QUE, CUANDO UNO SE RESIGNA, LOS SECRETOS SE DESVANECEN.



DE DALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

No. 2114

—¿**Q**ué pasa, Murray? —le preguntó su madre restregándose los ojos. Había aparecido en la puerta de su habitación, pálida y agotada —. ¿Quién ha llamado por teléfono?

Murray colgó e intentó dominar los latidos de su corazón.

Era Mina, que, desafiando las normas de la buena educación, lo había llamado para leerle inmediatamente el mensaje de Larry Huxley, murmurando desde el pasillo de su casa.

—No lo sé, mamá —respondió—. Era una broma.

Su madre sacudió la cabeza con los ojos cerrados.

—¡A estas horas de la noche! Una broma sin ninguna gracia.

Murray se había quedado como paralizado.

«Para llegar a Kilmore Cove tendrás que vencer dos pruebas.»

«Estoy aquí... Ven conmigo.»

—¿Murray?

Se sobresaltó. Dijo lo primero que le pasó por la cabeza.

—¿Te apetece una taza de té?

Su madre se apoyó a la pared y bostezó.

—¿Qué hora es?

—No lo sé —respondió Murray.

—Acepto el té, ¿por qué no?

Bajaron a la cocina. Encendieron la luz más suave que había y pusieron agua a hervir.

Murray se había desvelado del todo.

Su madre se restregó la cara.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—Oh, en nada —mintió. Cogió dos bolsitas perfumadas de la estantería y las puso dentro de las tazas—. ¿Galletas?

—Vamos..., desembucha.

—Estaba pensando en algo imposible —respondió él—. Algo que sería maravilloso si no fuese imposible.

—¿Yo no puedo saberlo?

El hervidor pitó y Murray vertió el agua caliente. Se sentaron en los dos extremos de la mesa, esperando que el té se mezclara con el agua.

—Me gustaría ir de viaje.

—¿Y a quién no?

—Hablo en serio, mamá. Me gustaría ir de viaje. Vivir una aventura. Una gran aventura con mis amigos.

Su madre bebió unos sorbos de té, apretando la taza entre las manos para calentarlas.

—Es difícil decir que no a una gran aventura con los amigos.

—Yo también lo creo, pero...

—Pero ¿qué?

—Me da un poco de miedo.

Su madre dudó unos instantes antes de responderle. No estaba segura de si Murray se estaba inventando una historia de las suyas o si, por el contrario, hablaba completamente en serio.

—¿Es una aventura importante?

—¡Oh, sí! —admitió Murray—. La más importante de todas.

Se había puesto muy serio y estaba intentando decirle algo.

—¿Y cuánto va a durar esa aventura importante?

—Solo un domingo —respondió Murray.

—¿Un domingo de aventura?

—Será suficiente para saber si ese niño dice la verdad o no.

—¿Qué niño?

—El niño que ha salido antes que nosotros. Se llama Larry.

—¿Es amigo tuyo?

—No, no. Es islandés.

—Está muy lejos de aquí.

—Sí. Por eso nos gustaría que volviese a casa.

—Larry es un nombre muy bonito —murmuró su madre—. Y ayudarlo a volver a casa creo que es una aventura por una buena causa.

—Yo también lo creo —dijo Murray. Y bebió un buen trago de té.

—Sí —consideró su madre—. Es una buena acción. Pero no tendrás intención de ir hasta Islandia, ¿verdad? —le preguntó antes de levantarse de la mesa.

—¡No! Claro que no.

Su madre sonrió.

—Y el domingo me darás un beso de despedida antes de salir, ¿verdad?

—Claro que me despediré de ti. Pero... —Murray dudó—. Quisiera irme muy pronto.

—Lo comprendo —murmuró su madre—. Para volver pronto hay que salir pronto. Y... cuando vuelvas a casa por la tarde, sano y salvo... con todos tus amigos... y Larry..., ¿me contarás tu aventura?

Murray sonrió.

—Te lo prometo.

Su madre suspiró. Cuando ponía aquella cara de elfo, su hijo era irresistible. Era la misma expresión de pillo que había hecho que se enamorase de su padre.

Estaba a punto de darle más consejos cuando una voz interior le recordó que no tenía que mostrarse aprensiva. Debía enseñarle a ser valiente y libre, a pensar por sí mismo.

—Estoy muy contenta de esa aventura, Murray... —le dijo a pesar de lo mucho que le costó hacerlo—. Y todavía más de que me lo hayas contado. Tienes permiso para ir... con una sola condición. Bueno, mejor dicho, con dos.

Murray bufó, preocupado.

—La primera es que te portes bien. No hay nada mejor que un héroe con buenos modales.

—¿Y la segunda?

—Que te vayas a la cama inmediatamente.

Murray aceptó las dos condiciones y, aliviado por haber sido sincero con su madre, se entretuvo un rato ordenando la cocina. Pero estaba preocupado.

Enjuagó las tazas en el fregadero y subió las escaleras a paso ligero. A través del cristal de la puerta de entrada se filtraba una plateada luz lunar.

Pasó por delante de la habitación de su madre y le pareció que se había vuelto a dormir de golpe. Murray, sin embargo, se sobrecogió.

Lentamente, con cuidado de no hacer ni el más mínimo ruido, subió otro tramo de escaleras.

La puerta del cuarto de la buhardilla estaba entreabierta, como si lo estuviese esperando.

Los misteriosos muebles de la habitación estaban bañados por la luz de la luna, que hacía bailar en el aire minúsculas criaturas de polvo. El perfume de los pétalos secos del cuenco era poco menos que embriagador.

Todo estaba como siempre había estado: los viejos muebles, las cortinas desgastadas, el escritorio. Pero esa vez faltaba la sensación de haber interrumpido algo irrepetible, y la sensación desagradable que Murray sentía cada vez que se asomaba allí. Por el contrario, el cuarto parecía que casi le invitara a entrar, como si esa vez fuese él aquel misterioso invitado que usaría el escritorio.

Murray no opuso ninguna resistencia a la atracción de la luna. Con el vello erizado por la inquietud, se sentó delante del escritorio y, sin saber

cómo, se encontró entre las manos una pluma y una hoja de papel.

Se sentó y empezó a escribir: «Querida mamá, no te preocupes por mí...».

Quizá quería escribir una nota de despedida, o quizá otra cosa. No lo sabía exactamente. Pero, después de unas pocas palabras, la pluma, una vieja estilográfica, manchó la hoja de tinta.

Entonces Murray alargó la mano hacia los cajones del escritorio para buscar otra y, por pura casualidad, metió los dedos por una hendidura secreta que nunca había notado y que parecía hecha adrede para sus dedos.

Los empujó hasta el fondo y apretó. Se accionó un viejo mecanismo.

Tac.

Y Murray se encontró entre las manos un pequeño cajón. Abrió los ojos desorbitadamente. ¿Era el cajón del que hablaba el señor Fanny?

—Existía de verdad... —murmuró Murray, bañado por la luz de la luna—. Papá, tenías razón. No te burlabas de mí.

Algo cálido, agradable y protector se le propagó por la sangre. Después de su madre, sintió de golpe también a su padre mucho más cercano de lo que lo había sentido en los últimos meses.

El cajón secreto contenía un objeto brillante. Murray lo cogió y le dio vueltas entre las manos como en un sueño.

Era una pequeña brújula dorada, del tamaño del pomo de una puerta.

«Estoy aquí. Te estoy esperando», parecía decirle la aguja puntiaguda de la brújula.

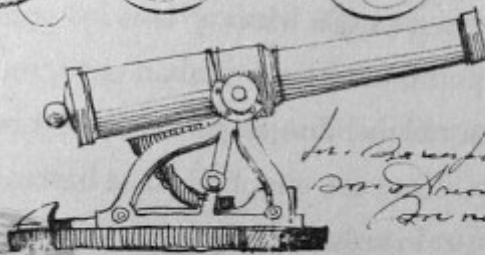
«Ven. Este es el camino.»



CAPÍTULO 22

SÁBADO

*Amor de Quetzalcoatl
 Acah Quezacoatl
 as [illegible] [illegible]
 Elsa, mi amor*



*Los [illegible]
 [illegible]
 [illegible]*

DONDE SE APRENDEN LAS REGLAS QUE HAY QUE RESPETAR
 ANTES DE UN VIAJE IMPORTANTE: DESPEDIRSE DE TODOS,
 AUNQUE A ALGUIEN LE QUEDE, POR SU CULPA, MAL SABOR DE BOCA.

THE MEDALUS PRESS
 Printing-Machines, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

No. 2111.

— **H**ola, hijo —lo saludó el hombre con uniforme de presidiario, sentándose al otro lado de la mesa de visitas. Estaba pálido, ojeroso y demacrado, y llevaba el pelo muy corto—. ¡Qué sorpresa! ¿Has venido solo? ¿No ha venido mamá contigo?

—Hola, papá —respondió Murray. Tenía las manos encima de la mesa, a la vista, como le habían ordenado—. No, he venido solo.

Paddy le preguntó al policía si podía dejarlos solos cinco minutos.

—Cinco minutos —le concedió.

En cuanto salió, Paddy abrazó muy fuerte a Murray y le dio un beso en cada mejilla. Después recobró la compostura, le cogió las manos y le dijo:

—No deberías hacer estas cosas, ¿sabes? ¿Y el colegio? ¿Qué día es hoy? ¿No deberías estar en el colegio? ¿O tenéis ya vacaciones?

—Quería verte —respondió Murray con los ojos llenos de lágrimas. Los de su padre también brillaban tenuemente.

—Has hecho muy bien —dijo su padre, en voz baja. Tragó con dificultad—. Bueno. ¿Qué me cuentas? Hace bastante tiempo que no nos vemos. Creía... —volvió a tragar— que no ibas a volver.

—Estaba enfadado —dijo Murray—. Pero ya se me ha pasado.

—¿Estabas enfadado conmigo?

—No —respondió el muchacho—. Estaba enfadado conmigo mismo.

Paddy intentó tranquilizarse y después observó:

—Siempre resulta muy difícil dejar de estar enfadado con uno mismo.

—He encontrado el cajón secreto... —dijo Murray.

Su padre no comprendió a qué se refería.

—¿Qué?

—El de nuestro escritorio. Lo había dicho el señor Fanny, ¿te acuerdas?

—¡Ah, sí, claro! —respondió el hombre, abatido por aquel recuerdo de su vida normal—. ¡Has encontrado el cajón secreto! Y —se rió, nervioso— ¿qué había dentro?

—Una brújula.

—¿Una brújula? ¿Quién habrá dejado una brújula allí? ¿Un explorador?

—Yo he pensado lo mismo —respondió Murray.

Se la enseñó. Paddy le dio vueltas en las manos.

—Es muy bonita. Además, parece un objeto de valor.

Murray estaba a punto de decir algo, pero su padre se le adelantó.

—Guárdatela. Guárdatela y ten cuidado, en este lugar no acabaría bien.

Murray se escondió inmediatamente la brújula en el bolsillo.

—¿Qué tal estás? —preguntó a su padre.

—Cuento los días —respondió él—. Antes o después, esto acabará. Y entonces ya verás... todo se arreglará. ¿Y tú, hijo? Cuéntame cosas de ti, por favor. Mamá me dijo que en el curso pasado sacaste unas notas magníficas. Que fuiste uno de los primeros de la clase.

—Me gusta escribir cuentos —dijo Murray. Y luego añadió—: En clase, en vez de escuchar, prefiero escribir cuentos.

—¡Ah! Oh... —dijo su padre—. Pero... entonces... de esa manera... no...

—El profesor dice que escribo bien. Aunque no ha leído los cuentos. Dice que tengo un cierto talento como escritor, aunque sea muy joven.

La preocupación desapareció de la cara de Paddy.

—Me estabas preocupando. Y... ¿qué clase de cuentos escribes?

—Historias que me invento. Con monstruos. Y... tesoros. Me gustan mucho los tesoros y las aventuras que se viven para llegar hasta ellos.

Su padre sonrió.

—La aventura es la mejor parte.

—Mañana voy a vivir una aventura —dijo Murray algo cohibido.

—¿De veras? ¿Qué clase de aventura?

—Vamos a hacer un viajecito por mar.

—¿En un bote neumático?

—Pues no exactamente... —respondió Murray—. Es... bueno... es un pelín más grande, una especie de remolcador.

—Entonces es una aventura de verdad... —comentó su padre—. Quizá puedas aprovecharla para tus cuentos.

—Te los he traído —dijo Murray, con un hilo de voz y ruborizándose mucho. Sacó de su mochila un rimerero de hojas y lo puso sobre la mesa—. Pero te advierto que tengo mala letra... y..., bueno, no son obras maestras. Pero... he pensado que quizá te gustaría... leerlos... si tienes algo de tiempo. ¿Sabes?, hay muchas cosas que también hablan... de nosotros y...

Se le quebró la voz.

Sin embargo sonrió cuando se dio cuenta de que su padre también se había conmovido hasta las lágrimas.

Fue entonces cuando el oficial de prisiones volvió a entrar.

Paddy cogió los cuentos y los apretó contra su pecho.

Le dijo una palabra, sin hablar.

—Yo también, papá —respondió Murray.

Y Paddy se quedó allí sentado, en la habitación, temblando, hasta que Murray desapareció.

Aquella mañana el profesor Clark se dio cuenta de que en el buzón había un sobre amarillo.

No esperaba ningún sobre amarillo.

Lo sopesó con la mirada, vio su nombre escrito en el sobre y que el remite era de Tony Galippi. Lo abrió, intrigado. Contenía un libro y un mensaje en papel reciclado.

Querido Jef:

Quiero darte las gracias por lo que has hecho. Creo que gracias a ti ahora tengo de nuevo un motivo para vivir. Siempre pensé que solo eras un viejo fanfarrón, pero está claro que me equivocaba. Así pues, perdóname. Te mando un libro que escribí hace algunos años. Si te gusta, haz lo que quieras con él. Habla de cómo he logrado vivir serenamente todos estos años sin gastarme ni un céntimo. Y, a estas alturas, sin tener siquiera una casa.

¿Sabes una cosa?, el dinero no da la felicidad, qué cierto es.

Tu viejo compañero,

Tony

El profesor Clark miró el libro. Estaba escrito a mano por entero, en páginas blancas, y se titulaba: *El naturalista económico. Lo que hay que hacer de verdad*.

—Viejo fanfarrón... —murmuró el profesor con guasa.

Después se sentó en su escritorio, se desabrochó el botón superior de la camisa —pues ya no se ponía corbata, no la necesitaba— y empezó a leer.

—¡Hermano! ¡Hermano! —gritó uno de los Brady—. ¡Ven a ver!

El otro ni siquiera lo oyó. Se balanceaba al compás de la pantalla del ordenador, con la cabeza envuelta por unos cascos enormes.

Su hermano se los arrancó.

—¡Eh! Pero ¿estás loco? —protestó el otro—. ¡Estaba a punto de batir un récord!

—¡Te digo que vengas a ver!

—¿A ver qué?

—¡En el garaje!

—Pero ¿qué hay en el garaje?

—¿Vienes a verlo o tengo que matarte y después llevarte conmigo a rastras?

—¿Matarme de qué forma?

Bajaron las escaleras dándose empujones entre ellos. Después, el que había entrado primero en el garaje abrió de par en par la puerta y gritó:

—¡Mira!

—¡Uau! —exclamó el hermano—. ¡O sea que es verdad! ¡Papá Noel no existe! —Delante de la puerta del garaje había un montón de juegos de ordenador—. ¿Quién los ha traído? —preguntó asombrado.

—¿Tú qué crees?

—He preguntado yo primero.

—¿No los reconoces?

El gemelo que había estado jugando se acercó al montón de juegos y examinó un par.

—Parecen... los nuestros —dijo—. Bueno, los que teníamos en casa de Connor.

—Todos los juegos del *Ítaca*.

—Uau. —Luego, cada vez más perplejo, se rascó la cabeza—. Y perdona, ¿por qué los han traído aquí? Ahora ya no tendremos con qué jugar si vamos al *Ítaca*.

—¿Tu qué crees?

—¡HE PREGUNTADO YO PRIMERO!

—Pero ¿de verdad no te das cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—De por qué los han traído aquí.

Los dos hermanos se miraron.

—No —admitió el segundo—. No me entero.

—Hoy es sábado, así que mañana es domingo.

—Desde que el mundo es mundo.

—Pero mañana es «ese» domingo —insistió su hermano. Y le indicó los juegos apoyados en el suelo—. Y este es su modo de despedirse.

—¿Quieres decir que...?

—Sí, quiero decir eso, precisamente.

—¿Y cómo puedes estar seguro de lo que yo iba a decir si todavía no lo he dicho?

—Pues dilo.

Lo dijo.

Era eso.

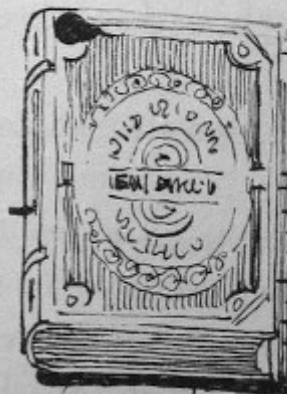


CAPÍTULO 23

LADRONES DE BICICLETAS

Handwritten text in Spanish, including a signature and a small sketch of a man's head.

O, MEJOR DICHO: NO ES TOTALMENTE CIERTO QUE LAS HORAS NOCTURNAS SEAN LAS MÁS ADECUADAS PARA COMETER FECHORÍAS, NI QUE INCLUSO LLEGANDO A LAS SIETE DE LA MAÑANA SE PUEDA LLEGAR EL ÚLTIMO.



Handwritten notes and a circular stamp that reads 'WILKES & MOORE'.

WEDGWOOD'S
DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

La noche antes de salir, cuando estuvo seguro de que su madre dormía, Murray se escabulló de su habitación con sigilo. Bajó las escaleras escalón por escalón, se paró a escuchar delante de la puerta de entrada, quitó la cadena muy despacio, abrió la puerta y la cerró con cuidado. Una vez fuera metió la llave en la cerradura y la giró lentamente. Después se puso las zapatillas y echó a correr por la acera. Los árboles de los jardines cercanos murmuraban despacio en la noche. Recorrió toda su calle hasta llegar al cruce, donde enfiló rumbo al mar.

Lejos de los conos de luz de las farolas, la noche era oscura como la tinta. Del mar iba subiendo una larga estela de niebla. Murray corrió hasta que le faltó el aliento, y después aflojó la marcha. Era puntual.

Bajó las escaleras, atajando hacia el puerto, llegó a su banco y miró a los gigantes del mar, quietos en sus posiciones. Las campanas de las boyas se balanceaban sobre las olas. Prosiguió por el camino de abajo y cogió otro, como le había dicho Shane. Dejó a sus espaldas el cuartel de la policía y llegó a una valla metálica de dos metros de altura que protegía un grupo de edificios. El depósito de las bicicletas.

Shane apareció inmediatamente después. Era una sombra arrebujaada en una cazadora enorme.

—Creía que no ibas a llegar nunca —le dijo, a pesar de que Murray llegaba con solo cinco minutos de retraso.

—He tenido que esperar a que mi madre estuviera dormida. ¿Y tú?

—Mis padres se pasan la vida durmiendo —respondió su amigo, apesadumbrado.

—No os quejéis —añadió Connor, apareciendo por detrás de Shane. Murray se sorprendió de que también hubiese ido—. No lograba conciliar el sueño en el barco —admitió el chico—. Galippi ronca como un loco.

No dijo que la idea que había tenido Murray para aquella noche era, quedándose corto, grandiosa.

Bordearon toda la valla sin hablar, hasta llegar a una cancela cerrada con un candado. Shane lo abrió con una de sus llaves misteriosas.

—Deprisa, adentro.

Murray lo miró y Shane añadió:

—Está todo tranquilo. No hay guardián ni perros. Las bicis deberían estar allí dentro, no está cerrado con llave.

Les abrió el paso hasta el edificio bajo. Tenía algunos cristales rotos y la puerta estaba entreabierta. Dentro había unas cien bicis como mínimo, todas requisadas por la policía.

—¿Habéis traído las herramientas? —preguntó Murray a sus amigos.

Shane y Connor sacaron de sus chaquetones tres alicates de hierro. Le pasaron uno.

Murray lo cogió y se acercó a la primera bici.

—Manos a la obra, entonces.

Empezaron a cortar los candados uno tras otro y, una vez sueltas, a sacar las bicis del depósito.

La niebla, cómplice de los ladrones, se espesó, transformando la poca luz de las farolas en una tenue claridad opaca.

Y la noche llegó a su fin.

A las siete de la mañana del día siguiente, domingo, Mina bajó de la bici después de haber atravesado la vía del tren. El aire era cortante y seco.

El cielo estaba estriado con nubes largas y finas, y el mar de la laguna era iridiscente, salpicado de crestas de espuma.

Empujó la bici por el camino, ya que habían decidido cargarlas a bordo, por si acaso. La emoción le hacía sentir un hormigueo en la piel. ¡Un verdadero viaje por mar! ¡Con sus amigos!

Si lograba no pensar en lo que le esperaba a la vuelta, sería completamente feliz. Pero ya hacía días que ayudaba a su madre a embalar objetos en cajas de cartón numeradas: las mismas que habían usado cuando llegaron a la ciudad, durante el primer traslado de su padre. Una vida llena de cajas de cartón... No era exactamente así como imaginaba su futuro.

Paciencia, se dijo. No iba a permitir que eso le estropease la jornada. Era el gran día. La mañana en la que finalmente iban a zarpar.

Mientras empujaba la bici por los caminos de la laguna, Mina fantaseaba. Le parecía ya percibir el olor de las costas orientales, ver palmeras perfumadas oscilando al viento, las cúspides doradas de los minaretes de las ciudades de Arabia, y todo lo que el mar representaba para ella. El profesor Galippi les había recordado que todos debían llevar consigo un libro rebotante de fantasía, y Mina no había tenido ninguna duda en su elección: había rescatado su gastado ejemplar de *Las mil y una noches* del hueco secreto del suelo de su habitación y lo había metido en la mochila, junto con una muda, un bañador, las gafas de sol, una bufanda y un gorro de lana. Quizá no era el equipo perfecto para una excursión en un barco de vela, pero no se le había ocurrido nada mejor.

Mientras se acercaba al barco, notó que ya habían apartado los matorrales de camuflaje y supuso que alguien ya había llegado.

Efectivamente, era la última. Connor estaba de pie en el *Ítaca*, cuyos motores ya resoplaban. Shane ayudaba al profesor Galippi a dismantelar la tienda del campamento.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Mina, sorprendida—. ¿Nos vamos?

Los chicos, radiantes, le dieron los buenos días y le dijeron que estaban subiendo a bordo el mayor número de cosas posible para evitar tener que cargar con ellas a la vuelta, cuando decidiesen qué hacer con la *Metis*.

Connor, como siempre, había preparado una lista y el profesor Galippi la repasaba en voz alta:

—Un cuerno de niebla, un bloc de notas Rite in the rain para poder escribir bajo la lluvia, cinco mantas de lana, un bastón largo con gancho, una escoba de ramas, un barómetro, un banderín para el viento, un estuche de viaje con todo lo necesario para escribir...^[7]

—¡Coloca la bici, Mina! —le ordenó Murray—. ¡Ponla al lado de las nuestras, que las cargamos!

Había tres bicis apoyadas en la quilla del barco. Mina reconoció la de Shane y la del profesor Galippi, pero la tercera no.

—Esta bici no es tuya... —le dijo a Murray, que estaba de pie sobre el puente del barco.

—No —respondió él, apartándose el flequillo de los ojos—. Efectivamente, no lo es. —Y le sonrió, enigmático.

Pero, antes de que Mina pudiese hacerle otra pregunta, Connor los llamó desde el puente del *Ítaca*:

—¿Ya estamos todos? ¡Ánimo! ¡Adelante, entonces!

Y aumentó las revoluciones del motor.

El cabo que unía la *Metis* al *Ítaca* se tensó y, por un instante, los dos barcos permanecieron inmóviles en el agua sucia de la laguna. El casco de la *Metis* crujió y gimió. Los motores del *Ítaca* resoplaron y al final, muy lentamente, la popa del barco vikingo empezó a deslizarse sobre el barro.

—¡Se mueve! ¡Se mueve! —gritaron los chicos, abrazados a los escálamos de los remos.

Las cañas crujió y la *Metis* se deslizó ligera por el agua baja de la laguna.

Desde el puente del *Ítaca*, Connor examinó el fondo y les hizo la señal de *okay* con la mano. Aceleró gradualmente.

Murray y Shane ocuparon los timones, uno el de babor y el otro el de estribor, y, cada vez que el *Ítaca* tomaba una curva suave entre los espejos de agua de la laguna, intentaban secundarla maniobrando hacia un lado o hacia el otro. Mina supervisaba los movimientos de Connor y les repetía las órdenes.

El profesor Galippi gozaba del viaje, como un cazador después de una larga y feliz cacería.

La laguna se abría lentamente ante sus ojos. Una manada de garzas, molestas, alzó el vuelo a contraluz. De vez en cuando se oía la quilla de la *Metis* rascando la arena del fondo, y en una ocasión temieron haberse encallado de nuevo. Pero Connor dio gas, y el viejo remolcador cumplió magníficamente con su obligación.

Salieron a mar abierto tras una hora aproximada de navegación lagunar y, cuando los bancos de arena y los cañizales se abrieron por fin ante ellos, Mina sintió el corazón rebosante de felicidad.

Connor se cambió de embarcación: apagó los motores y acercó el *Ítaca* lo suficiente para poder asir la escalera de cuerda de la *Metis* y, con un par de zancadas, saltó al puente con sus amigos. A partir de ese momento, la *Metis* iba a remolcar al *Ítaca*, que pasó a tener el papel de barco de salvamento en el caso de que encallaran de nuevo o que no lograsen pilotar el barco vikingo.

Murray y Shane le pasaron los timones a Connor, quien los aferró, manteniéndose muy firme en medio del puente.

—¡Desplegad la vela, marineros! —ordenó.

Shane alcanzó las gúmenas que mantenían sujeta la vela a lo alto del palo mayor y las soltó con un golpe seco.

El patchwork de telas de colores se abrió emitiendo el sonido de un fagot y enseguida se tensó, hinchándose al viento. Las poleas hicieron un estrépito de chatarra y la vela, con un chasquido que a Mina se le antojó un estruendo, curvó su enorme barriga de colores. Todos pudieron ver lo que Shane había escrito, «Valor», campeando en el centro de la vela.

—¡Hurra! —gritaron.

Connor maniobró el timón de babor y la *Metis* giró sobre sí misma, siguiendo el viento que la conducía directa hacia el mar.

El mar. Azul e infinito, ante ellos.

Avanzaron, lentos pero airosos.

—¡Tripulación! ¿Habéis traído los libros? —gritó entonces Murray, sacando de la mochila el que él había elegido, *Capitanes intrépidos*, de

Rudyard Kipling.

Mina elevó al cielo *Las mil y una noches*, mientras que los demás hacían lo mismo con sus libros. Connor había elegido *Tifón*, de Joseph Conrad; Shane, una selección de cuentos de Edgar Allan Poe; y el profesor Galippi, un ejemplar descatalogado de *El viejo y el mar*.

—¿Son libros que rebosan fantasía? —Fue Murray quien volvió a preguntar.

—¡Sííí! —respondieron los muchachos y el viejo profesor.

—¿Y contamos también con un capitán intrépido? —prosiguió Murray.

Todos miraron a Connor.

—¡Sííí! —respondieron al unísono—. ¡CONTAMOS CON ÉL!

—Entonces, tripulación, ¿a qué esperamos? —Murray se giró hacia el mar, levantó la brújula dorada que había encontrado en el cajón secreto del escritorio y gritó—: ¡Rumbo a la corriente Azul!

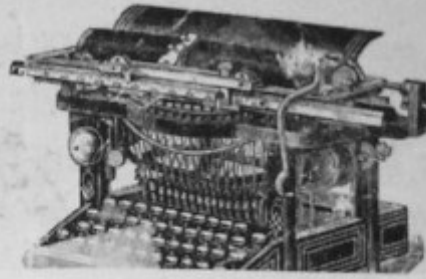
—¡Rumbo a la corriente Azul! —respondieron los demás.

Una fuerte ráfaga de viento hizo temblar el palo mayor, y la vela de colores de la *Metis* se hinchó aún más. La elegante quilla del barco se levantó sobre las olas para luego bajar, partiendo en dos las aguas del océano.

Mina sintió que se le cortaba la respiración, pero Murray fue corriendo hasta ella y la abrazó muy fuerte, sujetándola de pie entre sus brazos. El miedo se alejó, y se quedó atrás, como las boyas del puerto.

Volaban sobre las olas, libres de todo y de todos.

Eran las ocho y veintiocho del domingo por la mañana.



CAPÍTULO 24

LOS ESPECTADORES

*Por Juan de Oropel
una obra de los hermanos
de San Juan*

DONDE CINCO PERSONAS SE QUEDAN ESPERANDO
SIN SABER MUY BIEN QUÉ PENSAR Y OTRAS CINCO,
POR EL CONTRARIO, POR FIN ENTRAN EN MAR ABIERTO.



*Harvey
Binsohn
Artist*

HEDALUS PRESS

Printing-Machine, Press, Typo, Material, and Roller Manufacturers.

86-0318

—¡ **A** llí están! ¡Son ellos, mira! —exclamó uno de los hermanos Brady inclinado sobre un telescopio, uno de los muchos regalos que les habían hecho y que hasta ese momento no habían usado nunca.

—¡Déjame ver! ¡Apártate! —gritó el otro. Apoyó el ojo en el visor, lo cerró y exclamó—: Pero ¡no se ve nada!

—¡Tienes que cerrar el otro ojo!

—¡Ah! ¡Ahora sí que los veo! ¡Son ellos! ¡Es la *Metis*!

—¡Uau!

—¡Uau!

Ambos corrigieron la orientación del telescopio para seguir al barco que se deslizaba sobre las olas y, tras titubear un momento, uno de ellos preguntó al otro:

—Pero ¿por qué no hemos ido nosotros también?

—No lo sé —respondió el otro.

—A mí me parecía que tú no tenías ganas.

—¡A mí me parecía que quien no tenía ganas eras tú!

Balancearon los pies en el borde de la cama.

—¿Echamos una partida?

—¿De qué?

—No lo sé. Pero te apetece, ¿no?

Miraron la consola y el montón de juegos que la enterraba. La pantalla gigante del televisor era como una losa de cristal ardiente.

—Me parece que no —respondió el primer Brady—. ¿Y a ti?

—Me parece que a mí tampoco.

Fueron a la cocina arrastrando los pies. Después salieron afuera. Se sentían incómodos.

—A lo mejor hemos pillado la gripe, hermano.

El otro no respondió. Miraba el mar que brillaba a los pies de su casa, rodeada de vegetación. Buscaba algo que ya no lograba ver. Y no sabía por qué.

La madre de Murray bajó el volumen del televisor. Se había prometido a sí misma que iba a pasar el día sin preocuparse, y su hijo se había portado muy bien: había pasado a despedirse de ella prácticamente al amanecer, a las seis; y ya con la mochila en la espalda le había dado un beso en la frente. Listo

para la aventura, como un protagonista de dibujos animados. Luego se había marchado.

Ella había seguido la rutina diaria hasta que llamaron a la puerta. Instintivamente, se puso nerviosa.

Abrió la puerta precipitadamente, sin mirar quién era, y se encontró con un policía delante de la puerta.

—¿La señora Clarke? —le preguntó, quitándose el sombrero.

—¿Le ha pasado algo a Murray?

—¿Cómo? Oh, no, no. No exactamente, no. Pero... ¿está en casa su hijo?

—¿Se ha metido en algún lío? —insistió ella mientras intentaba arreglarse un poco el pelo con una pinza.

—No se ha metido en ningún lío, señora... —le respondió el policía sonriendo—, pero quizá sepa decirme algo acerca de... las bicicletas, vaya.

—¿Qué bicicletas?

—Bueno, alguien, ayer noche, digamos que... que entró en el depósito que la policía tiene en el puerto y robó todas las bicicletas que había... para después dejarlas en la plaza. Justo aquí, ¿lo ve?

El policía le mostró la foto de una hilera de bicis aparcadas delante del ayuntamiento, con un cartel que decía:

BICICLETAS LIBERADAS: ¡ELIJAN UNA Y A PEDALEAR! POR
AMABLE CONCESIÓN DE LA POLICÍA MUNICIPAL.

A la señora Clarke se le escapó una carcajada a pesar suyo, y el policía tampoco parecía muy enfadado.

—¿Por qué cree que mi hijo debería saber algo al respecto? —preguntó.

—Porque en el depósito han dejado una sola bicicleta... —prosiguió el policía dándole un resguardo—. La de su hijo.

La madre de Murray le echó un vistazo.

—Aquí pone que mañana puede llevársela... —dijo.

—Exacto —respondió el policía.

—Pues entonces mañana se lo podrá preguntar a él directamente, agente —respondió con una sonrisa—. Ya verá qué puntual se presenta.

Cuando aquel domingo por la mañana los llamaron para la hora de esparcimiento, el padre de Murray no quería salir. No podía dejar de leer los cuentos que había escrito su hijo. Sin embargo, no tenía intención de discutir

con los vigilantes. Se puso en fila con los demás presos fuera de la celda y se encaminó hacia el patio. Por lo menos, por encima de un trecho del muro perimetral que había que rodear para llegar hasta él, se podía divisar el mar, aunque fuese a través del alambre de espino. Aquellos instantes en que podían verlo valían su peso en oro para todos los que estaban encerrados allí dentro.

Cuando alcanzó la puerta, en su cabeza todavía retumbaban las palabras de los cuentos de Murray: leones, piratas y templos en la jungla fruto de la fantasía de su hijo. Lo reconocía en cada palabra. Y, de vez en cuando, reconocía también a su mujer. Le parecía leer la historia de su familia entre las líneas de la trama de tesoros, bandoleros y dragones. Y también comprender cuándo Murray había sido feliz y cuándo no. Era como ir en busca del tesoro, de todo lo que habían dejado atrás.

Después vio el mar. Azul y resplandeciente.

Mientras caminaba a lo largo de aquel breve trecho de muro que conducía a las escaleras que bajaban al patio, Paddy no pudo quitar los ojos de las olas más lejanas. Y, fuesen o no imaginaciones, le pareció ver un extraño barco con una vela de colores navegando en la lejanía.

Sonrió, sacudió la cabeza y, al final, cuando pasó por delante del sargento, se echó a reír.

—¿De qué te ríes, Paddy? —lo increpó este.

—De nada, sargento... —respondió Paddy, guiñándole un ojo. Se conocían desde hacía muchos años, desde antes de que uno decidiese ser policía y el otro no. Habían crecido juntos. Y luego añadió en voz baja, lleno de alegría—: Pásatelo bien, hijo.

La niebla de la noche anterior se disipó, y la mañana era fresca y ventosa.

Murray miraba fijamente el tajamar que surcaba las olas, partiéndolas en dos abanicos de espuma. Las gotas de agua le salpicaban los ojos. Un poco más atrás, Mina contaba las velas lejanas. Los cargueros parecían gigantes petrificados en el horizonte.

La *Metis* se deslizaba sobre las olas, levantándose a proa primero y a popa después. Connor, de pie, sujetaba el timón y mantenía el rumbo. Nunca hubiera pensado que pudiese ser tan fácil: la *Metis* surcaba el mar sin dificultad, como un barco joven que acaba de ser botado.

Shane no le quitaba los ojos de encima a la vela hinchada de orgullo, como él. Cada ráfaga de viento que impulsaba el barco parecía empujarle hacia delante también a él.

El profesor Galippi miraba ahora el mar, ahora los regueros de agua que, desde el puente, rezumaban fuera de las amuradas a través de los agujeritos de los imbornales. Reflexionaba acerca de una de sus teorías filosóficas, la de «dentro y fuera». Lo grande y lo pequeño. Y sonreía, sintiéndose libre.

Nadie hablaba.

Se dejaban llevar por el viento. Y, tras la arrancada inicial, fue precisamente el viento que soplaba a popa el que los empujó con decisión a mar abierto. El contorno oscuro de la ciudad se convirtió, al cabo de muy poco rato, en un trazo borroso a sus espaldas.

Las olas se hicieron poco a poco más largas y majestuosas, y la proa de la *Metis* topó contra una, salpicando todo el puente de agua. Connor lo interpretó como una señal de que iban demasiado deprisa.

—¡Achicad la vela! —ordenó—. ¡Nos dejaremos llevar por la corriente!

Shane fue el primero en ejecutar la orden. Saltó sobre el cuerpo de madera que cubría la escotilla y cogió los cabos de la vela. Con mucho esfuerzo logró enrollar un tramo, porque estaban muy tensos, pero, cuando ya estaba a mitad, el barco viró dando una fuerte sacudida. Shane voló por los aires patas arriba y la vela se abrió de nuevo con un chasquido.

—¡Shane!

—¡No es nada! —se apresuró a decir él, poniéndose de pie.

Echó una mirada torva a las sábanas y al palo mayor, y tuvo la impresión de enfrentarse a una criatura viva que no quería dejarse dominar.

Connor miró tras de sí y comprobó que el *Ítaca* seguía tranquilamente atado a popa.

—¡Mirad! —gritó entonces Murray, señalando el mar.

Parecía como si estuviese a punto de romper a hervir.

Y después, de sopetón, en la superficie del agua apareció un gigantesco fantasma gris que subía a la superficie.

—¡Es una ballena! —gritó el profesor Galippi, sujetándose a la amurada.

—¡Por aquí hay otra! —dijo Mina, sobresaltada.

—¡Aquí también! —exclamó Shane.

Connor apretó el timón, preocupado. Por estribor apareció el lomo escurridizo de la primera ballena que empezó a nadar al lado de la *Metis*. Por el lado opuesto, una segunda ballena saltó fuera del agua y los salpicó con un líquido denso y maloliente antes de volver a zambullirse. Las olas los zarandeaban de un lado al otro del puente.^[8]

—¡Sujetaos! —ordenó Connor.

—¡Yujuuu! —gritó Murray apretándose contra la proa.

La *Metis* no disminuyó la velocidad, sino todo lo contrario. Chocó contra una segunda ola aún más grande que la primera y la atravesó en medio de una nube de agua salada que los empapó de la cabeza a los pies.

Mina, Shane y Murray lanzaron gritos de entusiasmo.

Cuando la nube vaporosa se desvaneció por completo, se dieron cuenta de que aún estaban deslizándose sobre las olas en medio de las ballenas. Connor contó hasta cinco, una verdadera familia. Emitían misteriosos suspiros sibilantes y nadaban en paralelo al barco, como había oído decir que hacían los delfines algunas veces.

Sin embargo, eran mucho más grandes que los delfines, y cuando Connor las oyó chocar contra la quilla del barco se sobrecogió. Saltaban felices fuera del agua, pero también lo obligaban a corregir el rumbo constantemente, cada vez que, dándose impulso hacia delante, le cortaban el paso.

—¡SALTAAA! —gritó Mina al ver que uno de aquellos gigantes marinos estaba a punto de brincar fuera de las olas.

Connor viró a tiempo para evitar parte del roción, pero no la ola que siguió.

—¡Agarraos a los cabos! —ordenó, preocupado por que alguno de ellos pudiese acabar cayéndose por la borda.

Las ballenas lanzaban sonidos agudos y risueños, cabalgaban las olas y echaban agua del espiráculo. Connor ordenó a Murray y a Mina que ayudasen a Shane a amainar la vela, para intentar disminuir la velocidad del barco, lo cual resultó, una vez más, una empresa imposible. No se podía mantener el equilibrio en el puente. La *Metis* parecía un animal encabritado, brincaba y viraba entre las olas como si quisiera imitar los juegos de las ballenas.

Un salto muy cercano hizo que Mina resbalase a proa. Murray la sujetó por un brazo y la ayudó a aferrarse al puntal de proa junto a él, que tenía el pelo empapado y pegado a la cara; y la mirada salvaje y rebosante de entusiasmo.

—¡Es fantástico! —gritó.

—¡Sííí! —respondió ella, asustada y feliz.

El viento cayó de repente e hinchó la vela con un estallido. La *Metis* brincó hacia delante como un león marino.

—¡Es la primera prueba! —gritó entonces Mina—. ¡La Barrera de las Ballenas Jorobadas!

La prueba del Equilibrio.

Murray había pensado lo mismo, por eso se sentía inmensamente feliz. Era la primera prueba para llegar a Kilmore Cove, y aquel no era un simple paseo en barco. Era como siempre había soñado que fuese: un viaje a bordo de un barco encantado que había ido a buscarlos.

—¡Murray! —le gritó Mina una vez más, señalando una ballena que emergía por debajo de la quilla del barco. Su expresión había cambiado por completo—. ¡Mira! ¡Se abalanza sobre nosotros!

Murray vio la silueta gris acercándose más y más, acercándose más y más, hasta que...

—¡CUIDADOOO! —gritó.

Pero no tenía miedo.

Estaba abrazado a la proa del barco de sus sueños.

En la proa, la ballena se lanzó en el aire con un potente golpe de cola y saltó.

Brillante, inmensa, agilísima y misteriosa, la criatura del mar describió un gran arco resplandeciente sobre la cabeza de Murray y luego se hundió en el agua por el lado opuesto al que había aparecido.

Connor, con la boca abierta de par en par, incrédulo ante un salto semejante, la vio pasar volando. Shane cerró los ojos, a la espera del impacto contra aquel cuerpo gigantesco. Y el profesor Galippi pensó, por primera vez después de muchos años, que quizá no fuese verdad que ya no existían cosas divinas entre el cielo y la tierra.

Empujado por la ola que siguió a la zambullida de la ballena, la *Metis* dio un gran brinco de lado, y después planeó, con garbo, sobre las olas de una nueva corriente.

Y cuando la proa volvió a levantarse, con los chicos abrazados aún a su cuello, la danza de las ballenas terminó tan de repente como había empezado. Sus cuerpos brillantes desaparecieron entre las olas, el viento se aplacó y la vela se aflojó. La *Metis* dejó de cabecear salvajemente y en el mar se produjo un extraño silencio, solo roto por sus voces.

—Chicos, ¿estáis bien? ¿Estamos todos?

—¡Todo en orden en la proa! ¡Empapados y felices! ¿Y vosotros?

—¿Shane?

—Todavía estoy vivo.

—¿Profesor?

—¡Todavía no estoy muerto!

Se rieron.

Después se abandonaron por el puente, calados, pringosos, mareados y blancos. Tenían el estómago tan encogido por el miedo que ni siquiera se habían dado cuenta de que estaban mareados. Shane sacó los brazos fuera de la borda y permaneció doblado sobre sí mismo, como un trapo. Mina se percató de que casi no podía andar: se sentía muy ligera y le palpitaban las manos. Connor estaba blanco como la cera y le costaba sujetar el timón.

—¡Por mil millones de chimeneas! —berreó entonces el profesor Galippi—. ¡Este sí que es un viaje por mar como Dios manda! ¡Nada que ver con esos estúpidos cruceros para ricachones aburridos que solo esperan palmarla! —E inmediatamente después añadió en voz más baja—: Aunque, si vuelve a pasar, ¡esta vez me quedo tieso... pero feliz!

—¿Habéis visto cómo saltaban? —gritó Murray fuera de sí por la felicidad—. ¿Lo habéis visto?

Lo habían visto todos, excepto Shane quizá, porque él había cerrado los ojos. En el trayecto con las ballenas, los animales, la *Metis* y su tripulación se habían convertido en una sola cosa. Un equilibrio perfecto entre fuerza, viento y velocidad.

—¿Habéis tenido miedo? —preguntó Connor a los demás, no teniendo valor para preguntárselo a sí mismo.

—¿Alguien sabe dónde estamos? —les preguntó en cambio Mina, mirando a su alrededor.

Las nubes parecían bordadas por el sol, y el océano resplandecía. No quedaba ya ni rastro de tierra firme. Por un lado, al horizonte, se veían copos blancos, y por el otro, grandes sombras azules que oscurecían el cielo.

—¡Tenemos que localizar nuestra posición exacta en el mapa! —dijo Connor—. Profesor, ¿lo hace usted?

El profesor Galippi fue al camarote del capitán a buscar la caja con los instrumentos y se situó en el puente a calcular la posición.

Mientras tanto, los demás intentaron reorganizar sus cosas y echar por la borda el agua que había entrado.

—¡Murray! —gritó Connor—, ¿coges tú el timón? ¡Quiero comprobar que todo esté en orden en el *Ítaca*!

A su alrededor, el viento había amainado completamente y la vela colgaba floja del palo mayor. La *Metis* se desplazaba a la deriva, siguiendo una corriente impetuosa que la empujaba por la popa.

Connor tiró del cabo del *Ítaca* para acercarlo y luego saltó sobre el techo de su viejo remolcador. Las salpicaduras de las ballenas le habían estropeado buena parte del huerto, pero, aparte de eso, le pareció que no había sufrido daños de envergadura.

—¡Bueno, marineros! —exclamó el profesor Galippi al cabo de un rato, después de haber examinado cuidadosamente la brújula y otros instrumentos—. Basándome en mis elementales técnicas de orientación y navegación, he llegado a la conclusión de que... —Se puso de pie con los brazos en jarras—. ¡No tengo ni la menor idea de dónde estamos! —Y después añadió en voz más baja—: Lo cual es prácticamente la historia de mi vida. ¡PERO...! ¡No perdamos la esperanza! —prosiguió—. Puesto que el sol se encuentra a nuestra izquierda y en mi reloj dan las... —Lo comprobó, frunció el ceño y sacudió el reloj—. Mejor dicho, daban... porque parece que se acaba de parar... ¡Vieja cafetera rusa! ¡Ya me lo decía siempre Brunilde: que no comprase tanto cachivache de pacotilla!

Desde el *Ítaca*, Connor exclamó:

—¡Mi reloj también se ha parado!

Shane examinó el suyo:

—El mío también. Marca las nueve y nueve.

—Nueve y once —dijo el profesor Galippi.

—¡Las nueve! —gritó Connor desde su viejo barco.

—¿Cómo es posible que todos los relojes se hayan parado? —preguntó Mina.

E instintivamente miró a Murray, al timón. Parecía ser el único que no se sorprendía. No había tenido un reloj en su vida y no comprendía cuál era el problema.

—Se han parado —respondió.

—¿Todos? —insistió Mina—. ¿Por qué?

«Porque estamos siguiendo la corriente Azul», habría querido responder Murray. Pero no estaba seguro del todo. Así que dijo:

—Para que podamos volver antes de la hora de... ¡CENAAAR!

Había pronunciado la última palabra con un tono de alarma porque se había dado cuenta de que había algo enorme delante de la proa del barco. Era como una isla salida de la nada en medio del mar.

—¡CUIDADOOO! —gritó. Y tiró del timón a estribor.

La *Metis* viró de tres cuartos, pero la corriente que los empujaba era demasiado fuerte para poder cambiar el rumbo. Estaban demasiado cerca de la costa. ¡Demasiado cerca!

—¡AL SUELO! ¡SUJETAOOOS! —gritó Murray, empujando el timón con todo el peso de su cuerpo.

El tajamar de la *Metis* chocó contra la isla. Pero el impacto fue mucho menos fuerte de lo que Murray esperaba: la quilla no rascó el fondo del mar y el esqueleto del barco no se desvencijó. La proa se limitó a elevarse ligeramente, y los baos que sostenían el puente crujieron solo un poco.

La isla se «abrió».

Acogió el casco de la *Metis* y frenó su velocidad sobre las olas. Murray notó que algo rascaba las amuradas pero no la carena, la parte del barco sumergida por las olas. Como si la isla no tuviese fondo marino.

Al final, con un último cabeceo, la *Metis* se paró completamente.

Murray soltó el timón, estupefacto. Un soplo de viento le arremolinó el pelo.

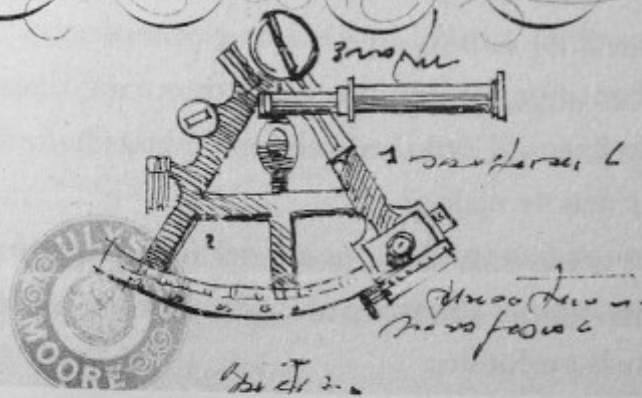
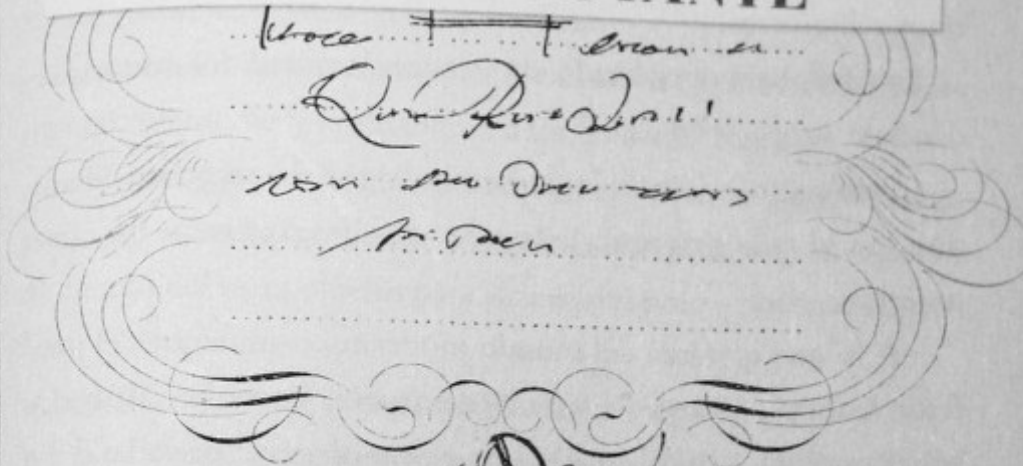
—¿Veis lo que yo veo? —preguntó Shane, asomándose por las amuradas. Murray parpadeó, perplejo.

Acababan de encallarse en una gigantesca isla de basura flotante.



CAPÍTULO 26

LA ISLA FLOTANTE



DONDE, POR LO QUE PARECE, SE ARROJAN DEMASIADAS COSAS AL MAR,
Y LLEGA UN MOMENTO EN QUE HAY QUE DECIDIR QUÉ HACER CON ELLAS.

MOORE'S
SEALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

La isla de basura se perdía hasta donde alcanzaba la mirada, y giraba lentamente sobre sí misma. Los residuos habían formado un cúmulo esponjoso y compacto que no superaba el metro de altura: botellas, macetas y bolsas de plástico, sillas de jardín, teléfonos viejos, vasos, cubiertos, zapatos, harapos, carcasas de televisión, cajas, ficheros, medias de nailon, lámparas, máquinas de café... la corriente había acumulado miles y miles de objetos, de todas las formas y colores, que se habían compactado unos sobre otros.

La *Metis* había penetrado esa isla con la mitad del casco, quedándose atrapada en ella.

—Pero ¿a qué clase de lugar hemos llegado? —preguntó Shane, que era el más impresionado por aquella extensión de cosas muertas.

—A lo que quedará del mundo moderno... —murmuró el profesor Galippi, amargado ante la desolación que ofrecían todos aquellos objetos inútiles—. Dad las gracias al señor Baekeland y a la DuPont por sus inventos espantosos... —Y después añadió en voz más baja—: ¿Cómo sería el mundo hoy en día sin la baquelita y las medias de nailon?

Connor franqueó el puente del *Ítaca* y apoyó un pie en los desechos, que se apartaron un poco, y quedó encajado en los estratos más profundos.

—¡Sacadme de aquí! —exclamó.

Murray le arrojó un cabo sujeto a una bita, uno de los palos de madera colocados en el puente que sirven para amarrar el barco cuando se atraca, y Connor trepó por él remontando la amurada y saltó al puente.

—No sé cómo hemos acabado aquí... —gruñó—. ¡Pero no tengo ninguna intención de quedarme atrapado!

—¡Prisioneros de un vertedero flotante! —murmuró el profesor Galippi—. Podría ser un buen título para un best seller basura. ¡Ja, ja! —Y añadió—: Perdonad el cinismo.

—Parece moverse muy lentamente... —observó Mina, mirando la extensión de cajas, botellas y medias.

Los objetos rascaban suavemente el tablazón, moviéndose imperceptiblemente y encajándose a los lados del barco.

—Yo creo que los exploradores polares debieron de sentir algo parecido cuando intentaban romper la banquisa con el espolón de hierro del rompehielos para alcanzar el polo —observó el profesor Galippi.

—¿Y lo lograron? —preguntó Shane.

—En barco, evidentemente, no —respondió el profesor—. Lo máximo que consiguieron fue quedarse aprisionados hasta que llegó el deshielo,

luchando por no morir de hambre, de frío y por no comerse entre...

—Sea cual sea la corriente que ha acabado formando este lugar... —lo interrumpió Connor con brusquedad— ¡nos vamos inmediatamente!

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Murray.

Connor lanzó un segundo cabo al *Ítaca* desde el puente de la *Metis*, y dijo:

—Contamos con un remolcador de motor. Viejo, pero sólido. Lo único que tenemos que hacer es arrastrar la *Metis* fuera de aquí.

—Larry Huxley dijo que la segunda prueba para llegar a Kilmore Cove era la Isla Flotante... —observó entonces Mina.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Pues que ya hemos llegado, digo yo —refunfuñó Shane.

Sacó de su mochila una pelota de tenis y la lanzó contra la isla. La pelota rebotó un par de veces entre las botellas y los envases, y después se quedó encajada a la vista, a unos cincuenta pasos de distancia.

—En la nota la llama la prueba de la Fantasía —dijo Mina de nuevo.

—No entiendo para qué sirve la fantasía en un lugar semejante —respondió Connor, expeditivo.

Pidió que lo ayudasen a recoger la vela, después se colgó del cabo de popa y se deslizó hasta el *Ítaca*. Bajó a cubierta y puso los motores en marcha.

Los chicos seguían mirando, atónitos, la isla de los mil colores.

—¿Cuántos años habrán hecho falta para formarla? —se preguntó Murray.

—¿Tres meses y lo que sobraba de aquel supermercado nuevo que os gustaba tanto? —bromeó el profesor Galippi.

—Deben de haber millones de botellas —dijo Shane—. Millones de botellas, zapatos y...

—No hay juguetes —observó Mina.

Todos la miraron.

Connor gritó desde el *Ítaca*:

—¡Un minuto más y os saco de ahí!

Mina señaló la amorfa extensión de desechos abandonados en el mar y repitió:

—Que no hay juguetes: pelotas, muñecas, soldaditos..., ni siquiera un patito de goma. ¿No os parece raro?

—Hace muchos años —dijo Murray—, un carguero perdió veintiocho mil patitos de goma durante una tempestad, desde entonces dan vueltas por el mundo...

—Si es una de tus historias de miedo, Murray, dímelo enseguida y así me voy haciendo a la idea —comentó Shane.

—No es una historia —murmuró el muchacho—, pasó realmente. Lo he leído en un libro.^[9]

—No te fíes de los libros —intervino el profesor Galippi, con una sonrisa.

—De todas formas, sí, Mina, es raro. Tienes razón —prosiguió Murray—. En esta isla no hay juguetes.

El *Ítaca* rugió y escupió una mancha aceitosa de combustible en el agua. El motor se revolucionó y el remolcador empezó a retroceder; los cabos se tensaron y las bitas de popa a las que estaban atadas crujieron. Todo el casco de la *Metis* se puso en tracción y la línea de flotación se elevó por encima de la masa compacta de los desechos. Pero el barco no se desplazó hacia atrás ni un solo milímetro.

Connor aceleró, tensando los cabos hasta el límite, y la popa del remolcador descendió casi al nivel del agua en su esfuerzo por arrastrar la *Metis* fuera de la isla. El barco gimió como un animal herido, se alargó y se quejó, pero permaneció tozudamente inmóvil en la ciénaga de plástico en la que estaba sumergido.

—¡Para! ¡Basta, Connor; si no, va a romperse todo! —le gritó Shane desde el timón.

Connor, atónito, apagó los motores del *Ítaca*. ¿Cómo era posible que esa basura fuese tan compacta? ¡La potencia con la que había hecho funcionar el motor habría podido remolcar hasta un petrolero!

—¡Quizá deberíamos sumergirnos y comprobar lo que hay ahí abajo! —gritó a los demás.

—Abajo no hay nada —murmuró el profesor Galippi entre dientes.

Murray lo miró. Desde el momento en que se habían quedado aprisionados en la isla, su expresión había permanecido inmutable. Tranquilo, sarcástico, como si entendiese perfectamente lo que estaba pasando.

Connor, por el contrario, estaba cada vez más furioso. Saltó sobre el techo del *Ítaca*, revolvió las herramientas y luego sacó un par de arpones.

—¡Cuidado! —advirtió, antes de lanzarlos sobre el puente.

Los arpones rebotaron tintineando amenazadoramente.

—No las tiene todas consigo, profesor —dejó caer Murray.

—¿Tú crees? Oh, efectivamente, no las tengo todas conmigo —respondió—. ¿Por qué insistir en ir hacia atrás después de haber llegado hasta aquí? Yo no creo que esta isla nos deje salir.

—¿No?

—No —respondió tranquilamente el profesor—. Las ballenas nos han guiado hasta aquí. Nos han desviado de rumbo hasta obligarnos a enfilarnos a lo largo de la corriente que nos ha traído. Yo creo que querían que llegásemos exactamente aquí.

Murray estaba de acuerdo.

—Pero ¿por qué, profesor?

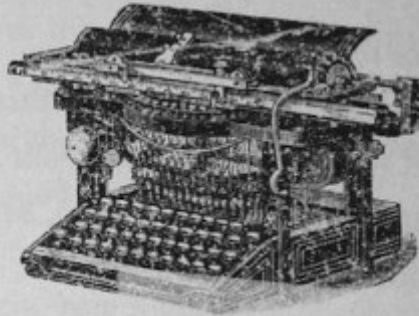
—¿Cómo que por qué? —dijo el profesor Galippi riendo—. Es una isla de basura flotante. Nosotros también. Tú, yo y los demás, quiero decir. Seres molestos, inútiles, excesivamente variopintos... Y en cuanto encontramos a alguien que se nos parece un poco nos unimos a él para formar un grupo. A esta la llamamos isla de colores. En tierra firme la llamaríamos ciudad. —Y después, entre dientes, añadió—: Y una vez que formas parte de ella, ya no puedes volver atrás. ¡Pero hay una sola cosa que nos hace diferentes de una sartén de teflón! —prosiguió.

—¿Qué es?

—Lo ha dicho tu amiga: la fantasía.

—¿La fantasía?

—¡Claro que sí! —respondió—. Si no podemos dar marcha atrás, ¿por qué no intentamos seguir adelante?



CAPÍTULO 27

UNA LLAMADA EN ALTA MAR

1) *algunos* □ *algunos*
 2) *unos* △ *unos*
 3) *algunos* ○ *algunos*
 4) *unos* ○ *unos*

DONDE SE DESCUBRE QUE RESPONDER A UNA LLAMADA
 NUNCA ES DE MALA EDUCACIÓN.
 AUNQUE SEA A COBRO REVERTIDO.



*How
 many
 groups
 groups!*

*How many
 groups
 groups!*

EDALUS PRESS

Printing Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

1911

Connor se negaba a aceptarlo.

Intentó por todos los medios sacar la *Metis* de aquel revoltijo de plástico usado, pero todos los esfuerzos fueron inútiles. Cuando se rindió, Murray y el profesor Galippi sacaron dos remos de los escálamos, se asomaron por la proa y apartaron la basura del tajamar con ellos. Después de apartar una caja y un televisor enorme, la *Metis*, con una sacudida, avanzó otro par de metros.

—¿Habéis visto? —observó Mina—. ¡Se mueve!

—¡Dejadme ver! —exclamó, incrédulo, Connor.

—¡Sí, sí! ¡El profesor tiene razón! —exclamó Murray—. ¡Coged más remos y ayudadnos!

Utilizando los remos como si fuesen pértigas y arpones, los chicos lograron que la *Metis* avanzase unos veinte metros dentro de la Isla Flotante. Los desechos se apartaban plácidamente ante el tajamar y volvían a cerrarse, con la misma lentitud, a popa.

Después el barco se paró de nuevo.

—Ya decía yo que no iba a funcionar —murmuró Connor—. Ahora estamos todavía más embarrancados que antes. —Voceó durante un rato, golpeando las pilas de botellas con el arpón. Arrojó por la borda la escalera de cuerda y bajó hasta el nivel del mar. Alargó un pie, tanteó la consistencia de la isla y después, sin soltar la escalera de cuerda, probó a caminar por encima—. ¡Aguenta mi peso, maldita sea! Es compacto, una masa compacta de porquería —dijo—. ¡Eso significa que para volver atrás tendremos que excavar!

—Creo que no es una buena idea, Connor —dijo el profesor Galippi. Tenía una expresión muy triste.

Connor, en equilibrio sobre la basura, lo miró.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—Porque me temo que, donde estamos ahora, no es posible ir ni adelante... ni atrás —respondió él.

—¿Y qué tenemos que hacer?

—Eso no es fácil decirlo —respondió el profesor Galippi—. Creo que el problema es... tu barco.

Indicó el *Ítaca*, amarrado a popa de la *Metis*. El casco del remolcador empujaba contra el borde de plástico de la Isla Flotante, que no había logrado abrirse paso como había hecho la *Metis*.

—La isla no quiere —terminó el profesor con voz muy queda.

Connor enrojeció.

—¡Menuda idiotez! —gritó—. ¿Qué significa que la isla no quiere? ¿Por qué motivo el *Ítaca* no debería pasar? ¿Os habéis vuelto locos? —Y como nadie replicaba, prosiguió—: ¡No avanzamos porque es imposible! —Se quedó sin palabras. Señaló el *Ítaca*—. No... tiene sentido —sollozó.

Murray intuyó que el profesor tenía razón. Pero se le encogía el corazón. El *Ítaca* era la casa de Connor. Lo era todo para él. Contenía todo lo que tenía.

—No puedo dejarlo aquí —dijo el chico.

—No estás obligado a proseguir —dijo el profesor—. Y quizá lo que pienso sea solo una locura. Quizá todos deberíais abandonar el barco y dejarme solo en esta isla de cosas inútiles. ¿Por qué no? Volved al *Ítaca* y veamos qué pasa. Encended los motores y volved atrás, yo...

En aquel momento sonó un teléfono y Galippi se calló.

«¿Me estoy volviendo loco?», se preguntaron todos.

No pasaba ni un soplo de aire. Por un lado del horizonte, las nubes se habían deshilachado en largos copos planos, mientras que por el otro, se habían vuelto grises y densas. El mar bramaba por debajo de la basura. Y, sin sombra de duda, se oía con claridad un teléfono sonando. Un sonido repetido, lento, como el de las campanas de las boyas.

—¡Allí! —exclamó Mina.

Indicó un punto unos cien pasos por delante de ellos: apoyado entre varias cajas y una mesita rota por la mitad, asomaba un viejo teléfono de baquelita negra; estaba sonando.

En cuanto lo vio, Murray sonrió abiertamente.

El profesor Galippi susurró:

—Fantasía, muchachos, fantasía.

Connor se enfadó aún más.

—Sencillamente, esto no es posible... —murmuró.

Y después empezó a caminar sobre la basura, al principio con rabia, y luego con bravuconería.

—¡Connor, no! —le gritaron.

—¡Ten cuidado!

—¡Coge una cuerda!

Pero Connor no se paró. No miró ni hacia la *Metis* ni hacia el *Ítaca*, y alcanzó el teléfono de baquelita negra a grandes zancadas. Era uno de esos modelos de pared, con el disco numérico y el timbre a la vista colocado bajo el auricular.

Sonaba.

Y sonaba.

Como si no hubiese dejado nunca de sonar.

—¡Ya va! —soltó Connor a su pesar.

En cuanto se dio cuenta de lo que acababa de decir, sonrió por lo absurdo de sus palabras. El teléfono tenía un hilo negro que se hundía por debajo de la Isla Flotante.

Connor levantó el auricular y respiró profundamente.

«Bienvenido, amigo viajero. —Una voz femenina lo acarició—. Estás escuchando un mensaje grabado por la Asamblea de los Lugares Imaginarios. Te encuentras en la línea de demarcación. Si sigues adelante, te esperan aventuras, hazañas, enigmas y misterios, pero también desgracias y separaciones, luchas y trampas mortales. Cada paso que des más allá de este confín, será por tu cuenta y riesgo. La Asamblea de los Lugares Imaginarios no se hace en ningún caso responsable de tu seguridad personal y tampoco puede garantizarte que, si un día vuelves a casa, encuentres aún a alguien esperándote.»

Un breve silencio y de nuevo:

«Bienvenido, amigo viajero. Estás escuchando un mensaje...», dijo la cinta grabada.

¿Quién había grabado el mensaje? ¿Cuándo? ¿Cómo podían llegar hasta allí?, se preguntó Connor. El corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Asamblea de los Lugares Imaginarios? ¿Aventuras? ¿Hazañas? Era lo que siempre habían soñado, pero, a decir verdad, en un videojuego exclusivamente suyo.

No realmente... no de verdad.

Lentamente, con manos algo temblorosas, Connor colgó.

Y el teléfono, entonces, callaba.

—¿QUÉ PASA? —gritaron de la *Metis*.

Connor miró a sus amigos. Murray, la intuición. Mina, la inteligencia. Shane, la fuerza. El profesor Galippi, la genialidad. Parecía como si cada uno encarnase el papel que le tocaba para vivir una aventura de las suyas. De esas que habían vivido tantas veces juntos, en el *Ítaca*.

El viejo remolcador se balanceaba ligero, sin poder imaginar lo que estaba pasando. «Las cosas no piensan. Pero nosotros pensamos siempre en ellas — se dijo Connor—. Nos encariñamos con lo que hemos conseguido. Con nuestras cosas. Las defendemos y las protegemos. Y eso nos agota, nos entorpece.»

La insoportable esclavitud del deseo de poseer.

De pie sobre una fina capa de basura abandonada, Connor sintió que las lágrimas le afloraban a los ojos.

Ítaca. Su casa. La casa que lo había seguido hasta allí. A la línea de demarcación.

Por un lado, la vida cotidiana, como había dicho el profesor Galippi. Y por otro...

Connor se dio la vuelta.

Por otro lado, ¿qué? ¿Un horizonte ilimitado de basura flotante?

—¡CONNOR! —gritaron desde el barco.

Después algo captó su mirada.

En un charco de agua de mar, justo al lado del teléfono, entre botellas y envases de huevos, nadaba un patito amarillo de goma.

Connor le sonrió. Y el patito pareció sonreírle a su vez. Tenía dos grandes ojos blancos y negros; y los mofletes, rojos, descoloridos por el sol.

El chico se agachó a recogerlo y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Tú que dices, patito? Cada paso que dé más allá de esta frontera, ¿será un paso acertado o un paso en falso? ¿Y para mis amigos? ¿Será acertado o en falso?

El patito no respondió.

—¿Casa, sí o no?

—¡CONNOR!

Connor apretó suavemente el patito, que respondió:

—¡Cuac!

Connor sonrió tristemente.

—De ti no me lo esperaba.

Levantó una mano a los de la *Metis*, en señal de que iba hacia allí.

—¿Quién había al teléfono? —le preguntaron mientras le ayudaban a subir a bordo.

Él miró al profesor Galippi y respondió:

—Nadie. Pero creo que usted tiene razón, profesor. Tenemos que cortar los cabos de popa y...

—¿Y el *Ítaca*? —preguntó Murray.

Connor fingió no oírlo. Indicó con tozudez el horizonte que se abría ante ellos y dijo:

—E intentamos atravesar la isla.

Después le dio el patito a Mina.

—Te has equivocado —le dijo sonriendo—. Por ahí está todo lleno de juguetes.

Antes de abandonar el *Ítaca*, Connor transportó al *Metis* todo lo que pudo. Encajó el limonero del huerto entre los puntales de popa, al lado de uno de los timones, y su disco duro en la caja de cinc que contenía los diarios de Ulysses Moore.

Al dejar el barco, en su mirada se podía leer la despiadada determinación de los huérfanos.

En cuanto el *Ítaca* se separó al fin, la *Metis* empezó a avanzar. Intentaron mantener el rumbo ayudándose con la brújula de Murray, pero les parecía que la manera en la que el barco se iba abriendo paso entre los desechos estaba en realidad dictada por unas reglas que no tenían nada que ver con el sentido de la orientación.

Así transcurrieron un par de horas, turnándose con los remos y los arpones para que quien no estuviera ocupado abriendo paso pudiese tomar un rápido tentempié.

—¿Creéis que lograremos volver a casa algún día? —preguntó Mina.

A Connor le vino a la cabeza el mensaje grabado que había oído en el teléfono de baquelita negra, pero no dijo nada.

Conforme proseguía la lenta exploración de la Isla Flotante, poco a poco los desechos se fueron transformando, y al final la *Metis* tuvo que abrirse paso entre muñecas, dinosaurios y trenecitos. Cuando el profesor Galippi se dio cuenta, suspiró profundamente y fue a buscar los cochecitos, rojo y azul, entre sus cosas. Los miró por última vez, besó con dulzura su minúsculo parabrisas, y con un gesto comedido los dejó caer entre los demás juguetes perdidos.

—¿Por qué lo ha hecho? —le preguntó Connor, impresionado por la intensidad de ese gesto.

—Porque es mejor así... —respondió el profesor. Le brillaban los ojos.

—¿Eran muy... importantes?

—Oh, no. Solo eran dos viejos cochecitos —mintió Tony Galippi—. Y los recuerdos complicados de un viejo.

—¿Complicados?

—Por todo lo que sigues recordando incluso cuando ya no quieres hacerlo, muchacho —le contestó el viejo sonriendo enigmáticamente.

—¡El mar! —exclamó Mina, que lo vio la primera.

—*Thalatta! Thalatta!* —se hizo eco el profesor.

Significaba «mar» en griego. Y, al sonido de aquel idioma, la *Metis* pegó un brinco hacia delante.

El mar abierto se encontraba a pocos centenares de metros de ellos, y los juguetes perdidos que se apretaban contra el casco empezaron a disiparse, dejando a la *Metis* libre para proseguir el viaje.

Murray y Shane asestaron los últimos golpes con los arpones para alejar a un ejército de soldaditos grises, y finalmente desembocaron en mar abierto. En cuanto volvieron a sentir el barco balanceándose entre las olas, Connor dio la orden de desatar la vela.

—¡Volvemos a casa! —gritó, ocupando su lugar en el timón. Pero, realmente, no tenía ninguna intención de dirigirlo.

Esa vez dejó al barco elegir la ruta que debía tomar. La *Metis* se alineó con el viento, metió el morro, prosiguió de bolina por algunas olas y después, de repente, derivó su rumbo cogiéndolo de popa, y con eso aumentó la velocidad.

—¡En marcha de nuevo! —exclamó Murray—. ¡Mirad la vela!

—¿Ballenas u otros animales terribles a la vista? —preguntó Connor.

—¡Ninguno, capitán! —respondió Murray impulsivamente.

Connor sintió que se le henchía el pecho de orgullo y secundó el movimiento del barco, vociferando:

—¡A toda vela! ¡Rumbo a lo desconocido!

Todo el esqueleto de la *Metis* vibró de felicidad, y el tajamar surcó las olas como la navaja del señor de los mares.

—¡Rumbo a Kilmore Cove! —añadió Murray.

Connor lo miró. Se propuso contarle en la primera ocasión que tuviese lo que había dicho la grabación del teléfono, pero el viento cambió bruscamente de dirección, el cielo se cernió sobre ellos como un sudario y, antes de que pudiesen disfrutar de la velocidad en alta mar, un densísimo banco de niebla los envolvió.

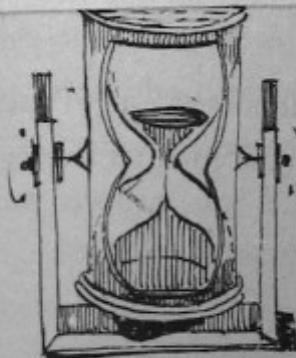


CAPÍTULO 28

EL BARCO FANTASMA

Handwritten text in cursive script, likely a dedication or author's note.

O, MEJOR DICHO: EN EL MAR ES SUFICIENTE UN POCO DE NIEBLA PARA QUE UN SOLITARIO SE CONVIERTA EN UN AMIGOTE. UN VALIENTE EN UN INDECISO Y UN INDECISO EN UN CAPITÁN.



Handwritten text next to the hourglass illustration.



EDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

50-1111

No lo entiendo... —susurró Mina—. No tendrían que haber más pruebas que superar...

Habían penetrado en un manto de leche diluida, húmeda y caliente. El viento había amainado y de repente la *Metis* navegaba a la deriva, arrastrada por la corriente. La velocidad se había reducido a un par de nudos, pero era aún fuerte, y peligrosa, dada la escasa visibilidad. De vez en cuando la neblina se disipaba y dejaba entrever fragmentos de mar abierto.

Una de esas veces, a Murray le pareció divisar en la distancia, a estribor con respecto a su rumbo, un archipiélago de islas frondosas. Pero el vapor lechoso estancado en el aire envolvió rápidamente a la *Metis*.

Justo en el instante en que creyó haber visto aquella costa remota, Murray sacó del bolsillo la brújula de oro que había encontrado en el escritorio para comprobar en qué dirección había vislumbrado tierra firme e, inmediatamente después, en qué dirección estaban navegando. La aguja de la brújula le indicó que derivaban hacia el sudoeste, y, por lo tanto, la costa que Murray había visto se hallaba hacia el lado opuesto.

—¡Hay un trecho de costa sin niebla al sudoeste! —gritó hacia el puente, avanzando en la niebla con la brújula entre las manos—. ¡Connor! ¡Todo a babor!

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

Connor no se hizo de rogar. Bajó y tiró hacia sí el timón, virando noventa grados a babor. La *Metis* cabeceó y se inclinó sobre las olas. Disminuyó la velocidad hasta casi detenerse y embicó sobre el mar.

—¡Estamos al paio! —gritó Connor. Y era verdad: ahora solo una débil corriente los arrastraba en la dirección opuesta a la costa que Murray había avistado. Y el viento carecía de la fuerza necesaria para poder dominar el barco—. ¡Calad los remos! —ordenó.

Murray y Galippi por un lado y Shane y Mina por otro bajaron los remos al agua.

—¡A la de UNO! —gritó Murray, para marcar el ritmo.

No era fácil en absoluto empujar aquellos remos gigantes que parecían patas de araña. Y más difícil aún era calarlos al mismo tiempo por los dos flancos.

La *Metis* empezó a avanzar en zigzag entre las olas, envuelta por una bruma cada vez más densa.

—¡Profesor, déjeme el remo y póngase al timón! —le gritó Connor tragando niebla húmeda y cálida.

—¿Por qué? —saltó él, desde algún lugar del puente—. ¿Me tomas por un vejete sin brío y sin energía? ¡Concéntrate en mantener el rumbo, capitán Connor, y sácanos de aquí!

Connor oyó ruido de pasos por el puente y después vio a Murray aparecer ante él.

—Sudeste —le recordó, tendiéndole la brújula. Después desapareció.

—¡Uno!

—¡Dos!

—¡Tres!

Entre un golpe de remo y el siguiente, de repente oyeron un aullido muy lejano. Era un sonido asombroso y lúgubre a la vez lodos dejaron de remar.

—¿Vosotros también lo habéis oído?

—Sí. Pero ¿qué era?

—¡Parecía el cuerno de niebla de un barco! —dijo una de las voces prisioneras en la neblina.

—¡Respondamos a la señal!

—Quizá sea mejor que no. ¡Esperemos!

Permanecieron a la escucha. El agua del mar goteaba de los remos levantados. La *Metis* iba lentamente a la deriva.

Oyeron un segundo sonido, igual de fuerte, pero más agudo y estridente.

—¡Otro cuerno!

—¡Pero este es diferente!

—Y provenía del otro lado.

—¡Sigamos! —ordenó Connor desde el timón.

—¡Uno!

—¡Dos!

Durante unos minutos no se oyó ninguno de los dos cuernos, y la sensación de espera aumentó hasta volverse insoportable. Solo se oía la respiración de los remeros y el batir de los remos.

Fue entonces cuando Mina oyó una voz y se paró.

—¿Has oído? —le preguntó a Shane, que estaba justo a su lado.

—No. ¿Qué has oído tú?

—Ha sido como... —Mina no acabó la frase, creyendo que se equivocaba—. Nada —dijo.

Dieron otro golpe de remo.

—¡Voces! —exclamó en la niebla el profesor Galippi por la parte opuesta del puente—. ¿Vosotros también las oís?

—¡Es un hombre! —exclamó Connor, al timón.

—¡Te equivocas! —le replicó Murray—. ¡Son voces de mujer!

—¡Uno!

Shane no había oído nada. Solo percibía la niebla que se tornaba más densa, volviéndose aún más húmeda y sofocante, serpenteando en sus tobillos.

—¡Yo no oigo nada! —gritó, y su voz se perdió en la neblina.

—¡Es mi padre! —dijo Murray de repente. Se levantó del banco y prosiguió—: ¿Vosotros no lo oís? Es la voz de mi padre. ¡Y me está... llamando por mi nombre!

—¡Murray! —le gritó Connor—. ¡Vuelve a tu sitio! ¡Es imposible que hayas oído la voz de tu padre!

—¡Y yo te digo que la he oído! —insistió Murray.

—¿Brunilde? —preguntó al cabo de poco el profesor Galippi—. ¿Eres tú, Brunilde? ¿Qué intentas decirme, querida?

—¡Profesor!

Shane oyó pasos por el puente, a su lado.

—¡Están sollozando! —murmuró Mina.

—¿Quién está sollozando? —le preguntó Shane—. Yo no oigo nada.

—¡Son niños, Shane! Hay niños llorando justo aquí, al lado del barco.

Shane la cogió por la muñeca.

—¡Mina! No hay ningún niño que esté...

La atrajo hacia sí. Mina tenía los ojos cerrados como si durmiese, pero seguía hablando.

—Te digo que están llorando, Shane. Son niños...

Shane probó a sacudirla, pero Mina no reaccionó.

Más pasos sobre el puente.

—¡Brunilde! —exclamó de nuevo el profesor Galippi, esa vez más cerca.

—Yo no os conozco... —dijo la voz de Connor—. ¿Quiénes sois?

La *Metis* giró imperceptiblemente y Shane comprendió que su amigo había soltado el timón.

Actuó sin pensarlo dos veces. Tenía que hacer algo, sin esperar a que nadie se lo pidiera.

Levantó el cuerpo dormido de Mina y se dirigió al camarote del capitán.

—Déjame ir, Shane... —murmuraba Mina, moviéndose débilmente entre sus brazos—. Esos niños me necesitan. Shane...

Sin preguntarse si lo que hacía tenía sentido o no, Shane dejó a Mina en el camarote y cerró la puerta. Volvió atrás a tientas, hasta encontrar al profesor Galippi que señalaba la niebla, más allá de las amuradas.

—Ya llego, Brunilde... ¡resiste! —murmuraba.

Shane lo zarandeó y el profesor opuso poquísima resistencia. Él también tenía los ojos cerrados.

Lo llevó hasta donde estaba Mina y, cuando abrió la puerta para encerrarlo dentro, tuvo que empujar hacia atrás a la chica que se había levantado y quería salir.

—¡Déjanos salir, Shane!

—Sí, ¡déjanos salir!

Shane oyó un golpe en el agua. Se le heló la sangre. Cerró la puerta del camarote y corrió por el puente, hacia la proa. Murray estaba de pie en la borda con un brazo extendido hacia delante y acababa de lanzar un remo al agua. En respuesta a la voz de su padre murmuraba algo.

—Lo sé, sé que eres inocente. ¡Yo te creo, no digas eso!

Shane lo abrazó por detrás y lo despegó de la proa con delicadeza. Cuando volvió al camarote del capitán, Mina y el profesor Galippi estaban aporreando la puerta.

Luego fue a buscar a Connor. Lo encontró abrazado a uno de los timones, murmurando con los ojos cerrados:

—No os conozco... No sé quiénes sois... ¿Cómo puedo creerlos?

A Shane le costó mucho más trabajo llevárselo de allí que a los demás. Y cuando por fin logró despegar a Connor del timón, el muchacho empezó lentamente a llorar, por debajo de los párpados cerrados.

—Lo siento, Connor... Lo siento... —repitió Shane.

Shane sabía muy bien que Connor era su intrépido capitán. Pero parecía como si la niebla también lo supiese y hubiese descubierto su punto débil. Estaba engañándolos a todos. Mientras Shane se movía por el puente, la niebla empezó a tomar consistencia incluso a su alrededor. Y el muchacho, que hasta aquel momento había mantenido la calma, creyó también oír voces susurrantes.

—¡Fuera! ¡Largo! —gritó, sacudiendo la única mano libre que tenía—. ¡Fuera de aquí! ¡Sé muy bien lo que sois! ¡No me dais ningún miedo!

En realidad, aunque Shane no lo sabía, tenía miedo. Pensó que aquella niebla servía para asustar a los intrépidos, para anular la determinación de los valientes. Y quizá ese era el motivo por el cual, al principio, él no había oído nada: porque sabía que era un miedica. Pero la niebla lo había hecho sentir como un valiente, y en cuanto había demostrado serlo, había empezado a atormentarlo a él también. Shane se acordó de las sirenas, esas criaturas mitad

mujer y mitad pez que con su canto arrastraban los barcos al naufragio para devorar a los marineros.

Sin soltar la mano de Connor, se hizo con algunas cuerdas, frenético, y, mientras tanto, pensó que posiblemente las islas que Murray había avistado en la niebla eran en realidad los escollos de las sirenas. Pero ¿y los cuernos que habían oído?

Como si lo hubiese evocado, oyó de nuevo el cuerno más grave y lúgubre, y el terror que le suscitó hizo que redoblase sus esfuerzos.

—Perdonadme... lo siento, de verdad —dijo a sus amigos mientras les ataba los tobillos con cuerdas.

Protestaron apáticos, moviéndose como sonámbulos.

Pero Shane se armó de valor y continuó.

—¡Déjanos marchar, Shane!

—¡Queremos ayudarlos!

—¡Son mis padres!

Shane no les hizo caso, acabó de atarlos, los encerró en el camarote del capitán y, para mayor seguridad, también ató la manija de la puerta.

—¡Malditos cuentos! —exclamó, corriendo después hacia los timones. La niebla empezaba a pincharle las orejas, y Shane no dejaba de pensar en ese cuento del señor Edgar Allan Poe en el que una vorágine sin fondo se tragaba un barco. Cuando empuñó el timón, el corazón le latía enloquecido.

«¿Y ahora? —se preguntó—. Un solo hombre al mando.»

Sus amigos seguían aporreando la puerta y suplicándole que los dejara salir.

El segundo cuerno, el más agudo y estridente, resonó a su izquierda. Parecía la queja de un animal moribundo.

Shane tropezó con la brújula de oro de Murray, que Connor había dejado al lado de los timones. La cogió, la miró y sacudió la cabeza.

Tenían que salir inmediatamente de allí. No importaba en qué dirección.

—Shaaane —murmuró muy claramente la niebla a su alrededor—. ¡Shaaane!

Pero Shane no quería dejarse atemorizar todavía. Y comprendió lo que tenía que hacer. Para dejar de tener miedo, bastaba con dejar de pensar.

Obedecer una orden.

Y si nadie daba órdenes, había que inventárselas.

Tiró del timón a estribor e hizo que la *Metis* se inclinara a contracorriente.

—¡Shaaane!

Se rió, aterrorizado.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer, niebla inútil? —la desafió.

Creyó oír la voz de su padre. Él siempre le había dado un miedo pavoroso, pero no su voz. Había temido siempre su silencio, el hecho de que no le hablase nunca.

Mantuvo el timón de estribor bien firme y, cuando lo hubo conseguido, desenrolló con la mano libre el cabo que estaba aprisionando la vela.

Su vela.

La vela que se llamaba...

—¡Valor! —gritó—. ¡Hínchate y sácanos de aquí!

Un soplo de viento la hizo chasquear.

—¡VALOR! —gritó Shane.

La *Metis* saltó hacia delante, enfilando las olas. Salpicones de espuma cayeron sobre el puente.

—¡ÁNIMO, ADELANTE! —grito Shane otra vez.

Y luego oyó, delante, en la proa, el lúgubre sonido del cuerno.

Rió, sin titubear, y la *Metis* le obedeció. Empujada por su fuerza de voluntad, la vela empezó a hincharse, recogiendo un viento que soplaba de quién sabe dónde, y empezó a deslizarse en la niebla. Cada vez más deprisa.

Sentir toda la armadura del barco cobrar vida bajo sus manos fue una sensación embriagadora. Shane soltó el timón y vio como la niebla se disipaba. Los restos de bruma iban desapareciendo lentamente; y con ellos, los susurros que estaban aprisionados dentro.

—¡Avante a toda máquina! —murmuró entonces el muchacho—. ¡Y ahora, salgamos de aquí!

La *Metis* se alzó sobre las olas, cortándolas en medio de una cresta de espuma. Se hundió y se alzó una segunda vez.

Lo poco que quedaba de la niebla se disipó de repente.

—¡Sííí!

Y precisamente en ese momento, delante de Shane apareció la enorme silueta de un velero. Al chico casi no le dio tiempo de ver sus tres palos, las jarcias y las velas grises, ni de oír la voz lúgubre y profunda de su cuerno. La *Metis* se dirigía hacia él a toda velocidad y no había espacio para realizar ninguna maniobra.

Shane pensó que todo se había acabado.

El miedo lo dominó.

Pero una vez más, para poder vencerlo, Shane decidió no pensar en lo que estaba pasando.

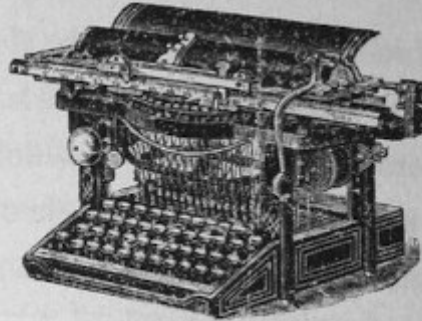
Sabía que la proa era la pieza más fuerte de todo el barco, por ello mantuvo el timón completamente recto, aunque sabía muy bien que de ese modo le daría de lleno al velero que había aparecido de repente ante él.

Mantuvo recto el timón... con la descabellada intención de embestirlo.

—¡Avante toda! —masculló entre dientes.

Y cuando la *Metis* se alzó sobre la ola siguiente, casi cerniéndose en el aire, gritó:

—¡CUIDADOOO! ¡OS EMBESTIMOS CON EL ESPOLOÓÓN!



CAPÍTULO 29

EL LOBO DE MAR

Primeros 7 años

de mi vida

de un lobo de mar

DONDE SE DESCUBRE QUE NO TODOS LOS MARINEROS CUENTAN
SUS HAZAÑAS Y QUE INCLUSO UN GRAN VELERO
PUEDE CONVERTIRSE EN UN BARQUITO.



*Conquistador
de la vida
en el mar
de un lobo de mar*



*Segundo
años
de mi vida*

*Conquistador
de la vida
en el mar
de un lobo de mar*

DEDALUS PRESS
Printing-Machiar, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

7-2323

El capitán del *Phantom*, así se llamaba el velero, se dio cuenta demasiado tarde de la embestida de la *Metis* que salía de la niebla, pero aun así intentó una maniobra desesperada para evitar el impacto. Estaba al mando de un velero de ochenta toneladas, veintisiete metros de eslora y siete de manga, con la quilla de plomo y treinta metros de enormes velas desplegadas.^[10]

Al no poder cambiar el velamen, intentó una virada a sotavento. El barco se inclinó sobre un flanco, hasta el punto de que la borda se sumergió en el mar y esa parte del puente fue literalmente barrida por una ola.

En ese momento la *Metis* se abatió contra los palos y las velas. Atravesó el velero de parte a parte, cortándolo con la orza afilada de la quilla, desgarrando instrumentos, cables, gúmenas, poleas, aparejos, tirantes, pujámenes y rizos. El palo mayor se partió en dos y las velas se cargaron de agua, volviéndose muy pesadas. El *Phantom* ya no logró recuperar la posición vertical.

Los cabos y las velas azotaron el puente de la *Metis*, destruyendo los remos y destechando el camarote del capitán. Shane se echó al suelo boca abajo, mientras que sobre su cabeza volaban gúmenas y cabos, y todo parecía desgarrarse y silbar. La vela de colores se hizo jirones, y el palo mayor, enredado entre obenques y gúmenas, se dobló hasta casi partirse. Por unos momentos, la *Metis* corrió el peligro de quedarse atrapada en aquella tela de araña de juanetes, pero el ímpetu de su embestida la salvó: dejó atrás el velero y acabó arrastrando por el agua una larga cola de cuerdas y velajes. Y, una vez parada, empezó lentamente a arremolinarse sobre sí misma.

Shane fue el primero en sacarse de encima los jirones de la vela que recubrían el puente. Se precipitó a comprobar que sus amigos estaban vivos, y los encontró todavía atados los unos a los otros, envueltos en una gigantesca vela gris. Los desató lo más deprisa que pudo.

—¡Murray! ¡Mina!

—¿Qué ha pasado?

Shane no respondió: oía toser al profesor Galippi. Siguió cortando cuerdas y arrancando trapo hasta que los liberó a todos. Estaban bien, pero decir que estaban pasmados era quedarse corto.

—¡Hemos embestido un velero! —gritó Shane, ayudándolos a ponerse de pie.

Quitaron el velamen del puente y solo entonces se dieron cuenta de que con él también había llegado a bordo un marinero del *Phantom*. Estaba prisionero entre las cuerdas, pero vivo.

Shane se abalanzó sobre él para ayudarlo, pero el hombre, en cuanto pudo moverse, se escurrió de los cabos y se lanzó por la borda de la *Metis*, desapareciendo en el agua.

Shane se quedó de piedra. El marinero tenía la piel grisácea y no había emitido ni un sonido.

Mina gritó. Estaba mirando el gigantesco velero inclinado sobre un flanco, con las velas empapadas que los marineros intentaban cortar desesperadamente para que no los arrastrase a pique.

—¡Tenemos que ayudarles, deprisa! —gritó Connor—. ¡Despejemos el puente! ¡Necesitamos espacio para maniobrar!

Mina y Murray continuaban mirando fijamente, como atontados, la quilla negra del *Phantom*, que parecía una ballena agonizante.

—No creo que nosotros podamos hacer mucho por ese barco... —dijo el profesor Galippi.

—¡Pero por los marineros sí! —replicó Mina.

—¿Por qué no gritan? —dijo Murray—. ¿Son mudos?

Tenía razón: los marineros de la goleta se movían en silencio, lo que daba a la escena un aire de maleficio. Y cuando el velero empezó a hacer aguas, se arrojaron al mar sin pegar ni un grito ni un chillido. Había algo tremendamente extraño en el modo en como se zambullían. Se dejaban caer rígidos entre las olas y ya no volvían a la superficie, como si se negasen a nadar. Simplemente, desaparecían. Como soldados derrotados en un juego infantil, se desvanecieron de la escena. De golpe, dejaron de jugar.

Murray y sus amigos los miraron horrorizados, preguntándose por qué no reaccionaban. Los llamaron, inútilmente. Abandonaban el barco arrojándose al mar.

—Es como asistir al suicidio de los lemmings... —susurró el profesor Galippi cuando se hicieron a la idea de que la tripulación de aquel barco estaba formada por locos, fantasmas o autómatas grises que actuaban sin voluntad propia. Y luego añadió—: Son pequeños roedores que se tiran al mar desde el acantilado... cuando son demasiados.

—Pero ¡esos no son ratones! —gritó Mina, aterrorizada.

—Pero tampoco son seres humanos... —dijo Murray—. Ningún ser humano se arrojaría de esa manera, sin intentar flotar. ¡Mirad! ¡El velero se va a pique como si fuese de juguete!

Y tenía razón. Un ruido ensordecedor desgarró al *Phantom*. La proa se levantó mientras que el resto del velero desaparecía a una velocidad sorprendente y el mar se cerraba sobre él.

—¡Es terrible! —gimió Connor—. Tenemos que hacer algo...

—He sido yo —murmuró Shane, aplastado por la culpa.

¡TAC! se oyó entonces a sus espaldas.

Sobre el puente de la *Metis* apareció un arpeo. Se deslizó sobre la madera hasta que se enganchó en la borda.

—¿Qué pasa? —preguntó Mina.

—¡Están subiendo a bordo! —gritó Murray.

—¡Nos atacan! —gritó Connor.

Un muchacho semidesnudo se encaramó al barco con la agilidad de un cangrejo. Saltó sobre el puente chorreando y se agazapó a pocos pasos de ellos. Observó el desastre que lo rodeaba y después miró el palo mayor. Rozó el puente de madera con los dedos, como si quisiera convencerse de que era real.

—¿Y tú quién eres? —lo increpó Murray, buscando en el bolsillo su inseparable navajita.

El chico llevaba sus pelirrojos cabellos largos y descuidados. Era delgado y musculoso, con el cuerpo cubierto de cicatrices.

—¿Cómo lo habéis encontrado? —preguntó. Resoplaba, tenía la voz rota por la emoción. No quitaba la mano de la borda—. ¿Cómo habéis cruzado el Círculo de Niebla de la Compañía?

—No entiendo ni una sola palabra de lo que dices —respondió Murray riendo maliciosamente.

El pelirrojo miró a su alrededor, parecía como si reconociese el lugar, como si le fuese familiar.

—¿Conoces este barco? —le preguntó Connor.

El muchacho siguió observando el puente palmo a palmo. Miró la escotilla de la pequeña bodega situada bajo cubierta y dijo:

—Está muy cambiado.

—Acabamos de embestir un velero... —subrayó Murray.

—¿Conoces este barco? —volvió a preguntarle Connor.

—Sí, lo conozco —respondió el muchacho. Debía de tener más o menos la misma edad que Connor—. Hace años, era nuestro barco.

—¿Y se te llevó a ti también? —preguntó preocupada Mina.

El chico se giró hacia ella. Le sonrió.

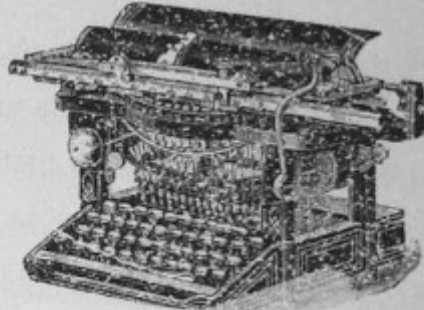
—No —respondió—. Yo soy uno de los pocos que se quedó.

Se detuvo a observar enigmáticamente a Murray, a Shane, a Connor y al profesor Galippi.

—No sé cómo lo habéis logrado, pero gracias por haber parado al *Phantom* un momento antes de que nos alcanzase... —susurró—. Y no os toméis la molestia de socorrer a los marineros. No os lo permitirán. No podéis hacer nada. Pero ni lloréis ni os desesperéis. Ellos no lo habrían hecho por vosotros.

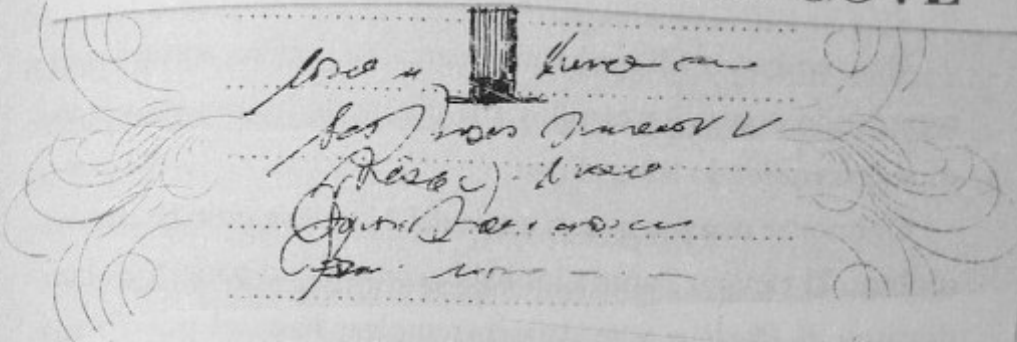
Luego indicó un pequeño velero, con el casco rojo y las velas ligeras, a pocas brazas de mar de la *Metis*.

—Aquel es mi barco, el *Némesis* —dijo—. Y yo me llamo Rick Banner. Rick Banner, de Kilmore Cove.

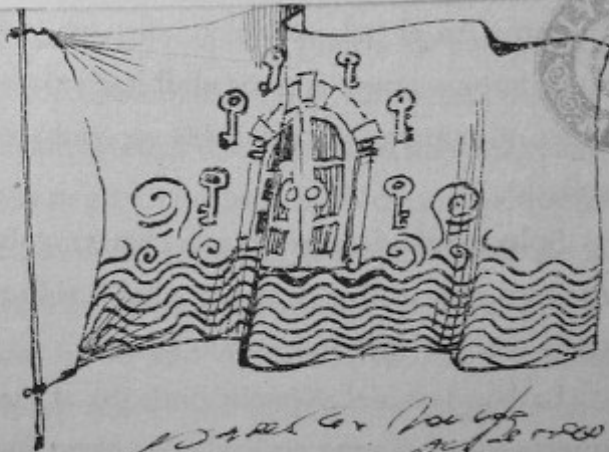


CAPÍTULO 30

REGRESO A KILMORE COVE



O. MEJOR DICHO: PARA QUIEN NO ABANDONA JAMÁS EL RUMBO. SIEMPRE HABRÁ UN PUERTO DONDE ATRACAR, UN PUEBLO DESHABITADO Y UN ASCENSOR PARA EL TÉ.



Walter G. ...

DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

No. 2011.

Según los relojes de a bordo del *Némesis*, a mediodía del día de la partida, los dos barcos llegaron a un largo promontorio. La proa de la *Metis* surcaba un mar brillante como el raso. El horizonte estaba difuminado de rosa pálido y salpicado por nubes de excepcional candor, parecidas a plumas.

—Renuncio... —murmuró el profesor Galippi, cerrando con un suspiro los mapas náuticos que estaba consultando—. No hay manera de que entienda dónde estamos. Según mis cálculos, aquí no debería haber ninguna costa.

Y sin embargo, allí estaba, muy cerca. Se podían avistar las olas rompiendo contra los escollos y la silueta de los prados verdísimos descendiendo hasta el mar.

Connor se mantenía en la estela del *Némesis* e imitaba sus maniobras. El capitán Banner los había convencido para que abandonasen el *Phantom* y se dejasen remolcar hasta el puerto más cercano. Pero ninguno de ellos lograba quitarse de la cabeza la imagen de aquel velero colosal hundiéndose en el mar en pocos minutos, en el más completo silencio, y desaparecer, con todos sus hombres, como si nunca hubiese existido. Lo hizo tan deprisa que uno se preguntaba si había sucedido realmente o si lo habían soñado.

Solo la vela desgarrada y la chatarra sobre el puente de la *Metis* atestiguaban que el choque había sido real. Y que ellos, de alguna manera, habían logrado salvarse.

La bandera del *Némesis* ondeaba al viento: representaba una puerta sobre el agua, rodeada de cuatro llaves.

En muy poco tiempo, todo lo que los envolvía había adoptado el aspecto de una ensoñación. Murray tenía las manos hundidas en los bolsillos, y apretaba el mango de su navaja con una y la brújula de oro con la otra. Mina estrujaba el patito de plástico. Shane se había puesto en la cabeza una bandana de pirata, hecha con un jirón de la vieja vela de colores. Connor estaba concentrado en el incesante golpear contra la popa del cabo libre al que antes iba atado el *Ítaca*.

El *Némesis* viró hacia la costa y dobló el faro que se hallaba al final del promontorio. En cuanto lo dejaron atrás fueron embestidos por fuertes ráfagas de viento procedentes del mar. La *Metis* se inclinó sobre las olas, rozándolas casi, y el puente se cubrió de salpicaduras.

—¡Bieeen! —gritó Connor—. ¡Agarraos fuerte!

Detrás del promontorio se abría una pequeña bahía. La misma que habían visto en las fotografías en blanco y negro en el diario de Ulysses Moore.

Murray se quedó sin aliento.

A un lado de la bahía había un pequeño puerto de pescadores; al otro, un acantilado blanco dominaba el mar. El pueblecito surgía a los pies del acantilado: podían distinguir una aldea de casas encaladas, con los techos negros, el campanario de una pequeña iglesia y algunas casamatas construidas en la playa. Detrás de la aldea se apreciaban suaves pendientes, salpicadas de flores violáceas y matas de lavanda. En lo alto del acantilado, por el lado opuesto al promontorio, se veía el alto torreón de una villa circundada por un jardín de árboles seculares.

—Kilmore Cove —murmuró Murray, que fue el primero en verla.

Se agarró con fuerza a la proa de la *Metis* y miró al *Némesis*, que surcaba las olas delante de ellos.

Su joven capitán, Rick Banner, se giró para hacerles señas de maniobra. Una multitud de gaviotas en formación siguió a las dos embarcaciones, planeando a su lado con sus voces chirriantes.

Se acercaron muy lentamente a un pequeño puerto protegido por una alta muralla, y finalmente desde el *Némesis* les indicaron que soltasen el cabo remolcador y echasen anclas.

Poco a poco, Murray y los demás chicos se acostumbraron a la vista de la aldea que durante semanas habían soñado con visitar. Se dieron cuenta de que habían diferencias entre cómo se la habían imaginado mirándola en la foto y leyendo el diario de Ulysses Moore y la realidad que se ofrecía ante sus ojos.

En primer lugar, las casamatas de la playa tenían un amenazador aspecto militar de vigilantes del mar. Y la aldea estaba sumida en un silencio irreal, interrumpido solo por los gritos de las gaviotas y el silbido del viento.

No había ni un alma viva, ni en la playa ni en las calles. Las barcas de los pescadores habían sido varadas en tierra firme y en el puerto protegido, además del *Némesis*, había atracada solamente otra embarcación. Un pesquero llamado *We're Here*.^[11]

Siguiendo las instrucciones de Banner, Connor maniobró los timones y ordenó echar el ancla. Shane y Murray desbloquearon los cierres y la cadena se deslizó rápidamente dentro de los escobenes. Llegó al fondo con un golpe y la *Metis* se paró.

—Por lo que parece, hemos llegado a destino... —murmuró Mina, preocupada.

—Qué sitio tan bonito —masculló Shane.

La bahía natural de la aldea era una pequeña joya, e iba del faro hasta la punta del acantilado de Villa Argo. Sin embargo, allí había algo inquietante.

—¿Qué hora será? —preguntó Murray—. Tengo la impresión de llevar días en el mar.

—Las primeras horas de la tarde —le respondió el profesor Galippi mirando el sol. Y después añadió—: Siempre y cuando estemos todavía en el mismo planeta, claro está.

Murray tenía los ojos clavados en las casas con las ventanas cerradas, en las calles silenciosas, en los carteles chirriantes de las tiendas y, finalmente, en el blanco acantilado, deslumbrante, en el que se abría la majestuosa hendidura de una gruta marina.

Un pequeño fueraborda salió del puerto y apuntó en su dirección. A bordo iban Rick Banner y un hombre que llevaba un chaquetón de color cereza, calcetines gruesos rojos, zapatillas de ciclista y un gorro de lana puntiagudo. Les hicieron señales para que desembarcasen de la *Metis* y subieran con ellos.

Connor dudó. No sabía bien por qué, pero no le parecía una buena idea dejar la *Metis* sin tripulación. Sin embargo, Murray no se lo pensó dos veces: dejó caer la escalera de cuerda y subió al fueraborda.

El otro hombre se presentó como Disko Troop, y los felicitó por su hazaña.

—¡Han hundido el *Phantom*! ¡Qué maravilla! —bramó mientras conducía la pequeña embarcación a la base del acantilado—. ¡Por fin una buena noticia! —Masticaba entre una palabra y otra, hablando muy fuerte—. Nos acosaba de una manera insoportable. Y necesitábamos de verdad quitárnoslo de en medio. ¡Un mazazo para la Compañía!

Los chicos no hicieron preguntas, aunque en realidad tenían millones. El fueraborda costó un escollo que afloraba del agua y arribó a una playa de guijarros situada inmediatamente detrás.

—Ya hacía meses que no veíamos un solo barco... —prosiguió Disko Troop. Rick saltó al agua y varó el fueraborda en tierra—. Ni una persona, ni un contacto, nadie. En la aldea empezábamos a perder la esperanza.

—Estamos muy contentos... —dijo entonces Murray—. Pero creo que hay un malentendido: nosotros no teníamos ninguna intención de hundir el *Phantom*. En realidad... no sabíamos lo que estaba pasando.

—Pero yo sí —dijo Shane—. Y cuando me lo he encontrado delante he pensado: «Ahora lo embisto». Es... terrible, lo sé. Pero lo he pensado. ¡Y lo he hecho!

—¡Pues menos mal, muchacho! —exclamó Disko—. ¡Tendríamos que hacerte un monumento!

—¿Habla en serio? —preguntó Shane—. ¿Y todos esos marineros... esos marineros... MUERTOS?

—¿De qué marineros hablas? ¿De los mudos? —refunfuñó el viejo pescador de merluzas—. ¡Esos no son marineros! ¡Ni siquiera marineros de agua dulce! —Miró a Rick Banner, como pidiéndole permiso para seguir hablando, y añadió—: Así que vosotros no sabéis nada del embargo de la Compañía... ¿Y tampoco de la niebla?

Murray y Mina se miraron, perplejos. El mar bramaba entre los escollos.

Rick hizo al hombre ademán de esperar.

—Ahora ya basta, Disko. Los llevo a hablar con la señora. —Miró a sus invitados y preguntó—: ¿Alguno de vosotros tiene vértigo?

Sobre la pared blanca del acantilado oscilaban cuerdas larguísimas que colgaban desde lo alto hasta la playa. Algunas tenían unos rudimentarios peldaños de madera; otras, contrapesos.

—Antes había unas escaleras..., pero la pared se desmoronó —explicó Rick—. De todas formas, es mejor pasar por aquí que por el camino. —Les ofreció algunas cuerdas lisas—. Quien sepa escalar que utilice estas, los demás pueden usar las de peldaños.

—Y mientras tanto, ¿tú qué haces? —le preguntó Mina.

—Yo me voy arriba, a anunciar vuestra llegada —le respondió él.

Se subió a uno de los peldaños y soltó una cuerda del gancho clavado en la pared. Se tensó al instante, y Rick la sujetaba a duras penas.

—¡Tened cuidado de no chocar contra las rocas!

Y Juego soltó la cuerda. Salió flechado para arriba como un proyectil, empujado por un contrapeso que un momento después se balanceaba a los pies del acantilado.

—¡Vaya! —dijo Murray, observando admirado el sistema de poleas que vislumbraba en lo alto.

—Mola... —convino Mina.

Y antes de que los demás pudiesen pararla, se subió a la última cuerda libre con peldaños, desató la cuerda del gancho y se catapultó hacia arriba a la misma velocidad vertiginosa.

Murray, Shane, Connor y el profesor Galippi se quedaron sin palabras.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó Murray.

—Pues yo diría que escalar —respondió Shane.

—Pues yo, muchachos, estoy firmemente decidido a hacer valer mis derechos de anciano..., y, puesto que ya no queda ningún montacargas con

cohete incorporado, esperaré a que alguno de vosotros me ice amablemente hacia arriba...

A mitad del recorrido, Murray empezó a dudar seriamente de que no tuviera vértigo.

El acantilado de Kilmore Cove se alzaba sobre el mar, y la gruta a cuyo lado escalaban hacía resonar las olas de un modo siniestro.

Era como escalar un misterio.

Murray apretó los dientes y se concentró en poner un pie detrás del otro e ir subiendo con la fuerza de sus brazos. Cuando llegó arriba, le faltaba la respiración y le dolían las manos.

No había nadie. Mina y su anfitrión habían desaparecido en un tupido jardín que conducía a la misteriosa casa sobre el acantilado.

Después llegaron Shane y Connor, y, maniobrando una de las poleas, consiguieron subir lentamente también al profesor Galippi.

La casa de Ulysses Moore estaba tapizada por la hiedra que cubría las paredes. El torreón, majestuoso y elegante, tenía las ventanas abiertas de par en par.

El jardín que la circundaba estaba sin cultivar: la hierba del prado era muy alta y las ramas de los árboles rebosaban de hojas que las doblaban hacia abajo.

Un sendero estrecho conducía a una veranda con los cristales rotos.

Al sonido de las olas del mar solo se sobreponía el incesante zumbido de los insectos.

—¿Estáis seguros de que todavía vive alguien aquí? —preguntó el profesor Galippi en cuanto pudo pisar, tambaleándose, la hierba.

Murray ni siquiera le respondió. Se dirigió a la veranda y se fijó en que la puerta estaba abierta, como invitándolos a entrar.

Dentro, todos los muebles estaban apiñados contra las puertas que daban al exterior. En el centro había una mesa enorme sostenida por dos caballetes de carpintero y llena de cartas náuticas y croquis. De las paredes colgaban listas de nombres, de barcos y tripulaciones, y otros mapas que representaban islas y archipiélagos minúsculos.

En medio de la mesa había un libro, *Atlas de las islas imaginarias más remotas*,^[12] que parecía haber sido consultado apenas un poco antes.

La veranda llevaba al interior de la casa a través de una gran puerta negra, y por un momento Murray pensó que podía tratarse de la Puerta del Tiempo que se mencionaba en el diario. Pero la puerta no estaba cerrada y no parecía esconder otro misterio que el de su antigüedad. Se abrió a un largo pasillo que

conducía a una serie de salones cuyos muebles habían sido cubiertos a medias con sábanas blancas. Al fondo del pasillo, a lo lejos, se vislumbraba una cocina de la que Murray vio salir a Mina y a Rick con dos bandejas de plata.

En el umbral de la casa apareció una señora de largos cabellos blancos, nariz egipcia y ojos claros. Tenía la cara cubierta de melancólicas arrugas y un tono de voz bajo, característico de quien no está muy acostumbrado a hablar.

—Siento no poder recibiros como merecéis, sobre todo después de haber sabido con qué barco habéis llegado hasta aquí... —dijo—. Pero tenemos serios problemas de hospitalidad, como creo que ya os habréis dado cuenta.

—Estáis en guerra... —murmuró Connor, recorriendo con la mirada los mapas de la veranda y observando las listas de los nombres y de los barcos.

—Una guerra fría, pero igualmente terrible, señor...

—Connor.

La mujer asintió.

—Así es. Ya hace meses que vivimos bajo un rigidísimo embargo: ningún barco parece estar en condiciones de llegar hasta aquí y ninguno de los nuestros logra ponerse en contacto con los demás. Antes de vuestra llegada, naturalmente.

—¿Y quién lo impide? —preguntó Murray.

—Barcos como el que habéis encontrado en el mar —respondió la señora.

Se apartó para dejar entrar en la veranda a Mina y a Rick Banner, que dejaron las bandejas encima de una mesita.

—La Compañía de las Indias Imaginarias —dijo el pelirrojo, que había oído la pregunta de Murray—. Conocida, simplemente, como la Compañía.

—Tenéis que ver esta casa... ¡Venid dentro! —exclamó Mina con los ojos resplandecientes.

—Soy Penélope Moore... —se presentó entonces la señora—. La esposa de Ulysses Moore.

—Yo soy Shane —dijo Shane.

Connor ya se había presentado.

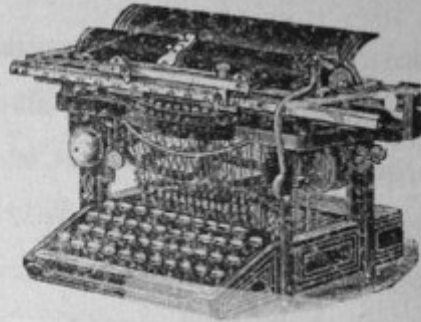
—Me llamo Tony Galippi, señora... —se presentó el profesor—. Traductor y experto en lenguas. Creo que tengo algo que le pertenece...

Y le tendió el diario de Ulysses Moore.

—¿Y tú? —preguntó Penélope a Murray.

—Hum..., Murray —balbució el muchacho sorbiendo por la nariz. Se apartó el flequillo de los ojos y la miró fijamente con sus intensos ojos verdes—. Murray Clarke.

La mano de Penélope era fina pero firme.
—Bienvenido a Villa Argo, Murray Clarke.



CAPÍTULO 31

EL SALÓN DE LOS REBELDES

*... pero Juan no amed...
... Donde, al decir de...
... lo es en su...
... meo & ...*

DONDE POR FIN SE ENTIENDE POR QUÉ LOS CAMINOS SON TAN IMPRACTICABLES Y LA NIEBLA TAN DENSA, Y QUE ABANDONAR PREMATURAMENTE UNA CONVERSACIÓN PARA ABRIR UNA PUERTA NO ES DE BUENA EDUCACIÓN.



*... el...
... por...
... meo & ...*

MOORE'S PATENT
MOORE

DEDALUS PRESS
Printed and Published by
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

Pasaron a un gran salón de aire espectral. Bajo las sábanas que protegían los muebles se podían adivinar las formas arcaicas de máscaras africanas, ídolos polinesios, jarras de barro cocidas por el calor de la colada de lava, sarcófagos egipcios, estelas inscritas con caracteres cuneiformes, ábacos de hueso que todavía olían a desierto y escafandras de buzo. De las paredes colgaban cuadros con vistas de torreones en ruinas y misteriosos paisajes, y una inconsolable lámpara de techo de cristal se balanceaba despacio en el centro del salón.

—Mientras os esperábamos, vuestra amiga, Mina —empezó diciendo la señora Moore—, me ha contado parte de vuestra aventura. Me gustaría oír el resto de la historia y... —Miró a Murray—. Dicen que tú cuentas muy bien las historias.

Murray se puso del mismo rojo rubí que uno de los sofás, pero no se echó atrás.

Mirando fija y tozudamente la geometría de la gran alfombra que cubría todo el suelo del salón, contó cómo habían dado con la *Metis*, y su decisión de repararla para hacerse a la mar. No mencionó el cubo que habían encontrado a bordo, guardándose la revelación de ese detalle para el momento que considerase más oportuno.

—No ha sido una casualidad que lo encontraseis, chicos... —lo interrumpió Penélope—. Conozco ese barco desde hace más de cincuenta años. Y mi marido, desde hace algunos más. Y jamás lo he visto hacer nada sin una razón. Es un barco que elige a su capitán y le indica el rumbo.

—Nos hemos dado cuenta... —murmuró Connor, agitándose algo incómodo en el borde de la butaca.

—Si la *Metis* ha decidido traeros basta aquí..., seguro que tiene sus buenos motivos. —Penélope miró a Rick Banner, cuya mirada era indescifrable—. Habíamos perdido la esperanza de volverla a ver cuando se marchó por su cuenta, hace ya años...

—No logro entender cómo ha llegado tan lejos... —intervino Rick—. Ni por qué estaba en unas condiciones tan pésimas...

—Quizá el cubo tiene algo que ver... —los interrumpió Mina, pero Murray le hizo ademán de esperar, dando pie a la señora Moore a que contara su historia.

—Sea como sea, vuestra llegada es milagrosa para nosotros. Habéis eliminado uno de los barcos que desde hace meses patrullan cada braza de mar fuera de la bahía de Kilmore Cove, impidiéndonos todo contacto con el exterior... —murmuró—. Nos hemos quedado cortos de aliados, de víveres y

de fuerzas, pero tenemos la obligación de mantener la esperanza. Y vuestra llegada es el mejor premio que podíamos desear.

—Perdone que la interrumpa, señora Moore... —dijo entonces Connor—, pero nosotros no tenemos ni idea de lo que está diciendo. Cuando zarpamos esta mañana, nuestra única intención era dar una vuelta en barco... entusiasmados por la idea de que la *Metis* era una nave especial. Aunque..., y creo hablar en nombre de todos..., no es tan especial.

Contó brevemente lo de la Barrera de las Ballenas Jorobadas y la Isla Flotante, omitiendo sin embargo la llamada telefónica con el mensaje grabado, y el episodio de cuando se los tragó la niebla.

—Nosotros lo llamamos el Círculo de la Niebla —dijo Penélope—. Creemos que la provoca la Compañía... para poder controlar mejor aún las rutas de la corriente Azul.

—¡La corriente Azul! —exclamó el profesor Galippi—. Hemos leído acerca de ella en el diario de su marido... Pero, a propósito, ¿su marido...?

Penélope hizo un gesto vago con la mano y respondió:

—Creo que os falta información fundamental acerca de la naturaleza del lugar en que nos hallamos para poder entenderlo todo.

Rick, sentado en una silla, se crispó como si tuviese miedo de que Penélope estuviese a punto de revelar detalles innecesarios, pero la dueña de la casa prosiguió, sin cambiar su tono de voz:

—Kilmore Cove no es un sitio como los demás. Goza de unas características que hacen de él un lugar único. Y si bien, antes del dominio de la Compañía, era más bien fácil llegar hasta aquí a través de un sendero que se bifurca del camino principal y baja hacia la bahía, no estaba permitido a todo el mundo llegar por pura casualidad a un sitio como este. Mi marido usaba una expresión para llamar a los lugares como Kilmore Cove. Si usted, señor Galippi, ha leído su diario creo que ya habrá descubierto buena parte de lo que les estoy contando.

—En realidad, tengo que confesarle, señora, que la letra de su marido es de esas que cuando era profesor calificaba de «pesadilla», por no mencionar todas las lenguas en las que ha escrito...

—Las lenguas muertas y las inventadas han sido siempre una de sus grandes pasiones... —confirmó Penélope con una sonrisa—. En cualquier caso, todavía debería haber en la biblioteca un ejemplar del *Diccionario de las lenguas olvidadas* que le podría ser de utilidad para aclararle los pasajes que le hayan quedado poco claros... siempre y cuando no se lo llevaran, con otras muchas cosas, cuando esta guerra empezó. —Penélope suspiró

profundamente—. Pero les ruego que no me hagan divagar, porque la memoria, en los últimos años, ya me ha jugado alguna mala pasada. Decía que a Ulysses Moore le gustaba llamar a los lugares como Kilmore Cove lugares imaginarios, lo cual es muy diferente que llamarlos lugares fantásticos o lugares inexistentes. —Penélope Moore dejó que sus palabras permaneciesen flotando en el aire, se sirvió un poco de té, lo bebió en pequeños sorbos y después prosiguió—: Los lugares imaginarios son lugares absolutamente reales, pero tienen algo que los hace diferentes. Y esa diferencia es lo que los relaciona entre ellos. Imaginaos que alrededor de Kilmore Cove, por la parte de tierra firme, haya una profunda grieta... algo parecido a un abismo. Una grieta real, donde uno puede caerse y matarse, pero que es a la vez una separación simbólica. Como una frontera entre el mundo del tiempo y el mundo en que el tiempo ya no cuenta. Los lugares imaginarios son sitios sin tiempo, o que viven en un tiempo que un amigo nuestro denominaba «indiferente». Puede ser siempre igual a sí mismo, o más rápido, o más lento. O incluso transcurrir en sentido contrario al del resto de nuestro planeta.

—Eso explica por qué todos los relojes que teníamos a bordo se pararon de golpe... —dijo Connor.

Penélope asintió y continuó:

—Los lugares imaginarios siempre tienen algo que ver con el agua. Forma parte de su esencia misma. A menudo son islas, o ciudades atravesadas por un río, caudaloso o no. Lagos, islas, canales, cascadas o fuentes monumentales. Además de la grieta del tiempo, el agua es un elemento fundamental de todos los lugares imaginarios. Por lo demás, cada uno de ellos tiene sus características: hay algunos magníficos, que otorgan serenidad, como antes Kilmore Cove, y otros frenéticos y superpoblados, como la ciudad de Lankhmar. Y naturalmente también hay algunos espantosos, los llamados Puertos Oscuros.

—¿La Compañía proviene de uno de esos? —le preguntó Shane sin poder esperar al final de la historia.

Rick sacudió la cabeza y Penélope prosiguió:

—Todos los lugares imaginarios están comunicados por el agua. Y, ya en el agua, gracias a la corriente Azul. La misma que la *Metis* sabe seguir sin que su capitán lo note siquiera. Y como el agua también baña los lugares que no son imaginarios, el agua es justo el medio para desplazarse de unos a otros, a veces sin darse cuenta.

—¿Quiere decir que a los lugares imaginarios solo se puede llegar por mar? —preguntó Mina—. ¿O también desde los ríos y... lagos a los que dan?

—No —respondió Penélope con tranquilidad—. Antes de que llegase la Compañía de las Indias Imaginarias, existían otras muchas maneras para desplazarse entre los lugares imaginarios. La primera de ellas era descender al fondo de la Grieta del Tiempo, pero era muy peligroso, algo que pocos sabían afrontar y que muchos, por el contrario, han descrito como un viaje al centro de la Tierra...^[13] Quien cumpliera la hazaña, en el fondo de la grieta encontraría... —Penélope se interrumpió y Rick Banner pareció sobresaltarse.

—Un inmenso laberinto —dijo Rick con voz seca—. Un conjunto interminable de pasillos y habitaciones, con un número infinito de puertas de salida.

—Así es: las puertas —continuó diciendo Penélope—. Que eran además el gran secreto de nuestro pueblo. Hace muchísimos años, un grupo de artesanos de insuperable maestría propusieron a la Asamblea de los Lugares Imaginarios, que se reúne en fechas imprevisibles justo en el centro del laberinto del que hablaba Rick, este invento destinado a suscitar un gran escándalo. Las llamaron Puertas del Tiempo y fabricaron ocho.

—Nueve —la corrigió Rick.

—La novena la habéis creado vosotros —replicó Penélope—. Pero ahora no es el momento para hablar también de ello... —Miró a los muchachos y al viejo profesor, que habían enmudecido—. Las Puertas del Tiempo eran, en apariencia, puertas normales, como las que tenéis en casa... pero una vez abiertas y después de haberlas cruzado... conducían de un lugar imaginario a otro. Así, sin ningún esfuerzo.

—Sin duda alguna, es más cómodo que viajar por mar... —observó Connor.

—O que descender al centro de la Tierra... —murmuró Mina con admiración.

—Eran objetos muy potentes, y por lo tanto muy peligrosos —prosiguió Penélope—, que deseábamos mantener lo más lejos posible de las miradas indiscretas...

—¿Y después llegó la Compañía? —prosiguió Shane.

—Exacto. Llegó al puerto con un barco normal —recordó Penélope—. Su bandera nos era aún desconocida: una salamandra de plata sobre un mar mitad azul y mitad de fuego. No intuimos que realmente traían el fuego consigo. Ni tampoco que aquel barco pudiese suponer una amenaza. No lo era su tripulación, que bajó a hablar con la Asamblea de los Lugares Imaginarios. A

algunos ya los conocíamos porque habíamos oído hablar de ellos. Eran personajes de otros lugares imaginarios. Y nos parecieron convincentes. Nos propusieron acuerdos.

—¿Qué clase de acuerdos? —preguntó el profesor Galippi.

—Acuerdos comerciales. Alianzas entre los lugares imaginarios. Protección contra los piratas a cambio de una parte de las mercancías. Y algunos, muchos, mordieron el anzuelo: aceptaron entrar a formar parte de la Compañía, y poco a poco...

La voz de Penélope se hizo más débil.

—¿Qué pasó? —preguntó Murray.

—Los que aceptaron desaparecieron —respondió Rick—. Y llegaron los barcos de los mudos. Los que también habéis visto. Marineros sin palabras, sin alma, sin historias.

—Los barcos de la Compañía empezaron a controlar todos los puertos y a patrullar las principales rutas de la corriente Azul... —añadió Penélope—. Y donde no llegaban los marineros mudos llegaban las personas de carne y hueso que se habían convertido en funcionarios de la Compañía, controlando inflexibles cualquier movimiento. Y sin su permiso y su visto bueno, ninguno de nosotros pudo ya desplazarse libremente de un lugar imaginario al otro. Algo terrible, ¡terrible! Y la situación ha ido empeorando: han tomado el control de la Asamblea, y han cerrado el Laberinto y la Grieta... La libertad de imaginación está desapareciendo...

—¿Y las Puertas del Tiempo? —preguntó Murray.

Penélope sacudió la cabeza débilmente.

—Tampoco funcionan. Las puertas están cerradas y el mecanismo ya no se pone en marcha.

Penélope se levantó del sofá y los condujo a un pequeño salón contiguo al que se accedía subiendo tres escalones. Era más íntimo que el anterior y tenía el techo abovedado de ladrillo. En la pared de piedra había una vieja puerta negra, arañada y quemada, como si alguien hubiese intentado desquiciarla o incendiarla. Tenía una complicada cerradura con forma de rombo y cuatro llaves metidas en los ojos.

—Esta es la Puerta del Tiempo... —dijo Penélope girando las llaves.

El mecanismo de la cerradura se disparó.

TAC.

TAC.

TAC.

TAC.

—Como podéis comprobar, la puerta no se abre...

Intentaron empujarla y tirarla todos a la vez, pero era como intentar mover una secuoya.

Murray sintió un dolor agudo, como si alguien le hubiese roto su juguete favorito un momento antes de que pudiese ponerse a jugar. Los demás abandonaron el salón de la Puerta del Tiempo, pero él no lograba moverse.

La Puerta del Tiempo ya no existía.

Estaba cerrada.

La observó, mientras escuchaba la voz de Penélope, que seguía contando:

—Ahora muchos lugares imaginarios son muy difíciles de visitar, a menos que se acaten las reglas de la Compañía.

—¡Pero nosotros ni siquiera sabíamos que existían reglas y que lo controlaban todo! —protestó Mina.

—Precisamente por eso estamos contentos de que hayáis llegado. Habéis roto un bloqueo que nos estaba sofocando... y habéis cruzado como si nada el Círculo de la Niebla, que nuestros barcos no lograban atravesar.

—Somos los rebeldes —dijo entonces Rick—. Los contrabandistas de los lugares imaginarios. Los malos.

Reinó el silencio en la habitación.

—La Compañía no tolera nuestra pequeña rebelión... —prosiguió Penélope—. Le gustaría controlar plenamente todos los lugares imaginarios. Para conseguirlo aísla a todo aquel que no se pone de su parte...

—El embargo... —murmuró Connor.

—Exactamente. Hay quien está de acuerdo y quien no. Y, al igual que nosotros, se rebela.

—Bien hecho —dijo Connor.

—¡Estamos con vosotros! —exclamó Mina.

Penélope tenía ya la voz cansada.

—La verdad es que es una batalla perdida de antemano, amigos míos. Porque ya quedamos muy pocos... Es muy difícil organizarnos y comunicarnos. No sabemos que están haciendo los demás, ni tampoco si viven todavía...

—¡Pero ahora quizá las cosas podrían cambiar! —dijo Mina.

—La *Metis* está aquí —murmuró Shane.

—La *Metis* es, en efecto, un regalo caído del cielo... —estuvo de acuerdo Penélope—. Y aunque no pase nada especial, volver a ver el barco en la bahía me llena el corazón de nuevas esperanzas.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señora Moore? —intervino Connor—. Hemos llegado hasta aquí siguiendo dos pistas: una serie de mensajes que un niño, que aseguraba que había llegado a Kilmore Cove antes que nosotros, había dejado en un cubo...

—Que yo sepa, eso no ha sucedido nunca... —respondió Penélope.

Y Rick añadió:

—Como ya os ha dicho Disko, desde que la Compañía existe, ningún barco ha atracado en Kilmore Cove.

Connor prosiguió:

—Pero sobre todo siguiendo la información que contienen los libros que su marido ha escrito... y su diario, que el profesor Galippi ha traducido para nosotros.

—Una parte —puntualizó el profesor.

Connor no añadió nada más, esperando una respuesta de Penélope.

—Mi marido no ha escrito ningún libro... —empezó diciendo la mujer—, pero sé que hace tiempo se dejó convencer para entregar buena parte de sus documentos a una persona de confianza.

—¿Y dónde está ahora su marido? —preguntó el profesor Galippi.

—Nadie lo sabe con exactitud —admitió la mujer—. Cuando empezó la guerra, se fue de Kilmore Cove con muchos de nuestros amigos para organizar la resistencia en otros lugares imaginarios. Lo último que sé de Ulysses Moore es que quería encontrar al fundador de la Compañía de las Indias Imaginarias.

—Un hombre del que no sabemos casi nada —dijo Rick—. Se esconde en algún lugar de los lugares imaginarios, en un castillo inaccesible...

—Pero mi marido esperaba encontrarlo —continuó Penélope— y derrotarlo. Evidentemente, se equivocaba. Mientras esperábamos, Rick, el señor Disko, otros pocos y yo hemos intentado organizar la resistencia como podíamos, pero...

—Y..., perdone, señora —preguntó Mina—. Ese hombre de la Compañía de las Indias Imaginarias..., ¿tiene nombre?

—Oh, sí que lo tiene... —respondió Penélope.

Mientras tanto, en el salón de la Puerta del Tiempo, Murray apoyó la palma de la mano en la madera. Sintió una vibración lejana, como la de un diapasón. Con la otra mano, sacó las cuatro llaves de la cerradura.

Una.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Y las apoyó en el suelo. Luego respiró profundamente.

—Se llama Larry Huxley —respondió el capitán Rick Banner en el otro salón.

Murray tiró suavemente de la puerta.

Y la puerta se entreabrió.

—¡MURRAY! —exclamó Mina desde el salón—. ¿HAS OÍDO?

La mano de Murray se movió sola sin que pudiese darse cuenta, y cerró la puerta. El muchacho parpadeó con fuerza, volviendo de golpe a la realidad.

¿La había abierto realmente o se lo había imaginado?

—¡Ya voy! —respondió.

Pero permaneció allí, dudando, unos segundos. Miró la madera arañada de la Puerta del Tiempo.

Y la Puerta del Tiempo lo miró a él.



CAPÍTULO 32

MISIÓN DE APOYO

Desde Nueva York

Donde  *hacia*

El Atlántico

hacia



O, MEJOR DICHO: AFORTUNADAMENTE,
LA CORRIENTE AZUL TIENE DOS DIRECCIONES.
E INCLUSO UN PIRATA PREFIERE
VOIVER A CASA A LA HORA DE CENAR.

DEDALUS PRESS
Printing-Machine, Press, Type, Material and Roller Manufacturers.

MAR 22

La luz empezaba a entrar oblicuamente en la veranda y a teñirse de oro. El sol de las cuatro dejaba su lugar al de las cinco.

Rick Banner y Connor estaban inclinados sobre el mapa de los archipiélagos que ocupaba la gran mesa de los caballetes.

—Lo primero que tendríamos que hacer es advertir a los demás rebeldes... —decía el joven capitán pelirrojo—. Atravesando la niebla por aquí, hasta el faro sumergido, y de allí alcanzar las islas perdidas de Lyonesse...^[14]

Mina, por el contrario, miraba el mar.

Penélope Moore se le acercó por detrás, con suavidad.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Es magnífico —respondió la chica.

—Pero estás preocupada por alguna cosa... —intuyó la señora.

Mina lo dudó un momento y después asintió:

—Bueno, por más de una.

Penélope se puso a su lado y sumergió la mirada en las olas. El viento soplaba con fuerza entre las ramas de los árboles y el sol se escondió detrás de un banco de densas nubes. El mar era gris y relucía como una trémula plancha de plata.

—El hecho es... —murmuró Mina— que los oigo hablar de lugares imaginarios y de rebeldes, de barcos y de la Compañía..., pero... —Penélope, paciente, no la interrumpió— pero habíamos prometido a nuestros padres que volveríamos a la hora de cenar. Y... todo esto, este lugar... parece un sueño. Una aventura, desde luego. La aventura más increíble que jamás hubiese podido imaginar, pero...

—Pero estás preocupada por tus padres.

Mina asintió lentamente.

—¿Y crees que eres la única que está preocupada?

—No lo sé —admitió la muchacha—. Murray me mira de un modo extraño, pero si me acerco a él me evita, como si no quisiera hablar de ello. —Se giró hacia la señora—. No creo que sea justo.

—En efecto, no lo es.

—No estamos soñando, ¿verdad, señora Moore? No es que dentro de poco nos vayamos a despertar y descubrir que todavía estamos en nuestra cama, o que acabamos de embarcarnos en la *Metis* y no ha pasado nada, que simplemente hemos echado una cabezada.

—Me temo que no, querida —respondió Penélope—. Y sin embargo, creo que tienes razón. Si habéis prometido a vuestros padres que ibais a volver a la

hora de cenar, creo que antes que nada tenemos que intentar que volváis a la hora de cenar.

Mina la miró con los ojos como platos.

—Y... ¿cómo?

—Si pudiera dejarte llamar a casa con nuestro viejo teléfono de baquelita negra, ya lo habría hecho, Mina. Yo misma habría llamado a tus padres para tranquilizarlos de que no se preocupasen por vosotros. Al fin y al cabo, solo habéis hundido el velero más temible de la Compañía de las Islas Imaginarias y habéis llegado hasta aquí a bordo de un barco que creía desaparecido para siempre... Y que, por otra parte, parece esconder una parte importante que todavía desconocemos de esta historia.

—¿Habla de los mensajes de Larry Huxley, señora Moore?

—De esos y de los de mi marido... —murmuró la señora.

—¿Usted cree posible que el jefe de la Compañía sea un niño?

—Hace mucho tiempo que dejé de creer en lo que era posible y en lo que no lo era. Pero si quieres mi opinión... no. No creo que un niño pueda ser el jefe de la Compañía. Creo que hay un terrible malentendido u... otro misterio. —Y después de haber pensado un rato en silencio añadió—: Mi marido decía siempre que los verdaderos reyes de los lugares imaginarios son los niños. Los niños... —Suspiró, echando una ojeada al profesor Galippi, que estaba ocupado estudiando el mapa con los demás, como un colegial el primer día de clase—. Y los que nunca dejan de serlo.

—Sí, pero eso no resuelve el problema de la cena —puntualizó Mina.

—Si te quedas aquí contemplando la puesta de sol, seguro que no. —Penélope sonrió.

—¿Usted qué cree que debo hacer?

—Esta es vuestra historia fantástica, Mina. Lo decidís vosotros. La *Metis* os ha elegido. Estaba herida, y vosotros la habéis curado. Ahora sois los únicos comandantes. Es un barco que sabe reconocer la corriente Azul y navegar con las ballenas... ¿De verdad crees que no puede volver a llevarte a casa en poco tiempo?

—¿Realmente puede hacerlo?

—Solo si tú quieres.

Mina empezó a balbucir por la emoción que le habían provocado aquellas palabras.

—Y..., pero... —Dudó—. ¿Si... regresamos a casa...?

—¿Podréis volver aquí? —Penélope volvió a sonreír—. Bueno, creo que ya os habéis aprendido el camino. Y la próxima vez quizá ya no tengáis que

vencer... los obstáculos de hoy.

—¿Y vosotros mientras tanto? ¿Cómo vais a luchar sin nosotros? — prosiguió Mina.

Su conversación llegó hasta la mesa colocada en el centro de la veranda, los demás se dieron cuenta y se callaron de golpe.

Penélope se agachó ante Mina y la miró directamente a los ojos.

—Mina, Mina..., ¿siempre eres tan generosa, tan protectora con los demás?

Mina se ruborizó.

—Quizá... —balbució.

—¿De verdad tardaréis tanto en volver? —preguntó Penélope una vez más. Rick estuvo a punto de hacer un ademán, pero Penélope lo hizo callar con un simple gesto de la mano—. Si queréis volver a casa a la hora de cenar, debéis marcharos... A estas horas, el señor Ezio, en el puerto, ya habrá cambiado la vela.

—¡Eh! —protestó Shane—. Yo no quería una nueva...

—En esta también podrás escribir «Valor», muchacho valiente —le dijo Penélope—. Y volver a montar la vuestra una vez que la hayamos arreglado. Pero, si queréis volver, es el momento de partir. ¡Tenéis que tomar una decisión!

Entonces fue Connor quien protestó.

—¡No quiero volver, de ninguna manera! ¡Quiero quedarme y luchar a vuestro lado!

»Quiero descubrir qué tiene que ver Huxley con la Compañía y... hablo en nombre de todos: ¡nadie quiere volver atrás! Vinimos con la idea de quedarnos... ¿verdad, chicos?

Mina bajó los ojos. Shane no respondió. Murray titubeaba.

—Murray —insistió Connor—, díselo tú. ¿Vinimos para siempre o no? ¿Cuál era nuestro plan?

Murray pensó en su madre y en lo que le había prometido. Después miró a Mina y a Shane, y pensó también en los hermanos Brady.

—Deseaba vivir una aventura que durase un día entero... —respondió a su pesar—. Y el día ya está a punto de acabar. —Connor tenía todavía las manos muy abiertas. Murray tragó saliva—. Si es posible, yo querría volver.

—La corriente Azul es mucho más rápida de lo que podéis imaginar... —respondió Penélope—. Y la guerra con la Compañía no va a acabarse la próxima semana. ¡Rick!

—Sí, señora Moore.

—Entrega a este joven capitán nuestro *Portulano Azul*...

—Pero, señora..., el *Portulano*...

Penélope se giró hacia él y le dirigió una mirada que no admitía discusión. Luego miró a Connor y le dijo:

—En él encontrarás los mapas de las corrientes Azules que conocemos. No puede acabar en manos de la Compañía por ninguna razón del mundo.

Connor intentó rechazar aquel libro de piel tosca, pero finalmente lo apretó contra su pecho, incómodo.

—Si os necesitamos antes de que estéis listos para volver —prosiguió Penélope—, os enviaremos una postal.

—¿Una postal? —dijo Shane riéndose por lo bajo.

—Exactamente. Una postal de Kilmore Cove —dijo la mujer—. Y en cuanto la recibáis sabréis que os necesitamos y que tenéis que volver lo antes posible.

—¿Una postal? —soltó Shane—. ¡No podéis mandarnos una postal... si la Compañía ha cerrado todas las vías de comunicación!

—Todas, no —puntualizó Penélope—. Nuestra oficina de correos funciona todavía perfectamente porque... ¿quién manda postales hoy en día? Es imposible concebir que lleven escrito algo tan importante.

Los chicos sonrieron, algo incómodos.

—Pues, vale..., una postal... —murmuró Shane, no demasiado convencido todavía.

—¡Y ahora marchaos, vamos! Habéis hundido el *Phantom* hoy, lo cual no es moco de pavo.

Connor asintió tímidamente.

—¡Animo! —insistió Penélope al ver que los chicos no se movían—. ¡Marchaos! Ya sabemos que podemos contar con vosotros y también cómo llamaros si necesitamos ayuda.

Los chicos, lentamente, asintieron.

Mina empujó la puerta de la veranda. La hierba del jardín susurró al viento.

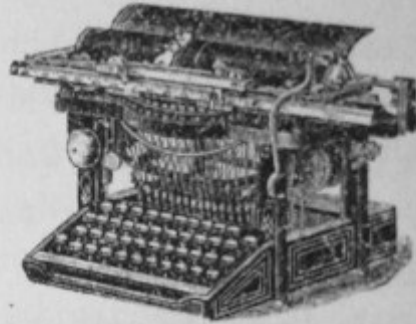
—Pero hay algo que quizá podríais hacer... cuando estéis de nuevo en casa —dijo la señora.

—¡Todo lo que quiera! —exclamó Murray, intentando ofrecer algo más digno de lo que parecía una retirada.

—Podríais averiguar cómo es posible que ese niño desaparecido sea la amenaza más grande para los lugares imaginarios. Y quizá, mientras tanto, encontraréis alguna pista de mi marido...

A la última frase de la señora Penélope Moore siguió un largo silencio. Después el profesor Galippi se aclaró la voz y dijo:

—Muy bien, señora Moore... Y... antes me decía que en la biblioteca de su marido tendría que haber un cierto diccionario útil para... la traducción del diario... —Lentamente, para sacar a todos del apuro, el viejo profesor se puso de pie y dijo—: Pensaba que mientras los chicos vuelven a cenar a casa, al otro lado de la corriente Azul, yo podría ir adelantando un poco el trabajo en este lado. Siempre y cuando, bueno, no sea una molestia... Y que haya sitio para dormir.



EPÍLOGO

*Así como se
vee en el mundo
que se abre la
puerta a todo lo que vendrá.*

DONDE SE COMPRENDE QUE NO TODO ES COMO PARECE,
SINO QUE PUEDE CAMBIARSE. Y, PARA LOGRARLO,
SE ABRE LA PUERTA A TODO LO QUE VENDRÁ.



*Julius Moore
Printer*

DEDALUS PRESS 1870-1890
Printing-Machine, Press, Type, Material, and Roller Manufacturers.

No. 2111.

Cuando Connor atracó la *Metis* junto al viejo roble, el sol se ponía y la corriente del río brillaba como las escamas de una serpiente dorada. Bajó a tierra y miró el majestuoso barco vikingo balanceándose despacio. Lo invadió una profunda melancolía.

Reviviendo todo lo que había dejado atrás durante aquel día tan largo, intentó no pensar en el *Ítaca*. No se hacía a la idea de haberlo perdido para siempre. En el fondo de su corazón albergaba la secreta esperanza de que un día, antes o después, lo encontraría de nuevo en algún lugar de la inmensidad del mar. Y entonces se lo llevaría a casa. Al meandro del río bajo el viejo roble, donde nadie podía hacerles ningún mal. Al fin y al cabo, eso le parecía mucho más probable que recibir una llamada grabada en medio de una isla de basura flotante.

El viaje de vuelta había durado un poco más de una hora. Habían atravesado el Círculo de la Niebla con viento de popa y con tapones de cera en los oídos, y la bruma se había disipado sin que a nadie le hubiesen asaltado sus propios miedos. Una vez cruzada la niebla, la *Metis* había navegado en aguas de la Isla Flotante y no habían encontrado ballenas. Ya conocía la ruta.

Connor había llevado la nave hasta la desembocadura del río, deslizándose ágilmente entre los gigantescos portacontenedores, a cuyas tripulaciones no había llamado mucho la atención.

Al fin y al cabo, ¿qué había de extraño en que un barco vikingo remontase el río y atracase cerca del parque de la universidad? El mundo se había vuelto indiferente a la curiosidad.

Pero él no. Y tampoco sus amigos.

Quizá la *Metis* los había elegido por ese motivo.

Connor subió a bordo de su nueva casa flotante y, como el camarote del capitán había quedado destruido por la última embestida, se tumbó en la escotilla, entre los mamparos que el profesor Galippi y él habían construido para eventualidades como aquella.

El colchón era cómodo.

Pero nada de ordenador ni luz eléctrica.

Hojeó el *Portulano Azul* hasta que la luz natural se lo permitió y, cuando el sol se puso por completo, se durmió.

Desde la calle, Mina pudo oír ruido de platos y vasos, y a su padre quejándose en voz alta.

Dejó caer la bici en el jardincillo particular de delante de su casa y se apresuró a entrar. El reloj funcionaba de nuevo y la advertía de que llevaba un retraso de media hora, como poco.

Su padre voceó algo incomprensible y Mina se paró justo delante de la puerta. «No», se dijo. Había algo profundamente equivocado en tener tanto miedo. Y en querer volver a casa lo antes posible para arreglarlo todo. Cualquiera que fuese el motivo por el cual su padre estaba tan enfadado, no podía ser culpa suya. Y si, por el contrario, estaba tan furioso porque llegaba con media hora de retraso, entonces le respondería en consecuencia.

Aquel domingo había embestido un velero y se había catapultado a lo alto de un acantilado con una polea y un contrapeso. Desde luego, no podía atemorizarla una bronca de su padre. Y daba igual si por una vez tenía motivos para estar enfadado. Respiró hondo, volvió atrás, puso bien la bici, volviéndola a enderezar y cerrando concienzudamente el candado. Mientras lo hacía, le vino a la cabeza un comentario que Rick Banner había hecho aquella tarde, cuando estaban juntos en lo alto del acantilado y el joven capitán pelirrojo se había quedado de piedra al ver como Mina lo había seguido con el contrapeso. Le había dicho: «Me he dado cuenta enseguida de que tú eres la que más vales». Orgullosa, giró la llave en la cerradura. Apretó el patito de goma que llevaba en el bolsillo y entró.

Su madre estaba en la cocina y llevaba puesto uno de sus saris largos de domingo. Su padre, en chándal y camiseta de rugby, iba arriba y abajo por el pasillo. La abuela, en el fondo de la habitación, movía las manos como si rezase. Uno de sus hermanos subía las escaleras. El otro caminaba por el piso de arriba revolviendo las cajas ya listas de la mudanza. Parecía como si nadie pudiese estar quieto ni un momento.

Mina cerró la puerta despacio y su madre se asomó a saludarla.

—¡Mina! —exclamó—. ¿Ya te lo han dicho?

Mina sonrió.

—¿Qué?

—¡Basta! ¡Por favor! —gritó su padre, golpeándose rítmicamente la cabeza contra la pared.

—Han llamado de Palo Alto... —prosiguió la mujer—. ¡Han cambiado de idea con lo de tu padre!

—¿Pueden hacerlo? —preguntó Mina. E inmediatamente después añadió—: ¿Quieres decir que no nos vamos?

—¡Pues claro que no pueden hacerlo! —se quejó su padre—. ¿Y adónde quieres que vayamos? ¿Adónde? ¿Adónde?

Madre e hija intercambiaron una mirada de complicidad.

—Lo siento, papá... —murmuró la muchacha, intentando esconder su felicidad.

—¡Pero me van a oír! ¡Esto no se hace! ¡Me habían dado su palabra! ¡Un trabajo seguro! ¡Era...!

Haciendo caso omiso de su hija, el hombre subió las escaleras como un torbellino y, poco después, empezó a despotricar con sus hijos.

—¡Ahora mismo les escribo un mail que...! ¡No, mejor aún! ¡Lo cuelgo en internet! ¡Se va a enterar todo el mundo de quienes son...! ¡Ya lo verán!

Mina caminó por la casa, ligera como un perfume. Entró en la cocina para ver a su madre, le dio un beso a su abuela, levantó la tapadera de la olla en cuyo interior su madre había puesto a saltar trocitos de pollo con manzana y curry, y preguntó, radiante:

—¿Qué hay para cenar?

El padre de Shane estaba sentado en el salón, a oscuras.

Tenía la cara estampada con los colores del televisor. Como hacía a menudo, la estaba mirando sin volumen.

Shane se acercó. Apartó la funda de plástico de una de las butacas y se sentó.

Su padre lo miró.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada —respondió Shane.

El hombre apartó la mirada. Se perdió en el televisor, pero evidentemente parte de su atención permaneció en su hijo porque al cabo de un rato le preguntó:

—¿De qué te ríes?

—No me estoy riendo.

—¿Y lo que tienes en la cara qué es?

—Es una sonrisa —respondió Shane.

Sonreía porque la voz de su padre era completamente diferente a la que había oído en el Círculo de la Niebla.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No te estoy tomando el pelo. Solo estoy sonriendo.

—¿Por qué?

—Por nada —respondió Shane.

En la tele emitían un documental. Bosques y lagos. Y montañas. Su padre miraba la pantalla como si más allá de las imágenes advirtiese algo que había notado solo él.

—Nada, nada. Según tú, tu vida es siempre un nada —gruñó.

—Perdona. Creo que te he contado un montón de bolas... —le respondió Shane, tranquilo.

Su padre apartó la mirada del documental.

—Pero ¿es que te has vuelto loco de golpe?

Shane se apoyó en los brazos del sillón, haciendo ademán de levantarse.

—Esta habitación huele a cerrado —dijo.

—La ventana está ahí detrás.

Shane la abrió.

La noche era serena y sosegada. Las estrellas no habían aparecido todavía.

—¿Por qué no vamos mañana a pescar? —propuso mirando afuera—. En la buhardilla todavía deben de estar las cañas por alguna parte.

Su padre no respondió.

—Las busco yo —añadió Shane, volviendo al sillón.

Su padre no dijo nada, pero estaba claro que rumiaba.

—¿Y bien? —insistió Shane.

El hombre cogió el mando a distancia.

—No las encontrarás. Tengo que ir contigo a la buhardilla.

—¿Ahora? —le preguntó Shane.

El hombre apagó el televisor y miró a su hijo.

—Me acuerdo de donde las habíamos puesto —dijo con voz un poco temblorosa.

Un soplo de viento lo despeinó justo en el umbral de casa.

Murray se paró.

Tenía en la cabeza un torbellino de imágenes y de sensaciones. Y ya estaba pensando en cuándo navegarían de nuevo para volver a Kilmore Cove. Mirando la puerta de su casa desde fuera, Murray pensó en todo lo que había pasado. En lo que había descubierto y en lo que creía haber entendido. Y, sobre todo, en lo que no había entendido. Pensó de nuevo en el muchacho desaparecido y se preguntó cómo era posible que se llamase como el enigmático jefe de la Compañía de las Indias Imaginarias. Y se preguntó qué misterio había llevado a la *Metis* justo a la laguna donde pasaban las tardes. Después de todo lo que le habían contado aquel día, de la guerra y de los

lugares imaginarios, del velero y de los marineros mudos, él seguía pensando en la aparición de la *Metis*.

¿Por qué?

A medida que Murray se acercaba a casa se sentía más débil y dolorido. Cada paso que daba de vuelta a la normalidad le mostraba un cardenal, un arañazo, un corte más o menos profundo.

Volvía a pie: iría a buscar su bici al día siguiente. Eso lo ponía muy contento.

Todavía llevaba en el bolsillo la navajita y la brújula de oro, así como el bloc de notas para escribir bajo la lluvia, en cuyas páginas había anotado ideas, pensamientos, dudas y preguntas.

Todo lo que flotaba estaba pendiente. O lo que el viento transportaba.

Levantó la vista hacia las espirales oscuras de las nubes.

—¿Qué ha sido de ti, Larry? —se preguntó con una voz lo bastante alta como para que el viento se la llevase.

Quién sabe en qué dirección había que girarse para mirar hacia Kilmore Cove. Decidió mirar al mar, solo eso. Dondequiera que estuviese aquel pequeño pueblo, Murray sabía que esa era la dirección acertada.

Sabía, que volverían. Todos.

—No os abandonaremos —dijo de nuevo en voz alta. Las copas de los árboles se sacudían, preparándose para pasar la noche—. Y volveré a abrir la Puerta del Tiempo —susurró esa vez, guardándose para sí mismo sus palabras.

La misteriosa Puerta del Tiempo de Villa Argo. ¡Cuántas preguntas por una simple puerta!

Murray abrió la de su casa. Por ese día era suficiente.

Olía a cosas buenas.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Hay alguien en casa? ¡He vuelto!

Notas

[1] *Nota del traductor:* Creo que el autor del manuscrito se refiere al cuento «El cajón secreto», perteneciente al libro *La edad de oro* del señor Kenneth Grahame. <<

[2] *Nota del traductor:* Más adelante, en el manuscrito, se descubre que el apellido de Murray es Clarke. Quizá el autor misterioso quería referirse al famoso protagonista de la novela *Paddy Clarke, Ha, Ha, Ha*, escrita por el señor Roddy Doyle. <<

[3] *Nota del traductor*: Naturalmente, no he copiado el número completo. El texto de la nota es prácticamente idéntico a un fragmento de la novela *La isla*, escrita en 1962 por el señor Aldous Huxley. No he podido comprobar si existe un parentesco con el Larry Huxley islandés. En el número de teléfono me respondió un contestador automático. <<

[4] *Nota del traductor:* Creo que el autor se refiere al cuento «El escarabajo de oro», publicado por Poe en 1843. Es la historia del mapa del tesoro del capitán Kidd, escrita según una criptografía incomprensible en apariencia. <<

[5] *Nota del traductor:* Está claro que se alude al cuento «El manuscrito hallado en una botella», publicado por el señor Edgar Allan Poe en el *Baltimore Saturday Visiter* el 19 de octubre de 1833. <<

[6] *Nota del traductor:* Si bien no todas, la mayor parte de esas historias se han vuelto famosas entre los lectores jóvenes. Baste pensar en las aventuras de Simbad el marino. <<

[7] *Nota del traductor:* Por ahora se trata de la única mención del autor del manuscrito al estuche que le envié junto con el material de esta historia. <<

[8] *Nota del traductor:* Creo reconocer en la descripción de estos animales algunos fragmentos de *Capitanes intrépidos* de Rudyard Kipling. <<

[9] *Nota del traductor:* Creo que se trata de *Moby Duck: the true history of 28.000 bath toys lost at sea*, de Donovan Hohn. <<

[10] *Nota del traductor:* He hallado el nombre y la descripción de este velero en la novela *Lobo de mar*, de Jack London. <<

[11] *Nota del traductor:* Este nombre también aparece en la novela de Kipling *Capitanes intrépidos*, así como el de su capitán, que aparece más adelante en esta historia. <<

[12] *Nota del traductor:* También en este caso me resulta difícil no pensar en un libro que existe realmente, *Atlas de islas remotas*, de Judith Schalansky.
<<

[13] *Nota del traductor:* Aquí, claramente, se cita la novela de Jules Verne de título homónimo, pero también, en frases sucesivas, *El viaje de Niels Klim al mundo subterráneo*, de Ludvig Holberg. <<

[14] *Nota del traductor:* El archipiélago de Lyonesse se hallaría entre la punta extrema de Cornualles y el golfo de Vizcaya. Se habla de él en la novela *Lyonesse*, de Jack Vance. <<